

Hacia el diálogo sobre la consistencia

ÍNDICE GENERAL

Primera Parte: Para el diálogos sobre la consistencia
p. 3
Adolfo Critto

Segunda Parte: Consistencia, palabra y realidad.
p. 82
Ricardo Diez

Tercera Parte: Fundamentos filosóficos clásicos de la
consistencia
p. 93
Gabriel Zanotti

Cuarta Parte: La consistencia y la crítica a la idolatría
p.111
Ignacio De Marinis

Primera parte: Para el diálogo sobre la
consistencia
Dr. Adolfo Critto

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN.....	6
II. LA CONSISTENCIA.....	10
1. ¿Qué es la consistencia?.....	10
a. Unión e integración subyacente por Él.....	10
b. Consistencia en los planos del conocimiento y búsqueda de la verdad.....	11
c. Consistencia en voluntad, decisión, acción y búsqueda del bien.....	12
2. Consistencia como criterio y guía de verdad y bien.....	14
3. Conocimiento, ciencia y criterio de verdad.....	15
4. Cómo decidir y hacer mejor.....	17
5. Consistencia de todos.....	19
III. ÉL SE DA UNIENDO E INVITANDO A DAR BIEN.....	21
1. El don de la unión y los límites.....	21
a. El “sin límites” da al limitado, invitándolo a dar con Él.....	21
b. Dentro de sus límites, la persona comparte sin límites con Él, su dueño, que se hace suyo.....	22
c. Conciencia de leyes de unión.....	24
d. Integraciones crecientes.....	24
e. Unión interior con Él.....	25
f. Amor, verdad y humildad.....	26
g. Valor de los límites.....	27
2. Vida interior.....	28
a. Invitación de Él expresada en dones de realidad, conciencia y unión. Aceptar a Él. Criterio.....	28
b. Luz, fuego, paz y fin de unión: apertura y cierre eternos. Sed de absoluto. Sentido. Él comparte su todo con quién nada es sin Él.....	32
IV. ACEPTAR DANDO POR AMOR.....	37
1. Unión de aceptar, dar y evaluar.....	37
a. Invitación a aceptar bien, verdad y vida, dando en unión.....	37
b. Aceptar los dones de Él.....	38
c. Evidencia primera del “Uno” que une dando y permanece.....	38
d. Evaluación y criterios que manifiestan a Él en su obra. Armonía y unión con Él, puro, uno, sin sesgo. Dependencia, aceptación, rechazo. Interrogante.....	39
2. Entrega por amor, con sacrificio y alegría.....	42
a. Él da uniendo, invitando a dar en el milagro de la unión con Él por amor.....	42
b. Dar es el único valor: anticipa la plenitud eterna, comparte con Él la ausencia de límites y renuncia menguando como Él quien todo da, haciendo propio el bien del amado. Necesidad y bien.....	43
c. Lo que no se da, se pierde, por negarse a compartir con Él.....	45
3. Aceptar en positivo a Él y a sus dones.....	45
4. Él hace uno y sin límites al ser limitado, dentro de sus límites.....	46
a. Él se manifiesta dentro de los límites de sus invitados, que ascienden por Él, al unirse a Él.....	46
b. Consistencia es compartir con Él en unión, sin límites dentro de límites.....	47
5. Felicidad: consecuencia de amar y dar.....	49
V. DESARROLLO Y REALIZACIÓN HUMANOS Y SOCIALES.....	51
1. Consistencia y desarrollo y realización humanos y sociales.....	51
a. Unión con Él en dar bien por amor, cooperando en su obra.....	51
b. Consistencia es aceptar a Él, aún sin conocer la palabra.....	51

c. Seguir genuinamente su llamado a la unión.....	52
d. Evaluar con el criterio de consistencia para servir verdad, bien y justicia.	52
e. Unión sin sesgo con Él y entre los seres.	52
f. Apoyar los esfuerzos de todos para dar bien por amor.	53
2. Acto espiritual de compartir con Él.....	54
a. Unión espiritual coherente de las personas con Él y entre sí. Apertura y cierre.	54
b. Aspecto cognitivo de la unión.....	54
c. Compartir con Él: la persona limitada tiene dentro suyo al “sin límites”, quién hace en ella.....	54
d. Conmoción que estremece al espíritu.....	55
3. Juicio crítico.....	55
4. ¿Porqué trabajar con el enfoque de consistencia?.....	56
VI. INCONSISTENCIA, CONSISTENCIA ESPURIA, RECHAZO A ÉL.	58
1. Consistencia espuria.	58
a. Inconsistencia, rechazo a la invitación de Él.	58
b. No seguir el camino de unión con Él en bien, vida y verdad.	59
c. Contradicción autodestructiva. Rechazar a Él, fundamento de lo que se afirma.	59
d. “Pseudo absolutos” sustitutos	60
e. Guía de la conciencia propia y de otros para vencer el mal.....	61
2. Relativismo y relacionismo	63
a. Los seres son relativos y limitados, por su unión absoluta a su fuente y entre sí, cada uno en su lugar.	63
b. Responsabilidad de conocer, amar, servir y gozar con Él, a Él y a sus hijos.	64
c. Contradicción del “todo vale” y “nada vale” del dogma relativista. Consecuencias.....	64
d. Consistencia genuina irrestricta y capacidad para servirla, o para negarla sin sentido ni respeto.....	65
e. Importancia del uno integrador para bien y verdad. Aceptar y cooperar sumando.	65
f. Los frutos del relacionismo consistente, y los del relativismo.	66
VII. LA GUÍA DE LA CONSISTENCIA EN LA VOZ DE LA CONCIENCIA.....	68
VII. LA GUÍA DE LA CONSISTENCIA EN LA VOZ DE LA CONCIENCIA.....	68
1. Qué ven las personas en su interior invisible, desde niños.....	68
2. Cómo escuchan esta voz.....	70
3. Capacidad de unir e integrar	70
4. Inferencias y acervo acumulado.....	71
5. Criterios y avances	71
6. ¿Por qué trabajar sobre consistencia?.....	71
VIII. SÍNTESIS DEL ARGUMENTO SOBRE LA CONSISTENCIA.	73
IX. BIBLIOGRAFÍA	78

I. INTRODUCCIÓN

Durante toda mi vida, y de modo explícito durante varias décadas, estuve trabajando en el tema y el enfoque de la consistencia. Llamé consistencia a la unión e integración de la variedad por la unidad. Consideré que la consistencia es clave para entender y para obrar interior y exteriormente, y que explica la capacidad espiritual que las personas tienen para relacionarse con lo que es real y bueno.

La realidad, la verdad y el bien integran entre sí a los seres, aspectos, relaciones, situaciones y hechos de la vida, en su variedad. Se integran al unirse a su fuente y fin único, absoluto, sin límites, perfecto, que todo da a los seres por amor. Llamo Él a ese principio y fin, que da fundamento y sentido a los seres, y permite a las personas hacer con y como Él a su nivel limitado, en conocimiento, amor, servicio, logros y valores humanos.

Considero que, esforzándose para mejorar el conocimiento y conciencia sobre la consistencia, y su aplicación a las conductas interiores y exteriores, personales y sociales, éstas contribuyen a cumplir mejor sus fines de bien, vida y verdad, poniendo al servicio de éstos los medios y oportunidades recibidas, de las que pueden disponer consciente y libremente.

Desarrollé este trabajo en el ámbito de mi tarea profesional en ciencias sociales y en política de desarrollo social, en un esfuerzo para contribuir al desarrollo y a la realización personal y social en mi país y en el mundo. Este trabajo incluyó investigación empírica y teórica, estudio, docencia, asesoramiento y acción para aportar al mejoramiento de la calidad de conocimientos, actitudes, pensamiento, valores, decisiones, conductas, hábitos, normas, y modelos sociales. Para tratar de mejorar estructuras, procesos, organizaciones e instituciones sociales, culturales, políticas y económicas, y calidad de vida.

Procuré hacer más explícito y sistemático el enfoque de la consistencia, investigando, escribiendo y publicando los resultados de mis esfuerzos, en una serie de libros y trabajos para compartir con otros el esfuerzo, y continuarlo y desarrollarlo en equipo y en diálogo.

Antecedentes para esta presentación sobre la consistencia

- En los años 2000 y 2001 publiqué: tres libros: *Overcoming Modern Confusion* (University Press of America, Lanham, 1999), *Choosing Models of Society and Social Norms* (University Press of America, Lanham, 1999), *Consistency* (University Press of America, Lanham, 2000) y *Consistencia, Ser Coherente* (Educa, Buenos Aires, 2000). Estas publicaciones las elaboré y preparé, culminando trabajos anteriores, durante la década de 1990, con el trabajo de investigación, integración, análisis y diálogo realizado durante esos años, con frecuentes aportes de colegas y amigos en Argentina, y de profesores de las universidades de Harvard, Columbia, Yale y Princeton, a quienes visité periódicamente, y quienes me hacían sus comentarios, me apoyaban y me animaban, en especial los profesores Robert K. Merton, en Columbia, Albert Hirschman en Princeton, Juan Linz, en Yale, y varios colegas del HIID, Kennedy

School of Government y Business School, en Harvard. Con la paciente colaboración de mi señora Sara y de mis hijos.

-Desde 1963 hasta fines de la década de 1980 realicé diversos estudios, investigaciones empíricas y teóricas, y publicaciones, sobre condiciones para aumentar la consistencia, y para mejorar la calidad de toma de decisiones y la calidad de vida, superando la improvisación y promoviendo valores, actitudes, hábitos y conductas al servicio del bien común; y su aplicación en áreas de desarrollo social: educación, salud, vivienda, trabajo, desarrollo regional y urbano, políticas públicas, trabajo para la integración y justicia social con énfasis en los más necesitados y excluidos, en paz, cooperación, autonomía y superación de espirales viciosos de desigualdad, dependencia, estancamiento, retroceso en todos los ámbitos y dimensiones humanas y sociales, etc. Esto incluyó trabajos sobre política de desarrollo social y calidad de toma de decisiones, en los variados ámbitos del desarrollo y realización humanas y sociales, aplicando el enfoque de la consistencia y de calidad en la toma de decisiones y de vida en investigación, docencia, publicaciones y asesoramiento.

-Estos trabajos los realicé principalmente en el Instituto de Sociología Raúl Orgaz (postgrado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, como director de investigaciones, investigador y profesor), en la Facultad de Filosofía y Letras, y Centro Universitario de Política Social (postgrado dependiente del Rectorado, como director, investigador y profesor) todos ellos de la Universidad Nacional de Córdoba; en el Instituto Internacional de Estudios Laborales (OIT Ginebra, como profesor); CIAT (OIT, Lima, como investigador); en el United Nations Research Center for Social Development (Ginebra, como investigador); así como en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (como codirector, investigador y profesor en el Curso de postgrado en sociología médica, en la cátedra de psicología médica); en el Centro de Investigación Social Aplicada de la Universidad Católica Argentina (como director e investigador); en el Consejo Federal de Inversiones (como jefe del departamento social) y en el Consejo Nacional de Desarrollo de Argentina (a cargo del área social en el diseño del proyecto nacional), en consultoras privadas, en asesoramiento a la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Cámara de Diputados de la Nación, y a la Comisión de Educación y Cultura del Senado de la Nación, y en la Fundación para la Calidad de Decisiones y de Vida, de la que soy fundador, entre otras universidades, fundaciones, institutos y actividades en los sectores públicos, social y privado.

-Además trabajé en estos temas en funciones públicas y en asesoramiento a funcionarios públicos y ONG, procurando promover la sensatez y el compromiso con la verdad, el bien común, la justicia, profesionalismo, cooperación y paz, en temas cruciales, y sobretudo mejorar políticas y estrategias sociales y del sector público. Traté de crear conciencia sobre estos temas y fomentar este enfoque entre dirigentes y amigos en Argentina y en el extranjero, así como en el mejoramiento social e institucional. Por este motivo realicé los trabajos mencionados, decidí además dedicarme al tema de la comunicación social y dirigí durante años varias radios: América (1983/89), Radio Cultura (1990/2008) y Cultura Musical como un esfuerzo más para aplicar al beneficio social mis trabajos profesionales y académicos, incluso mi especialización en medios de comunicación social (Mass Communications) en mi doctorado (PHD) en sociología en Columbia University en 1963.

-En los años 1959 a 1963 hice mi tesis doctoral¹, y mi tesis de diploma², buscando conocer las causas y soluciones para los problemas humanos, sociales, políticos y económicos de Argentina y en el mundo, dentro del contexto de los estudios comparados.

The Sacred and the Expedient se centró en estudiar, observar y analizar, con la ayuda de sondeos cualitativos y encuestas cuantitativas a estudiantes universitarios de varias universidades en EEUU, Argentina y España (allí con la colaboración del profesor Juan Linz, miembro de mi comité de tesis, en Columbia), sobre de qué modo la unión e integración de la variedad que las personas hacen en su interior y en su comunicación, acción e interacción social sirve a los fines de bien personal y social, o los perjudica, según la consistencia tienda o no a aplicarse de modo genuino e irrestricto, sin sesgos ni exclusiones.

Se ilustró cómo la falta de esta consistencia genuina por poner énfasis en los fines últimos y subestimar la aplicación de medios necesarios para servir eficazmente esos fines tendía a generar inestabilidad y frustraciones sociales, políticas y económicas en Argentina.

Y cómo la falta de consistencia genuina por poner énfasis en la eficacia en los medios y subestimar el ponerlos al servicio de fines últimos y valores superiores, tendía a generar inestabilidad y frustraciones interpersonales, espirituales y afectivas en los EEUU.

Se observó asimismo en los entrevistados la correlación positiva entre las premisas valorativas profundas y las actitudes y hábitos más específicos; y entre las condiciones sociales y culturales y los valores, actitudes, hábitos y conductas. Se ilustraban así los procesos de consistencia e inconsistencia intra e interpersonal.

Nuevos avances sobre el concepto de consistencia

En los últimos años consideré que era importante profundizar en la relación de la consistencia con la filosofía y el pensamiento de distintas escuelas y autores a lo largo de la historia, para lo cual recurrí al diálogo con los filósofos, profesores Gabriel Zanotti y Ricardo Diez, y el licenciado Ignacio De Marinis, diálogo que fue sumamente enriquecedor, a los efectos de insertar mi esfuerzo en torno a la consistencia en el marco de los trabajos de filósofos y pensadores de todos los tiempos y que incluyó también seminarios con la participación de los autores y de otros invitados, y diálogos personales y grupales.

Como un primer resultado de este diálogo interdisciplinario se publica este libro *Hacia el diálogo sobre la Consistencia* con nuestros aportes, como primer paso de un esfuerzo para invitar a otros a sumarse al trabajo de sacar fruto a este enfoque y mejorarlo, reconociendo que no tenemos ni una teoría ni un aporte definitivo, sino solamente la inquietud de trabajar para avanzar en un tema que nos excede, con la conciencia cierta y no de falsa modestia, de que podemos repetir con el filósofo griego “solo se que no se nada”, pero que a partir de allí la consistencia ayuda a recibir la inspiración de la conciencia común que todos tenemos, y a avanzar realmente, por modesto que sea el avance.

¹ *The Sacred and the Expedient* (Columbia University, Nueva York, 1963).

² *Social Planning and Social Administration: a Process of Society* (Institute of Social Studies, The Hague, 1959).

La primera parte de este libro se propone dar algunos puntos de apoyo para el desarrollo de un diálogo sobre la consistencia, abriendo el tema a quienes no están habituados al uso explícito y central de este concepto en su relación con la realidad. Se intenta compartir con el lector: a qué se refiere la consistencia, que es la unión de Él con los seres, y la consideración de las implicaciones que esta unión tiene para éstos y para todos los aspectos de su vida. Se analiza también cómo se descubre y vivencia esta unión en la que se asienta la realidad en su totalidad, con sus valores de bien, verdad y vida.

Agradezco a los coautores de esta publicación por su esfuerzo, generosidad y riqueza en este diálogo interdisciplinario, y por sus valiosos aportes para conectar el trabajo de la consistencia con sus raíces en el pensamiento humano, lo que ayudará a avanzar en el diálogo sobre la consistencia.

II. LA CONSISTENCIA.

1. ¿Qué es la consistencia?

a. Unión e integración subyacente por Él.

Consistencia es la unión e integración subyacente a la variedad de los seres. Las personas saben desde su primer momento que existe una unidad subyacente a la variedad de lo existente, que es la base firme en que los seres se originan, se apoyan y se realizan, por lo que puede llamarse absoluta. En este escrito se llamará Él, o el absoluto a esta unidad integradora subyacente, base absoluta de los seres.

Tanto saben las personas sobre esa unidad subyacente que todo acto interior y exterior de conocimiento, deseo, decisión, acción, sentimiento, es un acto de búsqueda de esa unidad, sabiendo que ella es y está, y que es lo que importa, interesa y vale y por eso las personas están motivadas hacia tales actos.

¿Porqué se afirma aquí que desde el primer momento de la vida interior se sabe sobre esa unidad subyacente? Pues esa conciencia se manifiesta en que la vida interior y propiamente humana de una persona nace en el momento en que ella se pregunta de dónde vienen los distintos objetos, hechos, momentos, personas y afectos que ellas experimentan, y cómo ellos se relacionan entre sí y con ese algo del que vienen, en Él que se apoyan, y que les da existencia, vida, sentido, fin y valor. Esa vida interior, o propiamente humana, consiste en buscar el qué, porqué y para qué de lo que se vive y experimenta. Lo que motiva conocimiento, deseo, sentimiento, decisión y acción.

Buscar la unión e integración subyacente es superar la indiferencia, vivir y hacer interior y exteriormente, al motivarse para conocer la verdad y desear y servir el bien, la vida y el ser, que se dan en la unión e integración, y alegrarse con ellos. Esto es vivir interiormente, buscando qué hay detrás de cada mensaje que se recibe, que merezca la adhesión de corazón, mente, voluntad y actos, al originar, sostener y realizar realidad, bien y vida y obrando en consecuencia. Lo que se experimenta se vive como mensaje de ese algo superior, absoluto y único, en que todo se origina y sostiene, y hacia dónde todo va en el luminoso misterio de la unión. Los seres no son Él, ni son por sí mismos, sino que Él los origina, sostiene y realiza.

La vida interior consiste en conocer sobre esta unión con Él que es llamada verdad, bien y vida; desearla y amarla, obrando en consecuencia; y alegrarse con ella. Esto es la vida y experiencia interior invisible e indivisible de las personas, que se manifiesta en conductas interiores y exteriores.

Conocer es descubrir esa unidad subyacente, y la integración de los seres por ella. Amar es desear el bien de Él y el de los seres que en Él se originan, bien que proviene de la unión con Él. El amor se manifiesta en servir a ese bien y en alegrarse con él.

La confianza en ese punto de partida y de llegada uno y absoluto que todo lo une es la fuente de la motivación para conocer, amar, hacer, y ser feliz, motivando a ejercer las

facultades superiores en pos de los valores verdad, bien y vida, dando por amor, en unidad de vida y conducta.

Que se confía en ese punto de partida y llegada absoluto se manifiesta y observa en que las personas se motivan para conocer, desear, amar, hacer y gozar la unión o integración que permite hacer pie en ese absoluto que todo lo une sosteniéndolo. Por ello en su vida invisible interior las personas buscan continuamente establecer si lo que vivencian - conocen, desean, aman, sirven, gozan - lo merece, vale y es válido, por hacer pie en esa base firme del absoluto, y ese hacer pie es llamado bien y verdad.

Esto lleva a las personas a estar satisfechas y felices cuando, con la actividad de su mente, voluntad, corazón y actos creen conocer, amar, servir y gozar bien, verdad y vida procedentes de la unión, apoyada en el absoluto, lo que les lleva a considerarla real, verdadera, buena, válida, y que vale la pena, y a compartirla con Él.

Esa unión de los seres con Él, que las personas saben y suponen sin otra opción que origina, sostiene y realiza a los seres, al unirlos a Él e integrarlos entre sí, es el único criterio para guiarse en esta búsqueda que hacen corazón, mente, voluntad y actos. De lo contrario no tendrían sentido ni valor el esfuerzo y aventura de conocer, desear, amar, servir y alegrarse, y las personas no se moverían en esa dirección buscando lo genuino, válido, verdadero y bueno, y buscando criterios firmes e inmovibles que permiten distinguirlo de lo que no lo es.

b. Consistencia en los planos del conocimiento y búsqueda de la verdad.

La ciencia avanza por observación e interpretación que permite ver como todo es integrado por la unidad. Las excepciones que encuentra son aparentes contradicciones que estimulan el trabajo para descubrir de qué sistema o ley más amplia o elevada -de unión- son aplicación. Así se pudieron entender las desviaciones en los movimientos de los planetas solares descubriendo a Plutón antes de verlo. Y así se entendieron conductas y patologías psicológicas por la acción del inconsciente invisible, como se verá más abajo.

La validez de los hallazgos científicos se controla y aumenta empleando diversidad de indicadores, para ver cómo lo que se infiere a partir de ellos converge, sugiriendo aceptar provisoriamente la plausibilidad de las inferencias en que ellos convergen, en un avance penoso y cauteloso de aproximaciones sucesivas.

Las personas no se moverían para buscar el qué, porqué y para qué, y para obrar en consecuencia, si no fuesen conscientes de la integración de todo por la unidad en que todo se origina, sostiene y realiza y que las capacidades humanas superiores son para conocer, amar, servir y disfrutar tal integración de verdad y bien. Esa conciencia, acompañada de confianza, fe y amor las guía en sus decisiones de creer, desear, amar, decidir, hacer, servir y alegrarse.

El científico y el lego que buscan conocer saben que subyacen leyes que integran todo en perfecto ajuste. Quién busca dar, y servir al bien y verdad y se alegra con ellos, es porque sabe que ellos están sostenidos por esas leyes de unión, gracias a las cuales se reciben, mantienen y realizan los seres y sus bienes, apoyados en Él.

Es cómo si una voz invisible interior a las personas, que es llamada conciencia, se hiciese presente dentro de ellas asegurándoles que todos los seres pertenecen a un solo sistema que se apoya en Él, que no es un ser como ellos, que son limitados y que necesitan apoyarse, sino que de Él solo se sabe que es el apoyo invisible y sin límites en que todos los seres se originan, sostienen y realizan, y que les da todo lo que son y tienen de bien y realidad. Solamente en Él, quien es encima de los seres, se puede confiar como fuente de valor y sentido de todo. En esta profunda vivencia y certeza fundante consiste la vida interior o facultades superiores.

Por ello a Él se le llama absoluto, sin límites, infinito, perfecto, uno y único, por encima de límites, relaciones, imperfección, variedad y pluralidad, y se sabe, cree y confía en que los seres en Él se asientan, y de Él toman ser y sentido. Esta premisa permite a las personas saber sobre el absoluto que subyace a los seres limitados, absoluto uno y único que ellos son responsables de moverse y esforzarse para conocer, amar, servir y gozar, conociendo, amando, sirviendo y gozando a sus hijos, en bien y verdad, en que se manifiesta Él al unir a ellos a Él y en consecuencia entre sí.

c. Consistencia en voluntad, decisión, acción y búsqueda del bien

La unión e integración aporta el criterio que permite no solamente conocer realidad y verdad, sino amar y servir bien, verdad y vida, que surgen de la unión con Él e integración entre sí de seres, dimensiones y relaciones, y alegrarse con ellos.

La unión e integración se manifiestan tanto en la verdad como en el bien, la belleza, la eficacia y la felicidad, y en los trabajos, profesiones y disciplinas que se ocupan de estos valores.

Las personas se dedican a descubrir amar, servir y disfrutar la unión con Él y entre los seres que se da en verdad, bien, vida y belleza, que unen entre sí a seres, aspectos y relaciones de la realidad, porque saben, creen y confían que esa unión existe, y que es lo valioso y que los seres humanos están invitados a actuar en consecuencia, amando a Él y a sus hijos que manifiestan a Él por unión con Él y entre ellos.

Eso mueve a muchas personas a dedicar sus vidas a servir al bien común y a la justicia, con ética, eficacia y virtud; a la ciencia y al arte; al trabajo y a la empresa; y a todas las actividades constructivas personales y sociales, privadas y públicas, a las cuales las personas están invitadas al recibir las capacidades y oportunidades con que cuentan.

Las personas son también conscientes de que la unión e integración de la variedad por la unidad es una formidable tarea de todos, a la cual en sus vidas aportarán solo en medida mínima, avanzando lentamente y poco, por aproximaciones sucesivas, considerando la inmensidad de variables y relaciones que componen la realidad, el bien, la vida y la belleza y lo mucho que queda por avanzar. Y que es Él quien pone lo necesario para cumplir y colmar plenamente esa unión, con la aceptación de sus hijos, que es la cooperación de éstos.

La integración de la variedad por la unidad se da tanto en verdad y realidad, como objeto de conocimiento y ciencia, como en bien, vida y belleza, como objeto del amor, bondad, voluntad, sentimiento, alegría, arte y toda conducta humana interior o exterior.

El compartir las personas la búsqueda de unidad en la variedad, sin sesgos, privilegios ni exclusiones, como objeto de conocimiento, amor, servicio y alegría, que responde al qué, porqué y para qué que a todos motiva, como profunda necesidad, deseo y fin, permite a cualquier persona y a cualquier investigador evaluar con su conciencia y juicio crítico algo que otros dicen o hacen, y los resultados de sus investigaciones, conductas, pensamientos y trabajos. Permite también a las personas compartir experiencias visibles e invisibles, y comunicarlas entre sí, interactuando y cooperando con sentido hacia fines comunes.

Las vivencias de las personas no son meramente cognitivas sino espirituales, en que se unen conocimiento, deseo, amor, acción, sentimiento y alegría. El conocimiento es solo un aspecto de esta unión indivisible de la vida espiritual. En Él, quién es absoluto, principio, fin y sostén de todos los seres, éstos se apoyan al unirse a Él e integrarse entre sí.

Realidad, verdad, bien, vida y belleza, se originan y fundan en la unión con Él (el absoluto), quién –al unirlos a Él- integra entre sí a seres que nada son ni tienen por sí mismos y al hacerlo les da lo que son y tienen. Ellos consisten existiendo y teniendo y haciendo bien y vida gracias a esa unión con el absoluto, que los integra a Él y entre sí.

La acción de Él, “el sin límites”, todo lo abarca a través de sus leyes de unión en consistencia y no contradicción, en que todos los seres son generados, apoyados y realizados, al unirse a aquél e integrarse entre sí, sabiendo que ellos no pueden hacerlo por sí mismos, sino que todo lo reciben de aquél único absoluto, quién da todo bien, y lo hace por amor, que es el deseo de bien del beneficiario.

La consistencia como unión de los seres con Él, y en consecuencia entre sí, permite así conocer, amar, servir y gozar los dones recibidos en bien, verdad y vida. Esos dones los reciben las personas en conjunto, en familia, en sociedad, y personalmente.

El amor es desear y servir al bien de los seres amados, que es el fin de realización de los seres, dando bien y vida con y como Él, compartiendo así con Él.

Aplicando la consistencia con amor, cuidado, empeño, respeto, rigor y entrega al servicio de bien, verdad y vida, se emplean según su qué, porqué y para qué (su fin) los dones recibidos y las capacidades propiamente humanas, cuestionando y mejorando valores, conductas, costumbres, hábitos y normas personales y sociales, así como instituciones, estructuras, procesos y organizaciones sociales, para mejorarlos, avanzando en todos los aspectos de la vida.

Las personas son libres, y pueden hacer mal uso de su capacidad de consistencia, practicándola contra ella misma, en la contradicción de mentira, engaño, mal, muerte y nada, rechazando la invitación hecha por Él a compartir con Él en dar bien por amor a Él y a sus hijos, con humildad. El rechazo de la invitación de Él lleva a la consistencia espuria, que es inconsistencia, y lleva a personas y sociedades a fracaso y frustración, yendo contra Él y contra los hijos de Él, ellas mismas entre ellos.

Personas y sociedades necesitan trabajar en una gran ofensiva de consistencia, superadora de mentira, contradicción, egoísmo, odio, destrucción y muerte, contribuyendo así a desarrollo y realización humanos y sociales y a calidad de vida, avanzando progresivamente.

Entre las dimensiones importantes de la aplicación de la consistencia en la vida humana se hallan las de cuidar el bien común y la justicia, no solo en el pequeño ámbito personal y familiar, sino también en los más amplios ámbitos social y público, a niveles local, nacional y mundial.

2. Consistencia como criterio y guía de verdad y bien.

El criterio de consistencia, presente en la conciencia de todas las personas, las guía en su búsqueda de la unidad que subyace a la variedad de los seres. Busca descubrirla, porque se cree en ella (se sabe sobre ella) previamente. A este descubrimiento se llama conocimiento de la verdad y del bien.

La consistencia integra a todos los seres y aspectos de la realidad en un solo sistema que todo lo abarca. Los seres no pueden existir sin consistir con los demás, en lo que se llama realidad y bien. Existir es consistir, en integración entre los seres, basada en la unión con Él, quién es sin límites, absoluto, principio, fin y sostén de todo dando de Él (quien es) a quienes nada son sin Él.

El conocimiento constituye un proceso de recreación representativa de la realidad, en nuestra mente. El criterio de verdad o realidad que guía el avance en el ajuste entre realidad y representación, y en mejorarlo, es el de consistencia.

La inteligencia es la facultad de ligar, hallando nexos entre los seres, descubriendo la unidad subyacente que integra a la variedad. Así se descubren realidad y verdad, con su sentido de bien y vida, que son manifestaciones de integración y consistencia, por unión con Él.

Cuando se afirma que algo es real, objetivo o verdadero, lo que se dice es que es congruente con la información de que se puede disponer, que manifiesta la unión con Él, no la contradicción que lo niega. Las capacidades físicas y espirituales de las personas les permiten apreciar y evaluar qué es coherente con los seres y lo que son y tienen, recibido de Él, y en consecuencia coherente con Él.

El conjunto de lo existente se caracteriza por la consistencia que lo integra, relacionando a cada componente con el conjunto, y con Él, factor único, superior a los seres, absoluto, invisible y sin límites, quién al unir los seres a Él y entre sí los origina, sostiene y realiza.

Por ello para decidir si algo es real, verdadero o bueno se considera si es consistente con el resto de lo real en armonía de beneficio recíproco que viene de la unidad de Él y va hacia la unidad de Él. Se va conociendo progresivamente, como la unión y armonía se nutren en el refuerzo recíproco entre los seres, en complementación recíproca en su

búsqueda, amor y construcción al aceptar a Él y a sus dones de verdad y bien. Se rechazan inconsistencia y contradicción.

Por ello del principio o criterio de consistencia derivan métodos y técnicas científicos, ciencia, y toda acción humana de avance hacia verdad, bien, efectividad y felicidad.

Los científicos aceptan como verdadero o plausible lo que hallan ser consistente con lo observado, y rechazan como falso o improbable lo que hallan ser inconsistente con el resto de lo observado y conocido. Los métodos y técnicas de investigación tienen por objeto determinar y evaluar esta consistencia, que deriva de la unión con Él, reflejada en la integración de los seres entre sí, y la inconsistencia, que deriva de lo contrario. Ello permite avanzar en el conocimiento de la verdad. Las conclusiones son siempre provisionales pues es mucho más lo que se ignora que lo que se sabe, sobre los aspectos, relaciones, seres y hechos de la realidad.

Se pueden llamar científicas las afirmaciones que forman parte de la ciencia. Se habla de ciencia cuando se cuenta con un sistema integrado de conocimientos, con fuerte consistencia interna, que incluye principios y teorías generales al ascender hacia la cúspide, articulados en niveles sucesivos hasta llegar a un conjunto de proposiciones específicas empíricamente verificadas en su base. Desde luego con limitaciones, y se trabaja sin descanso para reducirlas.

Las personas emplean la consistencia para conocer y resolver qué creer, qué decidir y qué hacer, para que sea mejor y más ajustado a la realidad y al bien, y a los medios para servirlos. Como no se puede conocer, decidir y hacer todo, se avanza por aproximaciones sucesivas. Se avanza así aún cuando no se conozcan la palabra consistencia ni sus fundamentos teóricos y metodológicos.

Las personas y sociedades de todos los tiempos emplearon la consistencia para avanzar y realizarse, descubriendo y aplicando verdades, bienes y fines, así como medios y adaptaciones para servirlos, y trabajando en persona, familia, sociedad, cultura, ciencia, técnica, ética, y virtud, y en lo jurídico, político, económico, y cultural, que son producto de esfuerzos de consistencia. Los retrocesos y estancamientos en todas estas áreas son productos de la inconsistencia.

Los esfuerzos del autor para exponer los fundamentos y análisis teóricos y metodológicos de la consistencia y sus aplicaciones en la vida contemporánea están volcados en tres libros³.

3. Conocimiento, ciencia y criterio de verdad.

³³ Los fundamentos teóricos y metodológicos del concepto de consistencia y de sus aplicaciones están volcados en tres libros publicados por la University Press of America, Lanham (Adolfo Critto, *Consistency, Being Coherent*, 2000; A. Critto, *Choosing Models of Society and Social Norms, Improving Choices and Quality of Life*, 1999 y A. Critto *Overcoming Modern Confusion, Consistency and Choice*, 1999 en inglés); y en un libro publicado en español en Buenos Aires por EDUCA, Buenos Aires (A. Critto, *Consistencia, ser coherentes*, 2000). Este análisis tiene antecedentes en dos libros publicados anteriormente en Buenos Aires por Paidós: A. Critto, *La Comunidad Frenada* en 1977 y A. Critto, *El Método Científico en las Ciencias Sociales*, 1982, y en otros libros y tesis del autor citados en la bibliografía al final de esta Primer Parte.

El criterio de verdad, para afirmar que lo que se conoce coincide con el mundo real, es el de consistencia, y por ello para evaluar la validez de una afirmación o conocimiento se evalúa críticamente el ajuste del mismo con todos los elementos de juicio disponibles, tanto en la investigación científica como en el conocimiento cotidiano y de sentido común, ya que todos los seres están unidos a Él e integrados entre sí por Él.

Por ello los científicos dedican sus vidas a descubrir las leyes a través de las cuales todos los seres y aspectos de la realidad están unidos a Él y, en consecuencia, íntimamente relacionados entre sí, en unión superadora de toda contradicción, sin dudar de que estas leyes existen, y de que solamente es menester descubrirlas con esfuerzo y paciencia, buscando los nexos invisibles derivados de la unidad subyacente a la variedad. Este esfuerzo genera un avance lento y penoso que llena de alegría por la importancia de aún los más pequeños pasos.

Cuando se dice que algo es real o verdadero se quiere significar que es congruente con la información de que se dispone. Por ejemplo se concluyó que existía el planeta Plutón antes de verlo porque las desviaciones observadas en las órbitas de otros planetas no eran consistentes con lo conocido salvo que se admitiese la existencia de un cuerpo celeste al que se bautizó como Plutón describiendo su masa, órbita, etc., antes de que existan telescopios suficientemente poderosos como para verlo. Igualmente el concepto de inconsciente y sus efectos sobre la vida orgánica y psíquica se describieron para explicar hechos clínicos que suponían esa presencia. Estos parecían contradictorios, en ausencia del inconsciente, que pasa así a ser factor explicativo. Si un profesor dice que está inclinado durante la clase pues tiene un elefante de 10 toneladas en el bolsillo, los estudiantes piensan que no es verdad, pues tal afirmación es inconsistente con lo que se sabe sobre fuerza de las personas, tamaño de los elefantes y resistencia de los bolsillos.

De este modo lo invisible se infiere de lo visible, gracias a saber que todo lo gobierna el absoluto, uno y único, con leyes que todo lo unen –a Él y entre sí- sin sesgos en un sistema superior ajustado, y que sustentan la conciencia y el juicio crítico, que avanzan hacia la luz por aproximaciones sucesivas con la alegría de saber que existe un piso firme de bien y verdad sobre el cual se avanza, piso firme sostenido por Él. Para aclarar “en qué consiste” algo se indica su inserción dentro de ese sistema de la realidad, por la relación de unión e integración con el resto de los seres que la componen apoyada en la unión con Él. Así se describen y definen los seres.

El método de investigación científica es un proceso de ajuste sistemático entre la realidad y su conocimiento, buscando conocer la unión e integración subyacente, trabajando con investigación empírica y teórica, confrontando entre sí informaciones, ideas, hipótesis y teorías. De este modo se va descubriendo la unidad subyacente al rompecabezas de la realidad. Y se dice que algo es real y verdadero en la medida en que aparece consistente con las informaciones disponibles y se van descubriendo uniones que superan aparente vacíos y contradicciones. Aclarándose que las conclusiones son provisorias y de plausibilidad.

Es útil hacer explícito el criterio de consistencia a efectos de esforzarse por aplicarlo cada vez más y mejor, y del modo más sistemático posible procurando aproximarse a sus últimas implicaciones, rompiendo con sesgos y zonas privilegiadas, exentas de confrontaciones.

Ello permite que cualquier investigador, y cualquier persona, puedan evaluar el trabajo de cualquier otro investigador en base al propio criterio de consistencia, común a las conciencias de todos. Permite a público y ciudadanos evaluar las informaciones y opiniones que proponen dirigentes, autoridades y medios. Y permite a las personas compartir experiencias invisibles y visibles comunicándose entre ellas, con un pacto implícito de verdad, sinceridad y rectitud; dando bien y verdad con respeto y amor; sin sesgo, ni parcialismo; sin privilegiar o excluir elementos de juicio, haciendo justicia a todos, basando en ello confiabilidad y responsabilidad, sumando esfuerzos con trabajo constructivo en equipo y en paz. Este pacto se asienta en la aceptación de Él como principio, fin y sostén único de todo.

Cualquier decisión que se tome en materia de investigación científica y conocimiento necesita ser guiada por la búsqueda de consistencia, que para ser genuina necesita ser irrestricta y sin sesgos, privilegios ni exclusiones. Se buscan así las integraciones más plausibles para superar contradicciones y espacios no explicados. Las conclusiones a que se llega son provisorias y de plausibilidad, y los elementos de juicio considerados para llegar a las mismas deben ser siempre cuestionados y reevaluados en función de nuevas observaciones, informaciones y de nuevos análisis, de unión e integración, recordando que siempre se conoce solo una ínfima parte de realidad, dimensiones, relaciones, informaciones, hechos y análisis posibles.

La duda metódica científica debe llevar al permanente cuestionamiento de supuestos, con juicio crítico y autocrítica. De ese modo se avanza, aún cuando los avances siempre estén abismalmente lejanos a conocimiento e integración perfectos.

La conciencia de la integración de todos los seres en un solo sistema con base firme en Él, es el supuesto que motiva a pensar, conocer, decidir y hacer libremente, avanzando en la dirección de las últimas implicaciones, abriendo las puertas al funcionamiento de las facultades humanas superiores orientadas a verdad, bien y vida, movidas por el amor, que se manifiesta en dar, construir y sumar en paz.

La consistencia está más allá de las rígidas fronteras disciplinarias, y trabaja con conceptos, dimensiones, relaciones e informaciones que cortan a través de ellas, esforzándose en relacionarlo todo, aún cuando se va conociendo progresivamente solo una ínfima proporción de la realidad. Este trabajo, a pesar de ser ínfimo en relación a la perfección absoluta, hace un gran aporte y una gran diferencia para la iluminación y beneficio de las personas, lo que vale mucho pues lo hace a la medida de sus posibilidades alimentadas por Él.

Dimensiones, relaciones, sistemas, conceptos y teorías, se infieren a partir de las observaciones y análisis de unión e integración. La consistencia exige dejar constancia de las limitaciones de tales avances.

4. Cómo decidir y hacer mejor

La integración subyacente, construida por Él, (absoluto) no solo guía sobre qué y cómo conocer y crear, sino sobre qué y cómo desear, sentir, decidir y hacer, amando, sirviendo, dando y viviendo, en armonía con lo que se conoce como resultado de los dones de Él. Empleando el juicio crítico frente al bombardeo de mensajes e invitaciones

superficiales y contradictorios que inundan a sociedades y personas con sus presiones y atracciones.

Para decidir y hacer mejor las personas necesitan considerar la unión e integración subyacente de consistencia que integra todo en verdad y bien, que se viven con coherencia y rigor, en amor y paz. Lo que las personas necesitan y desean profundamente de la realidad es compartir y cooperar con Él en la obra de genuina y verdaderamente dar bien y vida por amor, de la que son beneficiarios quiénes reciben y quiénes dan y Él quien por amor toma como suyo el beneficio de sus hijos. Ese es el buen uso de su libertad y de sus capacidades, que las personas pueden hacer según su principio y fin, razón de ser y deber ser, responsabilidad y misión en la vida, según el sentido de ésta.

Las precauciones para avanzar en un enfoque consistente incluyen: aceptar a Él dándose a Él, agradeciéndole sus dones, cooperando y compartiendo con Él en dar bien y darse, sin sesgos, parcialismos, privilegios y exclusiones, siendo fieles a realidad, bien y vida recibidos, unidos a Él, haciendo –dando bien y vida- con y como Él. Para ello se aplican método y sistema; y se cuestionan supuestos, premisas y prejuicios, con juicio crítico; buscando la unidad subyacente en profundidad, apertura, equilibrio y rigor, considerando el marco integral, sin admitir separaciones ni sesgos.

Se procura considerar hasta las últimas implicaciones con voluntad, compromiso, diligencia y entrega, sin improvisación y descuido; y trabajar para la integración más amplia de las integraciones parciales; con equilibrio, apertura y profundidad, evitando excesos y unilateralismo.

Se procura así servir a los fines últimos y valores superiores de amor, bien, verdad, libertad, justicia y solidaridad, con medios eficaces; con énfasis en valores espirituales, éticos y morales, culturales y sociales, por encima de materialismo, violencia, adicciones, corrupción, vanidad, arrogancia, mentira, egoísmo, improvisación, injusticia y destrucción de personas, familias, instituciones y sociedades.

Se procura contribuir a desarrollo y realización personal y social, mejorando calidad de vida a través de mejores decisiones, hábitos y normas sociales, instituciones y organización social, cívica, política, laboral, empresaria, cultural y familiar. Sirviendo así elevados valores y últimos fines con efectividad y responsabilidad.

Se realizan esfuerzos para superar problemas de confusión, relativismo, contradicción, mentira, superficialidad, egoísmo, angustia, corrupción, crimen, violencia, odio, incomunicación, conflicto y perjuicios, problemas de desorganización y deterioro social, familiar y personal, frustración, inseguridad, pobreza, injusticia, poniendo cada cosa en su lugar, para bien de todos, con amor, verdad, humildad y justicia.

Las personas no son autoras de sus existencias y vidas, sino invitadas a éstas, que son recibidas como regalos, para que las personas a su vez den lo recibido, aceptando que Él lo de a través de ellas, en complementación y beneficio recíproco entre hermanos, compartiendo y cooperando con Él.

De ese modo las personas aceptan y agradecen la invitación recibida, dando bien por amor, cumpliendo así con su ser, razón de ser, y deber ser, haciendo rendir frutos a los

talentos recibidos, según lo escrito en las leyes de la realidad, que sus conciencias leen, y que son de integración o consistencia en bien, verdad y vida.

Las personas necesitan emplear su capacidad de consistencia o guía recibida de Él a través de la voz de sus conciencias, como juicio crítico para cuestionar y evaluar críticamente las influencias sociales, costumbres, hábitos y normas sociales, mejorando las integraciones, combatiendo y reduciendo sesgos, privilegios y exclusiones, en la dirección de integraciones irrestrictas que vienen de Él y van hacia Él.

Se busca así cooperar con Él en dar bien por amor, en complementación recíproca, apoyando lo constructivo y combatiendo lo destructivo en conductas, costumbres y hábitos, mejorando lo recibido de Él y de otros, para bien de todos.

Para ello es necesario cultivar honestidad, rectitud, responsabilidad, verdad, respeto y amor, promoviendo organización social e instituciones para la superación de injusticia, pobreza y otras carencias, siendo coherentes y responsables según el fin y misión recibidos, haciendo rendir frutos de bien y verdad que son los talentos recibidos, según su razón de ser y deber ser.

Para esto se vive según las leyes de la ética, el amor y la consistencia, sin perder las oportunidades recibidas cayendo en incoherencia, mentira y deshonestidad.

Se cumple así con la ley escrita en la realidad, en letras que son visibles a la conciencia humana, a través de la cual se escucha la voz de Él. Se cumple con esa ley dando y compartiendo bien por amor, con humildad, sacrificio, santidad, alegría y paz.

Desde luego la consistencia no está en plantear, pensar, hablar, declarar esto, sino en vivirlo y hacerlo, en unidad y coherencia, con entrega, sacrificio, alegría, humildad y amor, lo cual lo hacemos poco y mal, pero lo poco que hagamos cuenta. Él pone lo demás.

5. Consistencia de todos.

Las personas y sociedades de todos los tiempos y lugares emplearon y emplean la consistencia para avanzar y realizarse. Pues todas cuentan con una conciencia común, a través de la cual Él les habla y guía.

Los avances en bien común, justicia, cultura, ciencia, técnica, ética, virtud, arte, economía, política, ley, sociedad, persona, familia, trabajo, empresa, etc., son producto de esfuerzos de consistencia, poniendo cada cosa en su lugar, en su relación con Él (el absoluto), de quién todo se recibe y en consecuencia en la relación entre las personas, que son hermanos por ser hijos de Él. Él hace todo bien a través de los seres, y a través de las relaciones de unión entre los seres en verdad y bien.

Las personas y sociedades avanzaron en todos los ámbitos y tiempos en la medida en que se propusieron claramente considerar a Él (el absoluto), y a todos los seres y aspectos de la realidad por Él generados, unidos e integrados en bien y verdad, haciéndolo sin sesgos, privilegios ni exclusiones.

Así se trabajó en todas las ciencias, disciplinas, construcciones y acciones que permitieron el avance de la humanidad, y de sociedades, familias y personas, bajo la guía del absoluto, mediante unión e integración irrestricta, sin sesgos, privilegios ni exclusiones (o reduciéndolos lo más posible), sirviendo bien y vida con amor y verdad.

La consistencia está enraizada en todo quehacer y avance humano constructivo en lo personal y social, en lo privado y público, en lo social y cultural, en lo científico y tecnológico, en lo económico y político, en lo ético, moral y espiritual.

Y la inconsistencia o consistencia espuria, explica todo retroceso.

III. ÉL SE DA UNIENDO E INVITANDO A DAR BIEN

1. El don de la unión y los límites

a. El “sin límites” da al limitado, invitándolo a dar con Él

Las personas son seres. Como todos los seres son limitadas, en el sentido de que nada son ni tienen por sí mismas, y que solamente son y tienen dentro de sus límites, y no fuera de ellos. Dentro de sus límites la persona - como todo ser - simplemente es, sin límite ni contradicción. Porque lo que es y tiene lo recibe de quién da en el inicio de la cadena del dar, pues Él simplemente es, sin nada necesitar recibir, sin límites, y genera a los seres para que compartan y cooperen con Él en su dar primero, unidos a Él y entre sí. En cambio todos los seres, que no son Él, empiezan por recibir.

Los seres – entre ellos las personas -, que nada son sin Él, y son limitados, todo lo reciben de Él, quién no es limitado como ellos, pues si fuese limitado, y no absoluto, no podría ser el origen de la cadena de los seres que solamente son y tienen dentro de límites lo que reciben de Él. No podría generar en ellos sus contenidos sin límites, ni los límites que los contienen.

A Él, aquél que origina, se lo conoce por su dar que origina, sostiene y realiza a los seres, en sus límites y contenidos. A los seres se los conoce por su recibir. Cuando éstos dan, manifiestan el dar de aquél, dentro de los límites de los seres que Él genera, sostiene y realiza al darles existencia, bien y vida. El dar de éstos es su forma de unirse a Él y compartir y cooperar con Él dando con y como Él, aceptando que Él de en y a través de ellos.

No se explica, conoce y entiende lo que los seres viven y experimentan sin aceptar la unión con Él, quien es, supuesto necesario y evidente, que da sentido a los seres. Él responde a los interrogantes básicos con que la persona inicia y vive su vida interior invisible: ¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué hacer? ¿Cuál es el cimiento, el principio y el fin? Que no puede ser otro que Él. A estos interrogantes las personas necesitan responder con aceptación, amor, conocimiento, servicio y gozo.

Llamaré aquí Él a ese alguien (a quién más propiamente se llama Dios), pues es el único y uno, por “quién” los seres son. Ellos son ellos por Él. Lo que de Él se conoce es “que es”, y que “da todo lo que los seres son y tienen”, siendo su “único principio, fin y sostén”, “uno”, “base primera”, “absoluto, perfecto, sin límites ni sesgos, infinito, bueno, santo, ama, sabio, justo, padre, colmado, pleno, eterno, puro”, “obra maravillas”, pues Él es – solamente Él puede ser por sí mismo - fuente, sostén y fin de todas las buenas cualidades que se manifiestan en sus hijos, que son su obra. También se conoce que Él no se puede caracterizar por rasgos ni cualidades, sino que es fuente de ellos, pues no es un ser limitado, sino su fuente y fin.

Basta con llamarle Él pues no entra en categorías, palabras o conceptos humanos, sino que es la base de todos. Es aquél por quien los seres son y tienen. Al llamarle Él se da noticia de lo que Él da y que todos los seres son por Él, pues solamente Él es, sin ser por

otro u otros, y sus hijos nada tienen por sí mismos y por Él son y tienen. Él les da para que ellos sean y tengan, y a su vez den, dando testimonio de Él, su origen, fin y cimiento, guiados por la voz de Él en sus conciencias.

Llamando “Él que es” a aquél por quienes los seres son, se implica que solamente Él es, en el sentido de ser fuente, fin y apoyo de todos los seres que son. Se indica que Él “es por sí mismo”, en cambio todos los seres pertenecen a un ámbito que es por Él, quien no necesita ser gracias a nadie, sino que los seres – todos – son gracias a Él. Él se basta a sí mismo, y se basta también para originar, sostener y realizar a todos los seres, que todos son gracias a Él. De lo contrario ellos no podrían ser. Él se manifiesta en lo que da a los seres limitados, que son por Él plurales, pues son por participación, mientras a Él simplemente es, y se le llama uno, por ser fuente y fin de todos, siendo sin límites y absoluto.

Los seres, al ser por compartir con Él, pasan a ser como Él, dentro de sus límites. Ello hace que cada uno sea uno, y que dé de su plenitud limitada, como Él da de su plenitud infinita. En el caso de los seres humanos este dar es consciente y libre, por amor. En el caso de los restantes seres terrenos, el dar es simplemente cumplir con hacer lo que Él hace en ellos, a su nivel, o sea sin saber ni elegir aceptarlos. A diferencia de Él, dan lo que reciben, por tener dentro suyo a quien todo origina y da, y que se da a ellos y a través de ellos dentro de los límites que Él les da.

En el amor y en el dar se manifiesta la divinidad que Él comparte a sus hijos, quienes no son divinos, pero a quienes Él invita a sentarse a su mesa, que es la mesa de dar, de Él, quien es pleno y colmado, antes, eternamente. De ese modo ellos comparten de su divinidad, en sus dones e invitación. Solamente Él puede dar sin recibir, siendo el único que da, mientras el bien que los seres dan lo da él a través de ellos. La consistencia es unión que lleva hacia Él, pues sale de Él. Él es el único no plural, limitado ni vario. Si “Él es el que es”, el único que es por sí mismo, los seres son por Él. Él es el único que es, a secas, por sí mismo, singular. Los demás son, parte de un ámbito plural, vario y limitado.

b. Dentro de sus límites, la persona comparte sin límites con Él, su dueño, que se hace suyo.

Lo que la persona es y tiene es sin límite, en el sentido de que su límite único es su nada, vencida al recibir ella todo de Él, quien comparte con ella, dentro de los límites que Él le da para contener los dones que Él le da. El invita a la persona a recibirlo, entrando a ella con su absoluto sin límites.

Lo que reciben las personas son dones y obra de Él (quien es absoluto, sin límites). Ellas así reciben el toque sagrado de Él (él sin límites), y por lo tanto cada persona recibe –dentro de sus límites- la participación en el absoluto sin límites que Él es y da, al darse a ella.

Hasta los límites mismos, al ser dados a las personas por Él (“él sin límites”) son lo que son con firmeza absoluta, sin límites, apoyados en Él, firmeza garantizada por las leyes

de Él, que expresan su voluntad de generar, sostener y realizar a los seres en bien, vida, realidad y verdad.

Por eso son tan firmes las afirmaciones de los principios de identidad y de no contradicción. Porque Él dice a sus hijos al darles: te doy de mí, y lo que te doy es tuyo, me hago tuyo por amor, y lo tuyo es mío, porque tú eres mío.

Ser de Él es la gran fortuna de sus hijos, los seres. Si no fuesen de Él nada serían ni tendrían. La gracia que los hijos de Él reciben es tener a Él dentro de sus límites. Los límites trazan en las personas el camino que ellas reciben para compartir con Él.

Él, al darse a sus hijos, les dice: lo que doy no tiene límites, me tienen a mí (Él, Dios) dentro de sus límites, pero yo no tengo límites, simplemente soy y estoy, siendo y estando también en los seres, al compartir con ellos, al generarlos, sostenerlos y realizarlos.

¿Cómo dice eso Él a sus hijos? Simplemente con sus actos de dar a ellos sus dones de realidad, verdad, bien, vida y belleza con firmeza absoluta. Sus hijos pueden leer los mensajes e inspiraciones o comunicaciones que Él les envía en sus dones, interpretándolos y descubriendo su sentido y valor con su alma espiritual o conciencia, que les permite amarlos, conocerlos, servirlos y disfrutarlos, dirigiendo a Él –uno, absoluto, sin límites, principio, fin y sostén de todo ver- ojos, corazón y obras, aceptando a Él y a sus dones.

El diálogo y hablar, pensar y hacer sobre unión o consistencia son formas de aceptar el regalo y don de Él que somos nosotros, con todo lo que tenemos en bien, vida y verdad. Gracias al amor y voluntad de Él nosotros somos posibles y somos (realizando la potencia) dentro de límites, dentro de los cuáles somos y tenemos a Él, en el milagro de sus dones.

La maravilla que se da dentro de los límites está en el reconocer al absoluto, aceptarle e inclinarse ante Él, recibiendo sus dones, como María al alabar al Señor que “obró en mi maravillas”, y al decir al ángel “Hágase en mí según tu palabra”.

Se reciben los dones de Él quien genera a sus hijos al unirlos a Él, con la gracia y protección de su amor, bondad, santidad y misericordia, que Él prodiga a través de sus leyes infalibles de unión con Él al compartir con sus hijos lo que éstos llaman existencia, verdad, bien, vida, felicidad, paz, plenitud.

Esto no lo puede quitar nada ni nadie, pues Él lo genera, sostiene y realiza con su unión con sus hijos. Esta acción de unión con Él se manifiesta en bien, vida, verdad y existencia.

Él puede generar, sostener y realizar pues simplemente es, uno, absoluto, todo, colmado, pleno, perfecto, infinito, sin límite ni sesgo alguno, sin principio ni fin.

Él es y tiene todo, y hace ser y tener a los seres, que tienen plenamente, dentro de sus límites, sin nada ser ni tener por sí mismos. Pues Él comparte a ellos de sí, dentro de los límites que él les da para que compartan con Él, compartiendo a Él, quién viene a ellos y está en ellos, dentro de ellos, como don y prenda de amor, vida y bien, como padre y amigo. Él puede dar por solo Él ser, y los seres ser por Él.

Aceptar a Él y a su invitación es aceptar su grandeza, absoluto y sin límites. Quien acepta nada es sin Él, pues Él es el que es, el único que es, sin quién los seres (que son todos plurales, y ninguno es uno por sí mismo) no son, pues solo son y tienen por Él.

c. Conciencia de leyes de unión

De Él se sabe todo esto infiriéndolo de las leyes de la realidad que se vive y experimenta al observar como todo ocurre y los seres y acontecimientos se relacionan entre sí -en relación de unión- por su relación de unión con Él. Estas leyes de modo infalible generan la unión e integración llamadas bien, vida, existencia y verdad, rigiendo todo, sin resquicios. De modo que cuando son desafiadas por contradicción, mal, muerte, mentira, nada, ponen a cada ser en su lugar a través de integraciones cada vez mayores que vuelven todo a su quicio y lugar de bien, vida, realidad y verdad.

Contradicción, mal, muerte, mentira y nada causan dolor, advirtiendo sobre la necesidad de superarlos, evitarlos y vencerlos para ser, crecer, realizarse y ser plenamente. Las personas sienten, vivencian y viven, a estos opuestos a bien, vida, verdad y realidad, como privaciones de lo que son y tienen, lo cual va contra sus necesidades, fines, deseos y valores y contra su principio, fin y sostén; y en consecuencia contra sus aspiraciones, alegría y felicidad. O sea que van contra ellas, contra sus hermanos y contra Él, quién todo les da, como se los dice la voz de su conciencia.

En este sentido esos desvalores duelen y chocan, y las personas los rechazan si siguen a la voz de sus conciencias. Cuando aceptan los desvalores saben que con ellos sirven de modo torcido a sí mismas y a sus fines y aspiraciones, y optan por lo espurio, apoyadas en sí mismas -que nada son por sí mismas- y no en Él, sirviendo bien, vida, verdad y realidad falsos, que carecen de cimientos, contradiciendo a los genuinos. Construyen torres de Babel, en idolatría y autosuficiencia, para fracaso y frustración.

Cuando las personas emplean los medios y oportunidades recibidos para la unión e integración que viene de Él para hacer uniones e integraciones falsas y espurias, que van contra los valores que pretenden servir, no construyen -que sería la unión genuina- sino que generan fracaso, frustración e infelicidad, al generar el fruto que su contradicción promueve. La conciencia se los advierte con un saludable dolor educativo, que invita a enderezar caminos.

d. Integraciones crecientes.

En la búsqueda de la unión e integración de la realidad en bien, vida y verdad las personas buscan y hallan excepciones, obstáculos, problemas y contradicciones, que se resuelven buscando, hallando y sirviendo integraciones cada vez mayores. El ejemplo de Plutón ya mencionado, permitió integrar los datos de desviaciones en los movimientos de los planetas en una teoría más amplia.

Igualmente, como también se mencionó, cuando en la medicina no se explicaba ciertas acontecimientos en la salud y en el organismo humano surgieron las teorías del

inconsciente - difundidas por Freud - y de las explicaciones psicosomáticas, que, en un marco más amplio, hacen que lo que se veía como excepciones y desviaciones, se vean como aplicación de un sistema hasta entonces desconocido – o no hecho explícito -, que es más amplio, con la incorporación de variables que antes no estaban incluidas en los análisis y explicaciones. En realidad las ignorancias, errores y dudas de las personas se van resolviendo al incorporar nuevas dimensiones, relaciones e informaciones que enriquecen y amplían el modelo de realidad – o de partes de ella - en base al cual se realizan análisis, inferencias, interpretaciones y explicaciones, y se llega a avances en conclusiones y afirmaciones, tanto en el conocimiento cotidiano como en el científico.

Lo mismo ocurre con limitaciones humanas, contratiempos, problemas y males. Al incorporar al modelo, sistema o escenario la idea, dimensión, presencia y dato de Él – quién es, perfecto, da por amor, infinitamente bueno, santo, sabio, justo, principio, fin y sostén primero y último de todos los seres – y el amor, deseo, servicio y alegría que Él da y merece, las contradicciones, fracasos, frustraciones, mal, muerte, mentira y nada se superan en una integración mayor. Esta se centra en Él y es presidida por Él quien colma todas las necesidades y aspiraciones humanas en plenitud eterna de paz y felicidad, de la cual la transición terrena es oportunidad de aceptación de la invitación a prepararse para vivirla plena y eternamente, compartiendo con Él en dar bien por amor. Esta es la integración mayor y más elevada, de la que derivan todas las otras. La única que es genuina e irrestricta en su consistencia sin sesgos, límites ni desviaciones. Esta integración es el objeto propio y fin de amor, conocimiento, servicio y alegría. Es la invitación de Él a dar a sus hijos, aceptando que Él dé a través de ellos para completar y culminar sus obras.

e. Unión interior con Él.

Solamente la presencia de Él explica y fundamenta todo lo que se observa y vivencia. Solamente ella satisface los requisitos, necesidades y deseos de unión que se manifiestan en las facultades humanas superiores e inmateriales y en la realidad toda en los esfuerzos, ilusiones, empeños y lucha por bien, vida y existencia.

Se sabe todo esto de Él infiriéndolo con absoluta evidencia de la conciencia o capacidad superior o propiamente humana, espiritual, invisible, de conocer, amar, servir y gozar, distinguiendo y evaluando ser, vida, bien y verdad, aplicada a las experiencias y vivencias humanas que relacionan con la realidad.

Esa capacidad solamente busca a Él, en los seres que son su obra. Advierte que sin Él ellos no son. De Él se sabe, como más arriba se dice, que es fuente, sostén y fin de todo ser, bien y vida. Esa capacidad solamente se satisface uniéndose a Él y compartiendo y cooperando con Él, quién es absoluto, deseando, sintiendo, creyendo, amando y sirviendo a Él, y por Él a sus hijos. En ello se manifiesta esa unión con Él, compartiendo con Él, que es la función y fin natural de esa capacidad - la que necesita ejercerse así -, y de los seres dotados de ella, frente a esa unión con Él, quien es fuente, sostén y fin de existencia, bien y vida. Con la expresión necesidad se significa que los seres son, realizándose en su ser y fin, a través de esa unión de bien, verdad y vida, que es su camino, que en el caso de las personas se acepta consciente y libremente.

Ejercer así esta capacidad evita fracaso, frustración, e infelicidad, profunda y permanente, que derivan de no realizarse según el propio ser y fin. Felicidad y paz derivan de dar bien y vida por amor, mientras frustración e infelicidad derivan de egoísmo y de acumular; de quitar y acaparar sin compartir poder, dinero, prestigio, placeres y caprichos; y de entregarse a adicciones tales como a droga, alcohol, juego, arrogancia y otros desórdenes y perversiones que chocan con realidad, verdad, bien y vida. .

Él se manifiesta en las personas al compartir ellas con Él su ser uno, dentro de sus límites. Él así les da seguridad sobre la verdad, el bien y la vida que cada persona tiene dentro de sus límites de modo absoluto, por ser dones compartidos a ella por Él, quien comparte lo que es y tiene, que es absoluto. .

Por lo tanto cada persona – como todo ser - simplemente es, idéntica a sí misma, excluyendo contradicciones que serían su no ser – como ya lo decía en otros términos Parménides -. Bien, vida y ser de las personas son así sagrados e inviolables, por serlo por Él -quién es sin límites-, no por sí mismas. Por ello las leyes de la realidad - que aplican e investigan ciencia y todo conocimiento humano – no caen, y llevan a completar y culminar la obra de Él en los seres. Los fundamentos para ello, y no para lo contrario, se manifiestan en la estrictez de las leyes con que realidad, bien, verdad y vida ajustan entre sí a los seres, en su unión e integración a través de las que todo se recibe y tiene, velando hasta por el último pelo de la cabeza de cada persona.

Ello permite que las personas sean genuinamente conscientes y libres sobre bases absolutamente firmes, aún cuando las personas sean limitadas y llenas de carencias y miserias. Esas bases firmes permiten que las personas puedan optar por aceptar la invitación de Él a conocer, amar, servir y gozar a Él y a sus dones y por Él a sus hijos, compartiendo y cooperando con Él, genuina y seriamente, sin engaño, con amor, verdad, humildad, prudencia, paciencia, esfuerzo, sacrificio, alegría y confianza.

Como las complejas redes de dimensiones, relaciones, sistemas, hechos, circunstancias y configuraciones de la realidad funcionan por encima de la capacidad de comprensión humana, unidas por lazos perfectos e infalibles, éstos solo se van develando progresivamente a las personas en ciencia, filosofía, ética, revelación, experiencia, intuición, sentido común, y también en amor, servicio y alegría, aplicando el criterio o brújula de consistencia.

f. Amor, verdad y humildad.

Él todo lo llena, haciendo posibles y reales a los seres y a sus buenas cualidades, que Él origina, sostiene y realiza, uniendo a los seres a Él y entre sí, sin tenerlos o poseerlos, ni necesitarlos. Él “tiene” dando, e invita a las personas a compartir y cooperar con Él dando y así ellos también “tener” realmente al dar. Él así cubre la nada y las carencias y limitaciones de las personas, permitiéndoles desarrollarse y realizarse a nivel personal y social, exterior e interior, compartiendo y cooperando con Él en su dar.

Él no tiene componentes, rasgos, límites ni complejidad, sino que es fuente y fin de ellos. Se le conoce por sus dones o frutos en su compartir con quienes nada son ni

tienen por sí mismos. Los une a Él para darles de sí bien y vida, basados y centrados en Él. Todo camino de verdad, vida y bien viene de Él y va hacia Él. Lo demás es cuneta y abismo.

La grandeza de la humildad de la persona reside en reconocer que nada es por sí misma, y que cumple su fin y misión dejando hacer a Él en ella, con su ley de amor, que es de unión en bien, vida y existencia, reconociendo que ella necesita luchar para vencer su propia miseria, aceptando la voluntad de bien de Él, cooperando sin interferir, como el niño por nacer. Y alegrarse con la verdad de la humillación que libera del engaño y la esclavitud que se manifiestan en vanidad, arrogancia, omnipotencia e idolatría, complacencia y adulación, que reemplazan a la genuina autoestima que se apoya en reconocer ser invitados por Él como hijos.

g. Valor de los límites.

Los límites son gracias y bendiciones que dan a las personas el ámbito necesario para que ellas, quiénes son nada por sí mismas, compartan dentro de ellos “al sin límites”. En la vida terrena temporal el avance hacia Él es limitado, hasta llegar a la culminación de la plenitud eterna, en el banquete celestial de dar, preparado con la aceptación de dar sin reservas durante la prueba terrena, dominando caprichos, presiones y atracciones para compartir con Él su dar sin reservas, que se hace pleno en la vida eterna, en que la persona acepta que Él de en sus hijos y a través de ellos. Esta es la forma en que la persona comparte y coopera con Él, y nada ni nadie se la puede quitar, pues es Él quien invita y da, y les da los límites dentro de los cuales la persona recibe a Él y comparte con Él.

Quién nada es por sí mismo, al pasar a ser, adquiriendo existencia, bien y vida como rasgos de su ser, recibe todo de Él, quien es por sí mismo, el único. Pero es distinto a Él, en cuanto solamente es y tiene porque Él le comparte de lo suyo, de Él mismo, y lo da dentro de los benditos límites de cada ser.

Lo que Él comparte a quien nada es sin Él es lo máximo, absoluto, perfecto, sin límites, que es Él, quien da sin medida ni mezquindad, simplemente da, en lo que las personas viven como amor que Él les comparte, al darles e invitarlas a aceptar que Él de a través de ellas.

Ese compartir es don que solamente puede recibirse dentro de límites, por quien nada es sin ese don. Pues los seres no son origen, sostén y fin de los seres, sino son originados, sostenidos y dotados de fin por Él, dentro de los límites de ellos, siendo nada por sí mismos, sin recibir los dones de Él. Según conciencia, evidencia y certeza irrefutable, apoyada en la conciencia interior (solo visible a sí misma) y en la realidad.

Los límites son el ámbito, marco y medida propia de los seres que todo lo reciben de Él, quien da. A aquél de quien se recibe solo se lo conoce por lo que se recibe de Él. Aún lo que los seres dan lo tienen y dan por recibirlo. Darlo es el modo de aceptarlo y de recibirlo siguiendo la voluntad de quien lo da. En cambio a Él, quien da todo bien, vida y ser a todos, se lo conoce porque da, compartiendo de sí. Quiénes reciben comparten con Él, quien da. En la medida en que quienes reciben aceptan su dar, dando con y

como Él, aceptan que Él de a través de ellos. En el caso de las personas esta aceptación es consciente y libre.

Sin límites no habría seres, pues se confundirían con Él, fuente y fin de los seres, de modo que quedaría solo Él, quién ya es, sin límites, y no habría seres limitados que compartirían con Él gozando de bien y vida por el don de Él dentro del marco esencial de los límites de cada ser. El don de Él se llama amor, aplicando analógicamente el término empleado para referirse al deseo y acción de bien que se observa en los seres humanos cuando ellos aceptan que Él de bien y vida en ellos y a través de ellos, aceptando y cooperando consciente y libremente, dando con y como Él, compartiendo y cooperando con Él, unidos a Él, en lugar de interferir.

Si los seres no tuviesen límites no serían, no recibirían dones desde su impotencia de ser por sí mismos. El límite y el don contenido dentro de Él son propios de la unión por amor entre Él, quién da, sin nada necesitar recibir, y el ser que recibe, y necesita recibir lo que Él da, pues sin recibir el don de Él, nada es ni tiene.

Sin límites los seres no serían por no distinguirse de Él ni entre sí. No podría conocerse, ni hablarse de ellos en términos de los rasgos y contornos que los caracterizan. El da límites y dentro de ellos da contenidos como patrimonio para amar, servir, trabajar, sacrificar y luchar, venciendo, superando e inmolando los límites, para compartir con Él el contenido de su dar, dando, lo que se acepta y prepara ya en el tiempo y culmina en la eternidad.

2. Vida interior.

a. Invitación de Él expresada en dones de realidad, conciencia y unión. Aceptar a Él. Criterio.

¿Por qué se afirma aquí que desde el primer momento de la vida interior se sabe sobre una unidad subyacente? Pues esa conciencia se manifiesta en que la vida interior de una persona nace en el momento en que ella se pregunta de dónde vienen –y a dónde van– sus experiencias de distintos objetos, hechos, personas y afectos, y cómo ellos se relacionan entre sí y con ese algo del que vienen, en Él que se apoyan, y que les da existencia, vida, sentido y valor. Esa vida interior, o propiamente humana, consiste en el buscar el qué, porqué y para qué de lo que se vive y experimenta y buscar a qué merecen dedicarse corazón, voluntad, mente y actos, y obrar en consecuencia.

Buscar la unión e integración subyacente es superar la indiferencia, al motivarse para conocer la verdad y desear y servir el bien, la vida y el ser, que se dan en dicha unión e integración, y al alegrarse con ellos. Esto es vivir interiormente, buscando qué hay detrás de cada mensaje que se recibe, que merezca la adhesión de corazón, mente, voluntad y actos, al originar, sostener y realizar realidad, bien y vida. Lo que se experimenta se vive como mensaje de ese algo superior, absoluto y único, en que todo se origina y sostiene, y hacia dónde todo va. Los seres no son Él, ni son por sí mismos, sino que son por Él quién los origina, sostiene y realiza.

La vida interior consiste en conocer sobre esta unión con Él que es verdad, bien y vida; deseársela y amarla, obrando en consecuencia; alegrándose con ella. Esto es la vida y experiencia interior indivisible de las personas.

La vida interior permite a las personas relacionarse con Él a nivel espiritual e invisible, de conocimiento, amor, dar y alegría, aceptando sus dones de unir a sus hijos a Él y entre sí en bien y vida, y obrando en consecuencia dando bien con y como Él, en lugar de optar por separarse y distanciarse de Él, perdiendo bien y vida, al no darlos con y como Él, dando a los medios inmediatos el lugar que corresponde a Él, de principio y fin, sometiéndose a ellos.

La persona da con Él al aceptar que Él dé a ella y a través de ella. Esa aceptación se manifiesta en emplear la vida espiritual – con conciencia y libertad – y a través de ella toda la influencia que la persona tiene en la realidad y en los seres, para obrar como dócil instrumento de Él dando bien por amor, como Él da. Esto es aceptar que Él de a través de ella, pues ella nada tiene para dar por sí misma, y todo lo que ella da es Él quién lo da a través de ella. Así la persona comparte y coopera con Él aceptando que Él lo haga.

De modo que toda persona que da bien por amor, deseando y haciendo el bien de los seres a quienes da y se da, está cooperando con Él al aceptar que Él dé a través de ella, empleando su libertad y voluntad para hacer con y cómo Él. Hacer con y cómo Él significa dejarle hacer sin interferir, y cooperar con Él en la medida de las propias fuerzas, ya que solamente Él hace, y la persona por sí misma nada hace ni puede hacer salvo sumar a Él su aceptación de amor, fe, confianza, alegría, dar y servir. Lo que ella hace de bueno, lo hace siguiendo el camino de bien y vida trazado y recorrido por Él, y mostrado por Él a su conciencia, dando. Ella solo puede recorrerlo por unión con Él.

No dar bien por amor con y cómo Él es el mal, la mentira, la muerte, la injusticia, la mala conducta, el pecado, pues es optar por buscar otro camino en lugar de aceptar como camino a Él y a su obra. Este camino Él lo construye en sus hijos, invitándolos a hacer con y cómo Él. A esta invitación la hizo explícita Jesús al decir “quién quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame”, y al decir al joven rico “una sola cosa te falta: vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sígueme”.⁴

Él invita a aceptar que Él haga en y a través de sus hijos, dando bien por amor, venciendo contradicciones, mal, mentira, injusticia y muerte.

La vida espiritual no es otra cosa que una invitación de Él a la persona a aceptar a Él y a su obra, siguiéndole en las inspiraciones de pureza, rectitud, bien, amor, vida, verdad y justicia, que Él comunica al dar la vida espiritual, la cuál solamente es buscar a Él y buscar unirse a Él y a sus hijos aceptando con amor su perfección sin límites que Él invita a compartir con Él al dar bien a sus hijos.

¿En qué se ve eso? En que las funciones de la vida espiritual – o alma espiritual, o conciencia, o capacidad de consistencia –, son solamente funciones de unir todos los

⁴ Marcos 10, 21-23

seres a Él – y en consecuencia entre sí -. Y de hacerlo sin desviación, retaceo o contaminación alguna. Este unir es la función de amor, conocimiento, servicio y gozo.

La conciencia es una permanente invitación a decir sí, - como María dijo “Fiat” - a la invitación de Él a aceptar su voluntad, haciendo su voluntad (y no otra o la propia separada de él) lo cual convierte a las personas en “hombres de buena voluntad” así llamados en el canto de los ángeles en Belén. Ellos tienen “paz en la tierra” para ellos, pues se gana la paz de la unión con Él al aceptar su invitación que se escucha en su “voz” en la conciencia que continuamente recuerda a todos el camino del bien, el amor y la verdad que es unión con Él y entre hermanos.

Aceptar esa invitación es emplear la libertad para aceptar obedecer el mandamiento de amar a Él por sobre todo y al prójimo y a sí mismo como Él los ama. Se manifiesta tal aceptación en dar bien, aceptando que Él lo haga a través de sus hijos, según su invitación a unirse con Él al hacer lo que Él inspira a cada uno, que esto es hacer con y como Él.

La prueba de esta invitación es anterior a toda prueba. Es la fuente y fundamento de todas las pruebas, por lo tanto no necesita ni puede probarse, pues no hay criterio superior a ella en el cual apoyarla. De esa invitación deriva y depende todo bien, vida y ser. Esa invitación es el único criterio en que se apoya todo criterio genuino y válido. Es el criterio de unión con Él, que se observa en la realidad y conciencia de Él recibidas. En esta invitación, que es todo lo que la persona es y tiene, todo se apoya. Es nada menos que el criterio o patrón de base y origen de toda la vida espiritual, incluyendo conocimiento, deseo, sentimiento, amor, servicio y alegría. Se llama Él a aquél de quien todo se recibe (realidad, verdad, bien y vida).

No hay otra experiencia en la vida, y en la vida interior, que la invitación de Él a unirse con Él y entre sus hijos, y la aceptación de estos a ella. La realidad, el bien y la vida no reflejan otra cosa. La conciencia es la lente e intérprete apropiada para vivirlo así, y ejercer apropiadamente la capacidad de responder aceptando, en conocimiento, amor, servicio y alegría.

Él da el alma espiritual a las personas, permitiéndoles con ella conocer, amar, y servir (a Él y por Él a sus hijos), compartiendo y cooperando con Él (a su imagen y semejanza) en dar ser, vida y bien, por amor, y en alegrarse con Él, en acto único indivisible interior y exterior.

La persona es consciente de que ella no genera, sostiene y realiza ser, vida y bien, ni la capacidad de conocer, amar y servir a los seres – dando -, y de alegrarse con ello, sino que todo lo recibe. Recibe de alguien – de Él – que es el único que genera, sostiene y realiza a los seres y a los dones que estos reciben, entre ellos sus capacidades interiores y exteriores. Por lo tanto recibir estos dones es compartir con Él, y al ejercerlos, haciéndolos rendir frutos, se los acepta, empleando para ello las capacidades espirituales de conciencia y libertad cooperando con Él, al obrar a imagen y semejanza de Él al dar bien y vida, que es lo único que se conoce de Él, que es mucho, todo, lo máximo que podemos saber de Él. Él es superior a la capacidad humana de pensar, expresar o imaginar, siendo exento de limitación o división.

Conocer, amar, desear, sentir, alegrarse, son aspectos inseparables entre sí, e indivisibles (que se vivencian adentro) del ejercicio de la capacidad de aceptar que Él una a los seres de modo invisible e interior, y en conductas y vida, cooperando así con Él en construir y servir, dando bien y vida por amor.

Esta es la respuesta positiva que la persona da a Él, cumpliendo con su voluntad expresada en la ley que Él escribe en lo que da a sus hijos. Las funciones que los dones de Él tienen de dar a sus hijos existencia, bien, verdad y vida, son mensajes de lo que Él obra. Las personas asocian tal obra a lo que ellas realizan interiormente al conocer, amar, servir y celebrar bien y verdad. Él lo hace con perfección absoluta -infinitamente superior a la de los seres- y permite a ellos hacerlo en la conciencia dentro de sus límites al aceptar a Él. Es lo que se conoce llamándole analógicamente la voluntad y ley de amor de Él, manifestados en el camino que Él construye al dotar a los seres de los dones que incluyen las funciones, fines, necesidades, medios y oportunidades de aceptar la unión en existencia, bien y vida que Él da a los seres.

Estas actividades humanas invisibles son una respuesta invisible de aceptación a Él y a sus dones, que también se manifiesta en las conductas físicas visibles que las personas realizan movidas por el movimiento espiritual interior y en coherencia con él.

Aceptar a Él y a sus dones es amarlos, agradecerlos y reconocerlos, deseando y sirviendo su bien, y alegrándose con Él. Como todo en la vida, estos aspectos no existen separados, sino que son partes indivisibles de vida, conducta y actos únicos. Esto es crucial, y hace que sea tan importante la coherencia y consistencia, ya que de haber contradicción y falta de ajuste y de complementación entre esos aspectos y componentes, y entre los seres, no se está realmente aceptando a Él y a sus dones, en el camino fijado en sus leyes y funciones y no se cumplen los fines de unión y bien para los que las personas reciben de Él.

Él es por encima de los seres y de su ámbito limitado, material y temporal, y por lo tanto es invisible a ellos. Pero es más visible que cualquier ser o hecho material, en cuanto se manifiesta al alma espiritual invisible a través de la cual las personas ven dentro suyo (en introspección), y se manifiesta en toda la realidad que las personas ven (a través del ámbito interior) en los seres materiales y temporales, y en su influencia sobre ellos. El alma espiritual sabe desde el primer momento que realidad, seres y hechos, manifiestan a alguien sin límites, uno, quien, al unirlos a Él, los genera, sostiene y realiza. Sin esa unión, éstos no existirían. Ellos todo lo deben a Él, y a la unión e integración que Él opera, que se manifiesta en consistencia, que genera bien, vida y existencia.

Al dar a sus hijos el alma espiritual Él les permite vivenciar (conocer, amar, servir, gozar) a Él y a ellos y a su unión en bien, verdad y vida, y les invita a aceptarlo y a cooperar con Él. Para ello les habla en la voz de sus conciencias, comunicándoles su fin y misión de unión en bien, verdad y vida, y cómo se sirve a Él siguiendo su voluntad, ley y obra de unión e integración perfecta de seres, dimensiones, relaciones y hechos.

Cada persona vivencia a Él pues al aceptar los dones procedentes de Él acepta a Él, a quién no conoce en sí mismo, directamente, sino que sabe (y siente, desea, ama, sirve, goza) de y sobre Él por los dones que de Él recibe, que dan testimonio de Él, como su punto de apoyo absoluto. Por ello cada persona, en todo lo que tiene y le rodea, recibe a

Él con interés, amor, alegría y entrega. Así es como cada persona, al vivenciar y aceptar a cada ser vivencia y acepta a Él y coopera con Él, uniéndose a Él al aceptar la “voz” de su conciencia que la anima y motiva a conocer, amar y servir a Él en sus hijos y demás seres recibidos, y a alegrarse al hacerlo. Como lo recibido es nada sin un apoyo, origen y fin absoluto, al aceptar lo recibido se está aceptando a Él, única base absoluta y fuente de sentido, valor y apoyo de los seres que integran el ámbito de lo recibido.

Sin esta vivencia de Él como base absoluta, no tiene explicación que se valoren existencia, verdad, bien y vida – que surgen de la unión de los seres con Él e integración entre sí - que solo pueden ser y son por apoyarse en Él, único absoluto. La persona solo puede ser motivada a conocer, amar, servir y gozar a los seres y a aquéllos valores que los adornan, el aceptar a Él y en consecuencia a los seres y a sus valores que manifiestan y testimonian la voluntad de Él.

Que se confía en ese punto de partida y llegada absoluto se manifiesta y observa en que las personas se motivan para conocer, amar y gozar la unión o integración que permite hacer pie en Él. Por esto en su vida invisible interior las personas buscan continuamente establecer si lo que vivencian - conocen, desean, aman, sirven, goza - lo merece, por hacer pié en esa base firme del absoluto, por ser verdad, bien y vida, real y válido, no falso.

Esto lleva a las personas a estar satisfechas y felices cuando con la actividad de su mente, corazón y actos creen hallar la unión, apoyada en el absoluto, lo que les lleva a considerarla real, verdadera, buena y que vale la pena.

Esa unión de los seres con Él -el que saben y suponen sin otra opción que origina, sostiene y realiza a los seres, y los integra entre sí- es el único criterio para guiarse en esta búsqueda de corazón, mente, voluntad y actos para decidir qué es lo que real y profundamente necesitan y desean, y llevará a su realización y satisfacción por cumplir sus fines, seguir su ser, razón de ser y deber ser. De lo contrario no tendría sentido ni valor el esfuerzo y aventura de conocer, desear, amar, servir y alegrarse, y las personas no se moverían en esa dirección buscando lo genuino, válido, real, verdadero y bueno, y criterios firmes e incommovibles que lo distinguan de lo que no lo es.

b. Luz, fuego, paz y fin de unión: apertura y cierre eternos. Sed de absoluto. Sentido. Él comparte su todo con quién nada es sin Él.

El conocimiento humano no abarca a Él, pero se infiere a Él al encontrarse con su voz en la conciencia y en la realidad. Aplicando esta voz a sus hijos y demás criaturas, se infiere a Él de su obra: “por sus frutos le conoceréis”, sabiendo que Él es fuente, fin y sostén de todo bien, vida y existencia, de lo que vale y de lo mejor (así se llama a lo que de Él procede por unión con Él). A Él simplemente se le puede llamar Él, o Él sin límites, el absoluto, o Dios.

Aplicar la voz de Él, dirigida a sus hijos en sus conciencias, significa aceptar las informaciones y los mensajes que se reciben – de Él y de su obra – dirigidos a sus hijos y demás criaturas. De este modo las inspiraciones recibidas en la conciencia se interpretan en función de Él, que es absoluto, lo que se manifiesta en la sed de absoluto, que mueve todos los actos de la vida interior. Él, como absoluto, da punto de apoyo

único y firme, principio, fin y sostén a todos los seres. Conciencia o vida espiritual es vivir y aceptar a Él y a esta sed de Él, buscando colmarla y saciarla progresivamente al aplicarla a la unión de los hijos con Él y entre sí en bien, vida y verdad. Se reconoce y acepta que esa unión es lo único que puede saciar esa sed, y en consecuencia se avanza progresivamente en esta unión en conocimiento, amor, servicio y alegría, que no son otra cosa que fruto de esa unión y respuestas a ella.

Lo que se sabe y vive de Él es su presencia en sus hijos al unirse a ellos y unirlos entre sí, dándoles bien, vida y verdad. Sus hijos aceptan a Él en la medida en que son animados por su sed de absoluto que es la conciencia, que vivencia a Él, como fuente, sostén y fin de cada uno de sus hijos y demás obras.

Sin Él nada habría. No se tendría con qué empezar. Él es abismal, absoluta e infinitamente mejor y superior a todo lo que se conoce en el ámbito de los seres. A Él se le puede llamar uno y único, sin límites ni sesgos, perfecto y santo, usando por analogía los imperfectos conceptos humanos para aproximarse a Él aún cuando sin hacer justicia a su superioridad y perfección absolutas, cimiento firme de todo.

Con este conocimiento, inspirado por Él y aceptado por sus hijos, basta durante la transición terrena.

La vida espiritual permite a las personas cooperar con Él consciente y libremente, a su imagen, en acto espiritual e integral único e indivisible, elevando y santificando lo recibido al darlo y compartirlo para bien por amor, superando contradicción, idolatría y relativismo, y ciegas e insensatas interferencias, confiando en Él, sabiendo que completará su obra de bien y amor, pues nada explicaría que genere, sostenga y realice bien, vida y ser de quienes nada son sin Él, con obras maravillosas y perfectas, para luego dejar su obra inconclusa, dejando a los seres caer, contradiciendo sus fines de perfección absoluta y sin límites, que se manifiesta en la perfección de sus leyes y en la maravilla de sus obras, que dan testimonio de sus infinitos y superiores santidad, amor, bondad, sabiduría, justicia y poder.

Esto da sentido y valor a la vida, en reflexión, amor, oración y acción, que se manifiestan en vida y conducta coherentes, visibles e invisibles. Es el único camino que da valor a la vida, aceptando que haga Él en silencio, sin aplausos, libres de ataduras y de tinieblas.

El sentido y valor de la vida y de lo que se desea, hace y tiene está dado por su apoyo firme en Él, sin el cual no son el bien, la verdad y la vida, y lo que se es, tiene y hace.

El sentido y valor que esto da es el único que existe. Es de compartir y cooperar con Él, quién es “el que es”, el único que es, mientras todos los seres solamente son y tienen por compartir con Él al unirse a Él. Se llama a esto sentido y valor pues es el único norte y objeto de motivo y deseo de las personas, y de su acción y conocimiento, que puede saciar su sed de bien, vida y verdad, de un modo imperfecto y preparatorio desde esta vida, para luego de la muerte terrena culminar en plenitud eterna de realización y felicidad.

Se llama valor y sentido a lo que las personas viven como el ser, razón de ser y deber ser de lo que son y tienen, en bien y vida, recibido de quién les da principio, fin y sostén

y merece que a Él se entreguen las personas en todas sus conductas interiores y exteriores. El valor de las facultades superiores de las personas se manifiesta en responder con conocimiento, amor, servicio y gozo desde la profundidad que las une con Él a su invitación a aceptar y recibir sus dones dándolos con y como Él.

Esta profundidad responde al qué, porqué y para qué, que se plantea la persona desde su primera infancia en que necesita, desea y busca un punto de apoyo firme que lleva hacia la base absoluta misma, primera y última, que permite a la persona ser generada, sostenida y realizada, cerrando los espacios de carencia y oscuridad que la separan de compartir la plenitud y absoluto de Él, que es lo único que puede calmar la sed de sus necesidades y aspiraciones espirituales, al permitir que todo lo vario, que nada es por sí mismo, sea, se sostenga y se realice merced a compartir con el uno absoluto al unirse a Él como principio, fin y apoyo, desde lo más profundo de la realidad.

La respuesta al qué, porqué y para qué se experimenta al internarse en lo profundo de la conciencia o espíritu y descubrir allí el absoluto. Se experimenta también al descubrir el modo de unirse a Él buscando y hallando la unión de todos los seres con Él y entre sí en bien, amor, verdad y vida, superando la contradicción de mal, mentira, muerte y pecado. Se experimenta, por fin, al descubrir que esa unión que progresivamente viven las personas, preparando la plenitud eterna, va llenando de gozo y paz el alma al ir avanzando en dar y servir por amor a la medida de la limitación terrena y temporal.

En esa profundidad se da la unión con Él, quién es más allá de todos los límites, y allí se dará la plenitud eterna, en conocer, amar, servir y gozar a Él luego de la muerte terrena, que en el tiempo se prepara en el camino de aceptación, en dar bien y vida con lucha, esfuerzo, y sacrificio por amor, durante la transición terrena.

Las personas experimentan que Él se abre a ellas y les da acceso a Él y a los seres que son por recibir de Él y dar con Él. Los seres en Él se realizan, cumplen, colman, consuman, agotan, completan cerrándose su búsqueda al llegar, al cumplirse su fin y deseo, y satisfacerse su necesidad de compartir con Él en dar bien por amor, que es la máxima apertura y plenitud. Así se colman y satisfacen deseos, fines, amores y aspiraciones generados por la vida interior de las personas, que les invita a unirse a Él dando bien por amor, con servicio y reconocimiento a Él y por Él a sus hijos, y avanzando en la dirección de la plena satisfacción y felicidad en ello.

Él abre y da acceso a Él al dar a las personas un alma espiritual cuyo único fin, función y funcionamiento es abrirse a Él, buscando, hallando y aceptando a Él, y por Él a sus hijos, en bien, verdad y vida, por amor, con libertad, compartiendo y cooperando con Él de este modo.

Esta apertura y acceso a Él son experimentados por las personas en su sed de absoluto, y en la satisfacción de esa sed que acompaña a la unión con Él a través de bien, amor, verdad y vida, en todos los esfuerzos de buena voluntad de dar bien por amor, dejando que Él haga en sus hijos, haciendo ellos con y como Él.

Esta experiencia es ofrecida a todas las personas, toda su vida y cada día y momento. Ello en alguna medida es vivido por ellas, al mirar, sentir y dirigirse hacia adentro, hacia su interior, conciencia, voluntad, mente y acción hallando a Él y a su voz, y al obrar en coherencia con Él, siguiéndole. De allí deriva la paz, que es la aceptación y la plenitud

progresiva en el tiempo, y luego eterna sin límites, que colma todos los fines que merecen ser amados, deseados, servidos, reconocidos y aceptados. Las personas viven un anticipo limitado de esta paz al amar, servir y dar durante la transición terrena.

De ese modo las personas realizan su ser, deber ser y razón de ser, que se llaman bien, vida, verdad y realidad, que derivan de la unión con Él. De ese modo las personas se realizan en dar por amor, compartiendo y cooperando con Él.

Valor y sentido es lo que las personas descubren como objeto de su vida interior de conciencia, libertad, sentimiento, deseo, amor, bien, vida, verdad, justicia, unión y paz, que se manifiesta como fin y necesidad en toda su conducta y vida. Es lo que mueve a las personas a prestar atención, considerar, moverse, desear, dedicarse, esforzarse, en la dirección de la invitación y oportunidad recibidos de Él en los dones de ser, vida y bien. La aceptación libre y consciente de estos dones culmina en la vida interior, reflejada en las conductas interiores y exteriores coherentes, aceptando realizar esos dones plenamente a la imagen de Él, en acto único e indivisible de amor, conocimiento, servicio y gozo, valorando así lo recibido de Él, aceptándolo al ofrecerlo y darlo por amor.

Objeto o fin es lo que el alma espiritual vivencia como origen y fin para el cual Él, quién es sin nada necesitar, hace que sean y tengan los seres varios, necesitados, limitados y contingentes. Llama la atención sobre un punto clave: Él, “el que es”, completo, pleno, absoluto, sin límites, fuera de quién nada es, comparte su todo con otros seres, que no son absolutos, plenos y sin límites como Él, que nada son sin Él. Pero sin embargo lo comparte en sus propios términos, según su plenitud absoluta. Por lo tanto los seres no terminan en sus límites, sino que vuelven a Él a compartir con Él. Hasta que los seres no se unen plena y eternamente a Él en su absoluto sin límites, no termina, no se completa, no se cierra el círculo de la invitación a la unión con Él y a compartir con Él. La tierra es el lugar de preparación que ocupan el tiempo, la transición, el cambio y el movimiento en la variedad de los seres limitados, en el plan de Él, de creación, providencia, redención y salvación, en que Él invita a sus hijos a aceptar la plenitud eterna y prepararse para ella.

El tema del fin y de los objetivos, de qué, porqué y para qué, se refiere a cómo se completa esa obra de Él, de hacer compartir su absoluto y plenitud a sus hijos por Él generados. ¿Cómo llevar la limitación de esos hijos a la plenitud, conciliándola con ella? ¿Cómo llevar su variedad a la unidad plena? ¿Cómo llevar su finitud a compartir con Él?

Para que sus hijos compartan empieza por moverlos en el tiempo y en la tierra, sembrando en ellos la semilla de la sed, urgencia y necesidad de compartir y cooperar con Él, consciente y libremente, en la tarea de cerrar el círculo de la unidad y plenitud, abierto por Él con la creación, y que cierra con la providencia, redención, santificación y salvación sin dejar resquicio alguno que separe de Él. Se coopera obrando con y como Él, fuego y luz de bien, amor, dar, alegría y conocimiento invisibles, que dominan y elevan lo visible.

Ese es el motor que mueve existencia, vida y conducta interior y exterior de las personas, y mueve todo lo existente, hacia su luminoso, encendido, feliz y maravilloso fin ideado por Él desde toda la eternidad. Se llama valor y sentido a lo que en términos

de ese plan permite insertar, integrar y unir en la plenitud a lo que sin ser aún pleno está hecho para la plenitud, dentro de sus límites, hallándose en la etapa de invitación, preparación y transición. Las personas, al ser llevadas por sus conciencias a amar, conocer, desear, servir y darse a ese fin de unidad y plenitud absoluta, colmada y perfecta, hallan en bien, amor, vida y verdad el camino hacia esa plenitud por la que existen y con alegrías y alimentos del camino que les van dando esperanza, ánimo y voluntad hasta llegar a la meta plena y eterna.

Se cumple así el fin de la persona, su qué, porqué y para qué, resueltos y donados a ella por Él.

IV. ACEPTAR DANDO POR AMOR

1. Unión de aceptar, dar y evaluar.

a. Invitación a aceptar bien, verdad y vida, dando en unión.

La relación de unión con Él es clave de realidad, bien y vida de las personas, porque a través de estos valores Él se manifiesta en las personas, dándoles, compartiendo lo suyo con ellas, al unirlos a Él. Este dar y compartir es una visita e invitación que Él hace a ellas, uniéndolas a Él. Se habla de unión pues Él, al ser sin límites, absoluto, principio y fin de todo ser, no es vario y plural. No es uno mas, sino que es uno único, y por ello origen, sostén y fin de todos los seres, que son y tienen por unión con Él. Él genera, sostiene y realiza a los seres al unirlos a Él. Él origen y fin de todas las uniones dentro de y entre los seres, en que éstos aceptan que Él haga dando a ellos y a través de ellos al unirlos a Él. Esas uniones con Él y entre sí son lo que los seres son, tienen y hacen. En el caso de las personas ellas son invitadas por Él a aceptar consciente y libremente, hacer con y como Él, cooperando con Él, continuando la unión de dar, cooperando en llevarla hasta sus últimas consecuencias de bien, vida y ser. La invitación se manifiesta a las personas al ser dotadas de alma espiritual.

La unión es el camino por el cual Él genera, sostiene y realiza ser, bien y vida en los seres, y es la clave, secreto, respuesta y solución a la necesidad e interrogantes de porqué y para qué los seres son y tienen; y de qué ser, vida y bienes tienen. Esa unión se manifiesta en dar bien por amor, con sacrificio y alegría, paz, belleza y avance hacia la plenitud.

Se trabaja, comparte y coopera en esta relación de unión al conocer, amar, servir y gozar a Él y a sus hijos más allá de supuestos, valores, hábitos, normas sociales y leyes. Éstos últimos necesitan ser evaluados críticamente, en función de la superioridad perfecta y absoluta de Él, que se expresa en la voz de la conciencia, que a todas las personas une a Él e integra entre sí, invitándoles a compartir su perfección de amor y verdad, sin sesgos.

La relación de unión con Él, y en consecuencia de integración entre los seres, se manifiesta en la relación de realidad, verdad, bien y vida, que es la relación de unión de los seres con su base o piso primero último y firme que es Él, y en consecuencia unión entre sí, que es objeto del conocimiento (y de amor, servicio y alegría), que busca integrar a los seres en dimensiones, relaciones y sistemas, descubriendo cómo los seres son y se realizan al unirse a Él integrándose entre sí, y obrando interior y exteriormente en consecuencia.

En su conciencia las personas ven que la unión e integración de los seres entre sí, en consistencia sin contradicciones, manifiesta la acción integradora que realiza Él - superior, absoluto, invisible- al unirlos a Él. En consecuencia lo que se va descubriendo así unido se reconoce, ama, sirve y disfruta como verdadero, genuino, real, bueno y deseable, por ser originado, apoyado y realizado por Él, quien es, y quien da todo bien, ser y vida.

El esfuerzo de unión que las personas realizan al aceptar a Él y a la unión con Él, se manifiesta en el deseo, amor, reconocimiento y servicio a los seres y a su fuente, en bien, verdad, amor, libertad y alegría, que motiva y mueve a las personas cuando son fieles a la voz de su conciencia, aceptando que Él haga en ellas, haciendo con y como Él.

b. Aceptar los dones de Él.

Esta búsqueda de unión es solamente genuina en la medida en que se esfuerce para ir hasta las últimas consecuencias, irrestricta, sin sesgos, centrada en Él, buscando a Él. En cambio es espuria cuando se centra en fragmentos o ídolos, como si fuesen fuente y fin, pretendiendo reemplazar a Él con ellos. Todo trabajo de relación y unión es genuino cuando se centra en Él, esforzándose para avanzar hacia las últimas implicaciones en ser profundo, equilibrado, comprometido, abierto, prudente, coherente, riguroso, sirviendo a verdad, bien y vida por amor, con todas las fuerzas, aceptando a Él en toda su profundidad absoluta e infinita.

Esto ocurre cuando las personas aceptan que Él de a través de ellas con su voluntad de amor reflejada en sus leyes de bien, verdad y vida, sin sesgos, privilegios ni exclusiones. Solo este es trabajo genuino de aceptar unirse a Él y dejarle hacer en pensamiento, voluntad, amor, servicio y alegría hasta las últimas implicaciones.

c. Evidencia primera del “Uno” que une dando y permanece.

La conciencia mueve a las personas al confiarles el supuesto primero, evidente y cierto por sí mismo de que todos los seres están unidos a Él, uno y único, quién une a Él y entre sí a los seres dándoles bien, verdad y vida desde la simplicidad absoluta y completa del uno. Las personas se unen a Él al aceptar su voluntad y ley, manifestados en su acción de unión en los seres, manifestación que se da en todos los seres, y en toda realidad, bien y vida, que solo son y pueden ser por Él, quién les da todo bien.

La vida interior, racional, espiritual e invisible, empieza con aceptar a Él, en el encuentro interior con Él como primer principio y último fin. Se lo encuentra en lo más profundo de la conciencia, en acto espiritual único e indivisible, en que convergen corazón, voluntad, mente y en las conductas interior y exterior movidas por ellos.

Toda persona, al amar a los seres amados, al desear saber lo que es real y verdadero, y al servir bien, vida, salud y justicia, deseando superar nada, mentira, ignorancia, mal, injusticia, muerte, enfermedad e injusticia, desea hallar cómo los seres se unen a Él e integran entre sí, y obran en consecuencia, y servir (interior y exteriormente) a esa unión, que se manifiesta en verdad, bien y vida, superando contradicciones.

Esta aceptación de la unión por las personas responde a las invitaciones que a través de la conciencia Él hace a ellas y éstas experimentan en todos los momentos y circunstancias, necesitando apoyarse en Él, quien les ofrece la oportunidad de aceptar que Él haga en ellas y a través de ellas. En la medida en que se apoyan en Él reciben su

consuelo de alegría y paz en la conciencia. Si no lo hacen, frustración, pérdida y dolor les advierten sobre la necesidad de corregir el camino.

El encuentro con Él tiene la fuerza de primera evidencia, motivo, amor y alegría, de dónde derivan todos los demás. Esta evidencia de luz y fuego se va renovando sin cesar, a lo largo de la vida temporal, y culmina en la plenitud eterna. Este encuentro permanece para siempre en la conciencia como invitación de Él, obrando como premisa y supuesto básico del que derivan todas las inferencias, experiencias y conductas, al vivir e interpretar en función de Él todas las experiencias de seres, aspectos, relaciones y hechos, en unión e integración o consistencia.

La persona que acepta esta invitación apoya todo en Él, optando por Él, y - por Él - por sus hijos, dando y compartiendo como Él. De este modo se acepta lo recibido, reconociendo que la persona todo lo recibe, por ser nada por sí misma, necesitando origen, sostén y fin que le son dados por Él, y que todo lo recibe para darlo con Él.

d. Evaluación y criterios que manifiestan a Él en su obra. Armonía y unión con Él, puro, uno, sin sesgo. Dependencia, aceptación, rechazo. Interrogante.

La persona sabe que necesita apoyarse en Él, sin sesgos, derivando de su voz en la conciencia los criterios de verdad, bien, vida, realidad y justicia, que se resumen en aceptar a Él, en su perfección absoluta y sin sesgos, expresada en la conciencia, como fuente única de esos valores y criterios, al unir a todos los seres a Él y entre sí.

La persona lo sabe pues su alma espiritual o conciencia es puro mensaje de pureza absoluta sin sesgos, que la invita a descubrir todo desde cero, pero no un cero que es nada, ni cargado de arbitrariedad sino un cero sesgo de Él, quién da todo sin reservas ni condiciones, da todo el Paraíso Terrenal, e indica que lo único vedado es rechazar el paraíso al rebelarse contra el Padre quien solamente da bien, vida, verdad y armonía, y da las capacidades, medios y oportunidades para amar y servir con Él dando bien y compartiendo de la plenitud de Él en ese paraíso, aún que de un modo provisorio y limitado, hasta consumir plena y eternamente la aceptación libre de amor a Él y el rechazo de la invitación del mal a rebelarse.

Hallarse con la conciencia es hallarse con ese paraíso, aún cuando hallarse también, a diferencia del Paraíso Terrenal, con que la humanidad ha hecho ya un largo camino de no aceptación y rechazo, pero también un largo camino de aceptación, y reconciliación.

La evidencia de la dependencia respecto de Él permite a las personas tener conciencia de que quiénes nada son por sí mismo recibieron de la unión con Él existencia, bien y vida, y son invitados a aceptar estos dones, obrando con y como Él, “quién” es por encima de toda caracterización o ser, y es fuente, fin y sostén de los seres, al unirlos a Él, uniéndolos entre sí. Por lo tanto, para reconocer, evaluar y aceptar la unión con Él que son realidad, verdad, bien y vida se evalúa la unión e integración de los seres con Él, en su absoluto puro y sin sesgos, y entre los seres, haciendo honor a Él, en estos valores.

La valoración y aceptación de bien, vida y verdad se hace mediante el esfuerzo de amor y juicio crítico de evaluar cuándo y en qué medida es válido y fundado el juicio o la hipótesis de que algo existe, es verdadero y es bueno. El valor se fundamenta en el deseo de solamente aceptar, amar, servir y gozar genuinamente a Él, y a los hijos de Él, armoniosamente unidos a su perfección al aceptar que Él dé por amor a ellos y a través de ellos, y no a ídolos espurios con que se pretende reemplazarlo, al negarse a escuchar y seguir su voz pura y una en la conciencia. La respuesta viene de Él, quién no tiene ninguno de los límites humanos, y es perfecto, en su santidad, bondad, amor y verdad. Esto se manifiesta en la unidad, unión, coherencia, integración, ajuste, de ese juicio o hipótesis con el conjunto de los seres que por Él son. Esa unión se manifiesta en bien, verdad y vida, que se manifiesta en no desviarse de la ley de unión en que Él obra, no permitiendo que la nada y el mal usurpen el lugar de Él y guíen a los seres en direcciones distintas a las entregadas a las personas -cada una en su lugar- en la obra y voluntad de Él. La voluntad de Él lleva a que todo sume en bien, verdad y vida, en unión y armonía sin contradicciones, reflejado en las leyes con que Él genera, beneficia y protege a sus hijos, venciendo toda desviación y contradicción que llevan a mal, muerte y tinieblas.

Ese ajuste de realidad, verdad y bien con su base primera y última se manifiesta en el ajuste entre los seres, con sus límites, dimensiones y relaciones que manifiestan la obra de Él, a través de la cuál Él habla a las personas, que leen su palabra en la realidad, con la ayuda de sus conciencias, que son su capacidad de evaluar la realidad y verdad, bien y vida, de cómo los seres, hechos, dimensiones y relaciones se relacionan con Él y entre sí en unión, manifestada en las leyes con que dan a cada ser su lugar, dones y características, y los dan en relaciones de perfecta unión con Él y entre sí. Se acepta la invitación de Él respondiendo a las maravillas de amor que Él obra en sus hijos compartiendo a su absoluto, dentro de los límites de ellos.

Por esto se juzga como real, verdadero y bueno lo que es consistente con Él -de quien se sabe que es puro, uno, absoluto, por encima de límites, sesgos, rasgos- y con su obra. El se manifiesta en ella en que todo armoniza y no se contradice, en el conjunto de seres, dimensiones y relaciones observables en la realidad, y en las informaciones y elementos de juicio recibidos sobre ellos, accesible a cada persona, grupo y sociedad, en cada época y momento, en los que Él se manifiesta, como uno, puro, superior y absoluto, que les da principio y fin.

Esta regla de la armonía, unión, integración o consistencia y no contradicción es la regla de oro que sirve de criterio para evaluar la validez de un juicio o hipótesis, en término de realidad, verdad, bien, vida, justicia y valor.

Se puede así distinguir -de lo contrario- lo que está unido a Él, que lleva a los seres a estar unidos entre sí -en armonía- como partes de su obra. Por lo tanto se reconoce, dentro de las limitaciones humanas, qué es real, verdadero, bueno, vivo, justo, coherente, consistente, debido, legítimo, merecedor, sin sesgo que lo someta a ser limitado alguno. Por venir solamente de Él -puro, uno, que une- manifestándose como fruto y don de Él. Pero esta conclusión es solamente de plausibilidad, ya que en los límites humanos temporales no se llega a considerar todos los factores, dimensiones y relaciones que juegan. De a poco se horadan las tinieblas para ver a Él y a sus hijos, en anticipo de la luz plena, y para servir bien, verdad y vida lo más posible.

Él habla en las conciencias, aportando su criterio a todas las personas. Se parte de la evidencia de la completa ignorancia – “solo sé que no se nada” -, sabiendo que eso se sabe por saber que solamente se es por Él, quien es el único que es y sabe, y “quién” da a sus hijos (uno mismo incluido) la oportunidad de conocer, amar, obrar y disfrutar compartiendo y cooperando con Él. Se parte de este reconocimiento realista y humilde, de la relación de las personas con la “base firme, sin límites, sesgos ni rasgos”, que Él aporta.

El criterio que aporta Él a través de la voz de la conciencia es el de consistencia, o sea de unión con Él y en consecuencia integración entre los seres.

La consistencia obra como una brújula, radar o lector del absoluto, leyendo de modo limitado en el tiempo la unión e integración que Él obra en los seres. Por lo tanto en la medida en que se descubre que algo - o un juicio o hipótesis - coincide con Él por coincidir con los seres, sus rasgos y relaciones, y lo que de ellos se sabe, se concluye que ello tiene más probabilidades o plausibilidad de venir de Él e ir hacia Él, o sea de ser verdad, bien, vida, realidad y justicia, que manifiestan la unión, integración y armonía que Él da a sus hijos. Buscando esa unión sin sesgos con quién no tiene sesgos y con su obra sin sesgos, unida a Él e integrada entre sí, se avanza en la calidad y aproximación de juicios de realidad, verdad, bien, vida y justicia, y en la calidad de decisiones, acciones, hábitos y construcciones, y de vida, ya desde la imperfecta transición terrena, anticipando y preparando la plenitud eterna.

¿Cuál es la vivencia? Se sabe por la “voz” de Él en la conciencia de cada persona que los seres solamente son unión con Él, vienen de unión, empezando y terminando en la plenitud del uno (Él). Esta vivencia primera, anterior a toda otra vivencia, mueve a la vida espiritual, que solamente busca unión, y se expresa desde la infancia en las preguntas: ¿qué?: ¿qué es?: ¿por qué?: ¿para qué?: ¿dónde pertenece?: ¿a qué ámbito?: ¿cómo sigue?: ¿qué es bueno, vale y merece? Y se desea que siga, que aumente, que mejore, que suba y que se complete, plena y eternamente. Todo ello en base a un patrón básico que no es de este ámbito de los seres que todo lo recibieron (y son plurales), patrón que manifiesta a Él, quién origina, sostiene y realiza a ese ámbito y a los seres dentro de éste. En esto consiste la vida espiritual. Cada uno de estos temas puede ser útil y válido para un diálogo, exploración y debate, sumando aportes de muchas personas.

La voz de la conciencia guía el ascenso al invitar a la persona a escuchar y seguir solamente a Él. Invita a no escuchar ni seguir ninguna otra voz, sirena, atracción, autoridad, que no sea Él, puro y absoluto; sin límites, sesgos, privilegios ni exclusiones; simplemente Él, pleno y perfecto; quién da en santidad, amor, bondad, sabiduría y poder. Aceptar solamente a Él se manifiesta en aceptar sus dones con amor, humildad, gratitud, alegría, paciencia, obediencia, fe, esperanza y caridad, dando bien por amor, con fidelidad y entrega, rechazando todo lo que interfiera (pretendiendo reemplazar y superar a Él, distorsionando y desbaratando su obra). La voz de la conciencia solo habla de esa perfección de Él que invita a compartir en solamente dar bien por amor, de modo preparatorio en la tierra, y pleno y eterno luego. Así funciona la conciencia o alma espiritual. Toda persona lo experimenta y vive en su interior invisible.

Las personas tienen también la opción, que ejercen en mayor o menor medida, de no dar, y al hacerlo rechazan a Él, y a sus dones de verdad, bien y vida, mientras Él les

insiste, sin descanso, en su invitación al bien, hablándoles en sus conciencias. Para ayudarles a ascender hacia Él por el camino de la transición terrena.

El ejercicio de la consistencia es un esfuerzo por considerar, y servir a cada ser, aspecto y relación de la realidad con respeto y amor, sin privilegios ni exclusiones, hasta las últimas implicaciones, dando bien por amor, con alegría, según la realidad y verdad, ser y deber ser, de la unión con Él, moviéndose hacia Él, para solamente descansar en Él.

Se avanza así en lo invisible y visible, apoyados en el único cimiento, más allá de hipótesis, conjeturas y caprichos, al aceptar solamente a Él y a la unión con Él y con sus hijos a la medida de las propias limitaciones, preparando la plenitud eterna, donde las personas se sentarán a su mesa como indignos siervos elevados a hijos suyos, por amor.

Él no es como los seres, un ser más, sino que por Él son los seres, y Él es por encima de toda existencia –es fuente y fin de toda existencia-, y las personas lo necesitan, desean y aman en lo más profundo de su ser.

2. Entrega por amor, con sacrificio y alegría.

a. Él da uniendo, invitando a dar en el milagro de la unión con Él por amor.

Él “no es de este mundo”, y se manifiesta dando y dándose a los seres al unirlos a Él, haciendo este mundo y en este mundo, generando, sosteniendo y realizando a los seres, fragmentos, dimensiones, relaciones y hechos, y uniéndolos a Él y entre sí. Eso es bien, vida y existencia, generados, sostenidos y realizados por la unión con Él o consistencia. Por esa unión los seres convergen hacia Él, “absoluto”, sin descansar hasta llegar a Él, principio, fin y sostén.

Él, absoluto, que no es de este mundo, viene al mundo al compartir con los seres dándose dentro de los límites de sus hijos. Dar es el milagro de la unión con Él por amor, que genera, sostiene y realiza, en paternidad que hace uno a quien recibe con quien da.

A Él se le conoce por su dar bien y vida por desearlo (amor) a sus hijos, que nada son sin Él, compartiéndose con ellos, al unirlos a Él, sin retaceos, hasta las últimas consecuencias, cuidando hasta el último detalle, con maravillosa, absoluta, santa, buena, sabia, perfección, uniendo e integrando a sus hijos a Él y entre sí, e invitándolos a compartir y cooperar con Él dando como reciben, por amor, con y como Él, aceptando que “el” viva y haga en ellos, sin interrumpir la cadena eterna del dar por amor. Sus hijos comparten así con él en su lugar y realidad, dentro de sus límites.

En unión e integración los seres reciben de Él y dan, compartiendo y cooperando con Él y entre hermanos, complementándose en beneficio recíproco. Los seres humanos son invitados a cooperar con Él y con sus hermanos consciente y libremente, con amor, verdad y servicio, fe, confianza, gratitud y alegría, respetando las leyes o caminos en que Él establece el lugar de cada ser y la complementación en beneficio recíproco. Él invita a las personas a aceptar que viva y haga en ellos y a través de ellos preparándolos para la plenitud eterna, de completa y plena superación de la nada y de toda limitación.

En tal preparación las personas ofrecen y sacrifican todo apego a lo que no es Él, y el bien de sus hijos, negándose a sí mismas, cargando con su cruz y siguiéndole, dando y compartiendo bien y vida por amor, con y como Él, ardiendo con la chispa eterna de fuego y luz recibidos, amando como Él las ama, con alegría.

b. Dar es el único valor: anticipa la plenitud eterna, comparte con Él la ausencia de límites y renuncia menguando como Él quien todo da, haciendo propio el bien del amado. Necesidad y bien.

Lo que se da deviene eterno, pues queda en manos de Él, de dónde salió, cumpliendo el fin para él que existe, anticipando la plenitud eterna. Se va preparando así la unión plena y eterna para la cual Él genera sus hijos.

El amor generado por la unión con Él, es el hecho más importante y profundo en la vida humana. Une a los seres a Él y entre sí en plenitud colmada, por encima del ámbito de lo limitado, anticipando y preparando la plenitud eterna.

Por el amor sin límites de Él, “quién” desea el bien de sus hijos desde toda la eternidad, antes de que ellos existan, éstos reciben existencia, vida y bien, al compartir Él con ellos su unidad única, plena, absoluta, sin límites, colmada, que en el ser limitado se manifiesta en bien, vida y verdad, dando y dándose.

Él invita a sus hijos a amarse y darse entre ellos como Él les da, para bien, aceptando y preparando la plenitud eterna, que es el amor sin límites que solamente da y se da, lo cual resume la vida espiritual compartida con Él en familia, amistad y fraternidad, conociendo, sirviendo y alegrándose en función del amor.

El amor une, superando separación y división. Perdona con misericordia y mansedumbre.

Quién ama ofrece y sacrifica todo para bien, compartiendo con Él la plenitud propia de la ausencia y superación de límites que se manifiesta en el amor, que da poniendo todo en manos de Él - quién da sin menguar su plenitud -, complaciéndose con ello, amando la cruz que libera a sus seres queridos de la ceguera y de hacerse esclavos de lo inmediato que se generan cuando la persona y sus actos no son elevados por el espíritu.

Me refiero a la “plenitud de la ausencia de límites”. La ausencia de límites se manifiesta en el amor, que es dar bien poniendo todo en manos de Él uniéndose a la plenitud de Él quién solamente da por amor, y menguando y desapareciendo en lo que no es unión con Él. Esto es dejar de lado todo lo demás, en especial dejar de lado lo que ata a reemplazar la voluntad de Él por el capricho o apetito humano que se centra en tener y usar sin dar. De ese modo se va en la dirección de la plenitud, más allá de los límites, al inmolarlo todo en la cruz de Él, unidos a Él, poniendo todo en manos de Él, para solamente dar con y como Él.

De ese modo los límites solo sirven para contener a Él, menguando y desapareciendo lo que no es Él, siendo –los límites- solamente para contener el absoluto en cuanto Él es compartido por seres limitados y plurales, que no son “él que es”.

Tiene más valor real y espiritual lo que más cuesta, renunciando a las fascinaciones que engañan y tiranizan por poner como último fin el poseer, dominar y consumir lo inmediato idolatrándolo reemplazando a Él por egoísmo, orgullo, arrogancia, avaricia, placer, adicción y sometimiento a atracciones e impulsos, en lugar de elevar a los seres, sometiéndolos a Él.

Lo que más cuesta tiene más valor real y espiritual pues es más dar (como la mujer del evangelio que dio de limosna la pequeña moneda con más sacrificio), y dar por amor es el único valor que se conoce, es lo único por lo que se conoce a Él, quién da a sus hijos y demás criaturas, con infinito cuidado y entrega sin reservas, todo lo que ellos tienen. Y ellos son y tienen por lo que Él les da. Les da como Padre, cuidando cada detalle en la creación y providencia, incluyendo la evolución del universo y de las especies, y todas las experiencias de cada persona, familia y sociedad. Les da como Hijo, redimiendo a cada hermano e hijo suyo dando por él la vida en la cruz. Les da como Espíritu Santo, velando e inspirando en cada instante en el silencioso sagrario de la conciencia de hasta el aparentemente más insignificante ser humano. Da a cada persona haciendo en ella y a través de ella en cada acto de buena voluntad, en que ella da bien con amor y sacrificio, renunciando por el bien a sus posesiones y satisfacciones inmediatas, esperando la satisfacción y felicidad solamente de compartir con Él en dar bien por amor, y en aceptar que Él lo haga en las personas y a través de ellas, cooperando con Él.

Es mejor recoger dando, uniéndose así a Él y entre sus hijos, que desparramar mezquinando. Es mejor renunciar con Él a lo que Él renuncia por amor, dando para bien de sus hijos sin menguar su plenitud. Lo que se renuncia es nada, pues lo único que es, es Él, de quien todo se recibe. Recibirlo consiste solamente en compartir con Él en dar bien por amor. Ni Él ni sus hijos necesitan otra cosa. Es mejor anticiparse así al nacimiento pleno que acompaña a la muerte terrena. Elevándose por encima de los límites para unirse “al sin límites”, renunciando a vanidad y arrogancia, egoísmo, maldad y mentira, y a ser dependiente de los medios. En lugar de ello darlos e inmolarlos para servir al fin de dar bien por amor.

Quien ama hace propio el bien del ser amado, y se alegra con él. Tiene todo al darlo, unido a Él, confiando en que todo viene de Él para bien, o sea para satisfacer lo que sus hijos son, tienen, necesitan, valen, y desean, y lo que merece ser deseado, según su fin, misión y deber ser, amando, pensando, deseando, sintiendo, haciendo, en positivo, con generosidad, gratitud y paz.

Se nace a la vida y se muere al mal y a la nada al optar por dar bien por amor, superando atracciones y presiones que engañan y tiranizan.

Se completa la preparación terrena y temporal con la muerte terrena, en la que culmina el desprendimiento de lo que no es dar bien sin mezcla alguna, en plenitud eterna, en el banquete de dar.

Con el dar por amor en la tierra empieza ya la eternidad antes de la muerte, al afinar el alma para la sinfonía eterna.

Lo que se da por amor se gana, quedando incorporado a la eternidad.

Lo que la persona da a los hijos de Él lo entrega a Él, de quién lo recibió, y al darse pasa a formar parte del tesoro de dar y compartir con Él plena y eternamente. Se entrega a las manos de donde salió y a dónde necesita llegar. Necesidad se llama al camino que él trazó para el bien para el que Él genera, sostiene y realiza a los seres.

c. Lo que no se da, se pierde, por negarse a compartir con Él.

Los bienes se reciben para darlos, y en ello está su bien. Se dan compartiendo y cooperando con Él y con su obra, haciéndolos rendir frutos, aceptándolos sin interferirlos, haciendo con y como Él. El valor está en dar, no en retener ni en reemplazar a Él y a su amor, por egoísmo, caprichos e impulsos. El dar limpia y purifica. Vale más ser rico en dar que en tener.

Las personas necesitan y deben optar por la voluntad de Él, siguiendo su modelo de entrega completa y sacrificio de dar bien por amor, y no optar por la ceguera y esclavitud que separan de Él, desparraman y destruyen rechazando a Él, su plan y dones. Lo bueno de recibir está en dar lo que se recibe, haciéndolo tesoro eterno, unido al divino. Eternidad y plenitud se llama al dar, poniendo lo recibido en manos de Él para que cumpla su fin, compartiendo con Él y con sus hijos, haciendo con y como Él. Esto culmina después de la muerte terrena.

Como la persona comparte con Él, quien es absoluto y eterno, no muere, y es esencial para ella no perder lo que recibe –lo pierde al no darlo-, porque ello es pérdida de la vida y tesoro que se vive desde ya, y se vivirá plena y eternamente luego de la muerte terrena.

3. Aceptar en positivo a Él y a sus dones.

Cultivar lo positivo en otros y en sí mismo, es dejar hacer a Él, “quién” trabaja en sus hijos y a través de ellos para completar su obra de bien. Es decirle sí, aceptándole con corazón, voluntad, mente y conductas.

Es amar, desear, motivarse, pensar, hacer y sentir, aceptando lo que es, en bien, vida y verdad, apoyándolo y trabajando para ello, con fe, confianza, amor y alegría, trabajando para superar limitaciones e imperfecciones. Es cooperar con Él, “quién” siempre llama, invita y espera con los brazos abiertos, trabajando para bien de sus hijos, infinitamente más que ellos, construyendo positivamente, para adelante, para arriba, para más.

Enojo, irritación, amargura y angustia, pintando todo de negro, son pura pérdida, sin derecho, legitimidad y autoridad para hacerlo. Son subestimar y rechazar la libertad y plenitud que dan el dolor, los tropiezos y el esfuerzo; así como la lucha y el sacrificio necesarios para afrontarlos, superarlos y elevarlos por amor.

Él obra maravillas en sus hijos, quiénes sin Él nada son. Él y solamente Él (y sus hijos, solamente por Él) merece honor, gloria y gratitud. Los hijos son invitados a aceptar, agradecer, compartir y cooperar con Él con amor, alegría y entusiasmo.

4. Él hace uno y sin límites al ser limitado, dentro de sus límites.

a. Él se manifiesta dentro de los límites de sus invitados, que ascienden por Él, al unirse a Él.

Él es uno y único, manifestándose en unir los seres a Él -haciéndolos uno con Él-, y en consecuencia integrarlos entre sí, en perfecta complementación y cooperación de amor, bien, vida y verdad, compartiendo con Él - lo que aquí se llama consistencia -, buscando, amando y sirviendo su perfección sin sesgos, desviaciones, privilegios ni exclusiones.

La unión e integración con Él y con sus hijos –por amor- permite a las personas ascender hacia Él, “quién” es el vértice en que se asienta todo lo que es, vale y vale la pena. Ese ascenso es guiado por Él a través de la voz de la conciencia, en maravillosa sinfonía.

Se habla de ascender para referirse a la relación de unión con quién es por encima de todo ser, por quién todo ser es y tiene lo que es y tiene.

Se emplea el concepto de altura analógicamente con lo que ocurre en el plano físico, en que todo ser es al emerger de la nada, que viene a ser el piso cero, y al ser por encima de ese piso es, crece, se desarrolla, y se realiza, con todo su ser, bien y vida, gracias a Él, quien eleva.

Los seres son y tienen al elevarse y emerger por encima de la nada, al recibir de Él y aceptar al unirse a Él dejando a los lazos de la unión con Él manifestarse en la unión e integración entre sí en existencia, verdad, bien, amor, vida y belleza. Eso es lo que genera la energía en el mundo físico, que es la realidad de unión con Él que subyace a la materia. Por esto nada es reducible a la materia, y por más que ad infinitum se subdividan los átomos o se multipliquen las galaxias nunca se encontrará una partícula o universo de materia que sea, y tenga bien, vida y belleza propios. Todo es por Él y lo que es lo es por esa unión con Él, que es la virtud, fuerza o energía (usando toscas palabras humanas) de creación, providencia, realización, redención, santificación y salvación con que Él se comparte con los seres al generarlos, sostenerlos y realizarlos.

Ese compartir es elevar, usando analógicamente los conceptos de los seres humanos, que conocen, aman, sirven y gozan a los seres al elevarlos de la nada, de las tinieblas, de la contradicción, del mal, de la muerte, que son no aceptar la unión de la variedad por Él, quien da a los seres los límites que permiten diferenciarlos y distinguirlos, al unirlos con Él y compartir con Él en lo material, y más plena y profundamente en lo espiritual, compartiendo con Él a su imagen y semejanza, en el acto espiritual único e invisible de amor, conocimiento, servicio y gozo. Se comparte como ser diferente a Él, que vuelve a Él, de donde viene, al unirse a Él, que invita, continuando la unión eterna de siempre, que está en los planes de Él desde toda la eternidad.

b. Consistencia es compartir con Él en unión, sin límites dentro de límites.

Vale la pena el trabajo, esfuerzo y sacrificio para ascender a Él aceptando la unión en compartir y cooperar con Él en dar, que Él ofrece, elevando y santificando lo inmediato, evitando la idolatría. Sin jamás olvidar que ese compartir es siempre dentro del modestísimo nivel que marcan los límites de quien nada es por sí mismo, y solo es por unión con Él, dentro de los límites de cada uno.

Él, al ser “uno y único”, por encima de todo ser, rasgo, límite, variedad y pluralidad, une a Él a todos los seres, con absoluta y perfecta firmeza, compartiendo su absoluto y uno con cada ser, al dar a cada uno bien, vida y existencia, en su lugar, dentro de los límites que protegen el territorio recibido por cada uno, en dimensiones, relaciones y sistemas. Así Él hace sin límites y absoluto a cada ser limitado, dentro de los límites que da a cada uno para recibir semejante don.

La identidad única y una la recibe cada ser al compartir con Él, venciendo nada, separación y contradicción. A nivel visible y a nivel espiritual se recibe la unión con Él y con los hermanos, hasta las últimas implicaciones, ascendiendo hacia Él en perfección, sin medias tintas ni retaceos, en consistencia.

Él da, y al dar da de sí, se da a sí mismo. Manifiesta ese dar de amor - usando analógicamente este concepto humano - otorgando a cada ser una identidad única y unidad, absoluta y sin límites, de ser hijo suyo por unión, dentro de los límites de cada ser, en maravillosa paradoja. Al dar semejante don – Él no da dones pequeños, todos tienen la grandeza de la verdad, la humildad, el bien, el amor y la vida – Él comparte a sus hijos el don de merecer –como Él- ser amados, servidos y reconocidos, y de generar alegría con su bien.

La consistencia exige esforzarse para llevar a la práctica hasta sus últimas consecuencias la voluntad y ley de Él, recibida como luz de verdad y fuego de amor y bien, dando bien a Él y a sus hijos, sin sesgos, privilegios ni exclusiones, respetando y amando a todos los seres, abriéndose a Él para abarcarlo todo con Él. Exige aceptar que Él haga en ellos y a través de ellos, sin interferirle, dando con y como Él, dentro de los modestísimos límites de hijos e indignos siervos suyos.

Esta unión e integración sin sesgos, privilegios ni exclusiones, hace a cada ser uno, idéntico a sí mismo, que respeta, ama y sirve a las identidades de los demás y de sí mismo, rechazando las contradicciones de mal, mentira, muerte, nada e injusticia.

Por la identidad que recibe cada ser de Él, cada ser es sí mismo, con todas las maravillas de Él (su “Padre”) por la voluntad de amor de éste y con todos los límites de quien es nada por sí mismo y sólo es por la misericordia de Él. Él da y hace todo bien en cada hijo, sin jamás separarse de él. El absoluto y la maravilla de la verdad, bondad, amor y vida, son manifestados por Él en su obra o creación, que son los seres. Él lo hace a través de cada ser, plenamente, con todo su absoluto sin límites, dentro de los benditos límites de cada ser. Así invita a cada ser a unirse a Él y a compartir y cooperar con Él en vencer mal, mentira, muerte, nada e injusticia, compartiendo a Él, en su absoluto. En el caso de los seres a quienes Él da alma espiritual – las personas – Él les invita a consciente y libremente, compartir con Él en amor, conocimiento, servicio y gozo.

Él, al generar, sostener y realizar a los seres, los une a Él y se comparte con ellos, de modo que no solamente hace a cada ser igual a sí mismo - $A = A$ - sino igual a Él, dentro de los benditos límites de cada ser, amados, reconocidos, servidos y gozados por cada ser, y antes y más por Él.

Solamente se obedece a la ley de unión y consistencia, en bien, vida y verdad - recibidos de Él, “quién” es, está, vive y hace en sus hijos más y antes que ellos mismos -, cuando se acepta que Él lo haga en sus hijos y a través de ellos y se hace con y como Él.

La complementación de consistencia entre los seres se realiza sin descanso, como en la evolución del universo y de las especies, con sus adaptaciones y mutaciones, en incesantes nuevas integraciones de construcción, avance, superación y corrección.

Se dice que algo “consiste en”, para caracterizarlo en términos de rasgos, dimensiones, categorías y relaciones (todos ellos lazos de unión) que lo insertan e integran en el marco de la realidad, bien y vida, que está unido a Él (en quien se origina, apoya y realiza) y en consecuencia integra a los seres entre sí. Estos rasgos marcan la grandeza de lo que cada ser recibe y la pequeñez de quien lo recibe dentro de los límites y lugar que le son asignados.

El decir que algo consiste, también se refiere a lo que ese algo comparte del bien de Él por los dones que ese algo recibe y por su aceptación y cooperación superando y salvando las limitaciones de la nada y de las carencias, luchando para avanzar, mejorar, elevarse y construir, dentro del marco del sistema omnicomprendivo de realidad, bien y vida, y en su pequeño lugar y rincón en él.

Él cuida a los seres uniéndolos a Él e integrándolos entre sí en bien hasta el último detalle, desde la profundidad del espíritu y también de lo material (desde las galaxias al átomo, y los componentes y contextos sin fin).

Ser consistente es unirse a Él - y por Él a los hermanos -, aceptando sus dones y voluntad, cooperando consciente y libremente con su obra y leyes infalibles de bien y verdad, que culminan en la plenitud eterna, aceptando la invitación de Él a compartir y cooperar con Él para que sea Él “quién” viva y haga en sus hijos, dando frutos de bien y vida, llegando a Él, negándose a sí mismo, cargando la propia cruz, y siguiéndole, y rechazando hacer lo opuesto.

La persona es coherente al compartir y cooperar con Él, uniéndose a Él en la aceptación de sus dones y leyes de bien, dándose con y como Él para bien, elevando y santificando lo recibido, sin reservas, con limpieza y amor, abriendo ojos, corazón y obras a Él.

Él, al unir sus hijos a Él, se da a ellos, compartiéndoles bien y vida, invitándoles a dar con y como Él, complementándose entre sí, elevando cuerpo y mundo con el alma o conciencia, compartiendo y cooperando con Él en hacer el bien.

No hay otra elevación que la unión con Él, y el alma espiritual o conciencia es el don que permite a las personas compartir y cooperar libremente con Él en unir a Él la creación espiritual, y también la material – cuerpo y mundo – en amor, que incluye también conocimiento, servicio y gozo, en unión indivisible de aceptación de que “El”

viva y haga en sus hijos, haciendo éstos con y como Él, lo que eleva a sus hijos y a sus obras, dando bien por amor con Él.

La persona que no acepta la invitación de Él, es alertada por dolor, fracaso y frustración que le invitan a abrir ojos, corazón y conducta para corregir el rumbo, recordándole que solo la unión con Él da valor y sentido a la compleja variedad de lo real, llevando a comprender, amar, desear, decir y hacer el bien, que es constructivo y positivo, haciéndolo con la apertura y sencillez del niño.

Él es lo que la persona necesita para ser y tener bien y vida, aquél de quien ella recibe todo. La conciencia muestra a Él en los frutos de su acción, mostrando que es por encima de todos los seres, y les da todo lo que necesitan, en la firmeza de su ley de unión que se manifiesta en bien, vida, realidad y verdad.

5. Felicidad: consecuencia de amar y dar.

La plenitud eterna – y su anticipo temporal - incluye la felicidad no como fin sino como satisfacción por la consumación del bien de los seres amados, que es el fin deseable y deseado, según el merecimiento de Él, quien lo comparte con ellos.

La felicidad es la satisfacción por el bien del ser amado. Sin amor – que es desear y servir el bien del amado- no hay felicidad.

La felicidad no se logra cuando se la persigue como fin, sino cuando, y solamente cuando, se desea el bien del ser querido, y por lo tanto natural y espontáneamente fluyen alegría y felicidad al realizarse y consumarse ese bien que se desea, y al conocerse que se realiza. Se es feliz porque se ama el bien que se consume, no por la satisfacción o complacencia misma, que es el resultado, no la causa y el motivo.

La felicidad es la vivencia que la persona tiene de cumplir su fin de realización, al compartir con Él su absoluto, rindiendo los frutos de la semilla que Él siembra en ella al darle su absoluto, dándose a ella por amor invitándola a amar, dando por amor lo recibido. Realizarse es cumplir y consumir el propio ser, razón de ser y deber ser en realidad, bien, vida y verdad. Y felicidad es el vivenciar en amor, alegría, servicio y conocimiento el culminar, consumir, colmar y cerrar ese ciclo de la unión con Él en apertura plena y eterna a Él, y compartir con Él.

Amor, servicio y conocimiento culminan así en la felicidad, al completarse de este modo el ciclo y círculo simultáneo y eterno de compartir y cooperar con Él en su simplicidad pura, absoluta, perfecta y santa de uno. Culminan así al complacerse la persona con Él y con su obra de bien, por amar, servir y conocer a Él y al bien que es su obra.

La felicidad se nutre en creer, confiar, amar, servir, agradecer y complacerse en aceptar a Él quién ama más y antes, y cuya voluntad y deseo son perdonar, salvar, premiar, dar y compartir por amor, invitando a sus hijos a aceptar que Él lo haga en ellos y a través de ellos, haciendo con y como Él, y así calmar para siempre su sed y hambre de bien y

su necesidad y deseo de bien, sin ánimo de castigar, separar, contradecir y destruir en mal, mentira, muerte e injusticia.

Cuando acepta y ama a “aquél” por “quién” se es, y cree y confía en Él, la persona se alegra al aceptar que Él obre, y que su obra dé frutos de bien y vida en sus hijos, escuchando y siguiendo su voz en la conciencia.

Si en la transición terrena se gozan sus maravillas, ¡Cuánto más será en la plenitud eterna!

El anticipo temporal de la plenitud eterna es la alegría y felicidad que se vive al amar, servir y reconocer el bien recibido, cooperando con Él en dar bien y vida por amor, y complaciéndose con ello, haciendo con y como Él. En esta vida terrena y temporal complacerse con el bien de Él y de sus hijos es la única fuente de satisfacción profunda y genuina, en que la persona vive la unión con Él en la armonía de verdad, bien y vida de todos los seres, en que esa unión se manifiesta, al obrar Él maravillas en sus hijos.

Solamente en dar bien por amor se vive, aunque sea de modo transitorio, preparatorio y limitado en la vida terrena, la plenitud, paz y descanso de saber que en el amor – que sirve al bien en verdad, y que viene de Él y va a Él – todo llega, superando toda contradicción, nada, mal, mentira y muerte. Llega en la tierra como anticipo preparatorio, y después se da como plenitud eterna. Es la obra eterna de Padre, Hijo y Espíritu Santo en beneficio de sus hijos.

V. DESARROLLO Y REALIZACIÓN HUMANOS Y SOCIALES

1. Consistencia y desarrollo y realización humanos y sociales.

a. Unión con Él en dar bien por amor, cooperando en su obra.

Este trabajo sobre la consistencia no es una teoría, ni una teoría más, ni una explicación mejor, sino un esfuerzo y compromiso de dar lo que se recibe para unión en bien, vida y verdad, aceptando que Él haga y viva en sus hijos, y haciendo con y como Él, apoyando los esfuerzos – de unión o de consistencia – de otros y propios en esta dirección, evitando, previniendo y contrarrestando las acciones que van en la dirección opuesta.

Se busca así servir a desarrollo y realización humanos y sociales, cooperando con Él en completar su obra en sus hijos, como hicieron y hacen las personas que aceptaron a Él y a la unión con Él y entre hermanos, desde todos los tiempos.

Se busca contribuir a que personas y sociedades comprendan mejor el qué, porqué y para qué de sus vidas, y así acepten a Él y a su obra, y acepten cooperar con Él haciendo con y como Él en dar en unión de bien y vida, atando cabos y desatando nudos, en profundidad, siendo consistentes con últimos fines y servirlos con medios eficaces, estimulando a las personas para que acepten la invitación de Él a emplear sus facultades superiores y todos sus medios, recursos y oportunidades para servir consistentemente la unión de bien, verdad y vida, compartiendo con Él por encima de medios y atracciones materiales y temporales inmediatos, dándolos, renunciándolos e inmolándolos al servicio de Él y de sus hijos, en bien y vida.

Se emplean aquí el concepto y la palabra consistencia para llamar la atención sobre la acción de Él al dar bien, vida y ser, por amor, a seres que nada son sin Él, al darse a ellos al unirlos a Él y entre sí, compartiéndose con ellos absoluto y perfecto, invitándolos a compartir y cooperar con Él dando bien con y como Él, en unión de amor, aceptando – sin interferir - que Él haga en ellos y a través de ellos dando bien y completando su obra.

b. Consistencia es aceptar a Él, aún sin conocer la palabra.

La clave está en aceptar a Él y a la unión con Él, que se manifiesta en bien, vida, verdad y existencia, que Él da a las personas, haciéndolas sus hijos, hablándoles en sus conciencias, de modo que aún quiénes no le aceptan lo saben, y tienen la permanente invitación de la voz de sus conciencias a rectificar sus caminos, aguijoneados por sus sentimientos de deber, culpa y cargo de conciencia.

Quiénes aceptan a Él y dan bien con y como Él son consistentes, compartiendo y cooperando con Él en la unión. Quiénes hacen lo opuesto, son inconsistentes, pues rechazan la unión con Él manifestada en la integración en bien, vida y verdad que Él les

invita a vivir y practicar, dejando hacer a Él en ellos. Aún cuando no se conozcan los conceptos y palabras “consistencia” e “inconsistencia”, ellos viven la una o la otra.

c. Seguir genuinamente su llamado a la unión.

Tomando conciencia de esto se puede trabajar más y mejor para emplear de modo genuino y no espurio la capacidad de consistencia, esforzándose para servir a bien, vida, verdad, justicia y paz, que son generados, sostenidos y realizados a través de la unión con Él y entre los seres, que es la consistencia.

La consistencia se refiere a la unión de los seres con Él, de “quién” reciben bien, vida y existencia, y en consecuencia la integración entre sí, complementándose en beneficio recíproco, con la firmeza y fuerza que reciben al compartir con Él, cada uno en su lugar.

d. Evaluar con el criterio de consistencia para servir verdad, bien y justicia.

Para evaluar y medir la validez de los indicadores empíricos en investigación social, se mide la consistencia interna y externa de ellos y entre ellos, a efectos de evaluar y aumentar la validez y acercarse más a la verdad, esforzándose en descubrir la convergencia y complementación de diversos indicadores de modo que indiquen lo mismo, consistentes entre sí, reforzando la plausibilidad de lo que se infiere a partir de ellos.

Del mismo modo, para evaluar y medir el acierto y buen fruto de decisiones, acciones y hábitos, es menester esforzarse en considerar todos los factores, aspectos, relaciones, contextos y condiciones que juegan en cada tema, caso y circunstancia, considerando las distintas alternativas posibles y sus efectos previsibles, a efectos de decidir y hacer lo que más favorezca verdadera y genuinamente los fines de bien común y justicia perseguidos en los más diversos ámbitos y sectores: desarrollo humano y social; educación; salud; medio ambiente; vivienda y hábitat; cultura; arte; seguridad; justicia; migraciones; pobreza; distribución de ingresos; relaciones laborales; fuentes de trabajo; economía; políticas y estrategias públicas, sociales, empresarias, familiares y personales; industria; agricultura; energía; comercio, impuestos, etc.

Para tal fin es necesario considerar integradamente tanto los fines últimos y valores superiores deseables como los medios eficaces para servirlos. Todo esto para realización, desarrollo y superación humanos, personales y sociales.

e. Unión sin sesgo con Él y entre los seres.

Para avanzar en consistencia se procura tomar en cuenta del modo más sistemático y sin sesgos posible, todos los elementos de juicio disponibles, y toda la información y factores relevantes para considerar la realidad como es, avanzando en la observación controlada, sistemática y programada, y en el análisis e interpretaciones que buscan los nexos de unión e integración entre los seres, componentes, hechos, aspectos y relaciones

de la realidad. Se procura así avanzar lo más posible en la dirección de las últimas implicaciones.

Para esto es menester continuamente apoyarse en lo más profundo de la conciencia, en el criterio de unión e integración, absoluto, sin sesgos, propio de la unión con Él y de la integración de los seres entre sí, que es el criterio de consistencia. Que es la brújula básica de que se dispone para guiar a través de la voz de la conciencia toda la actividad humana interior y exterior, personal y social.

De este modo se procura considerar lo más y mejor posible todos los factores, alternativas e implicaciones posibles desde los primeros y hasta los últimos, teniendo en cuenta lo más profunda, integrada, equilibrada y exhaustivamente posible los elementos de juicio, fuentes de información y métodos de análisis e interpretación disponibles, para acercarse a la realidad y al logro de los fines de bien y vida buscados.

Razón y vida interior son un continuo ejercicio de consistencia, que procura unir los seres y componentes de la realidad a Él, integrándolos entre sí, aceptando la invitación de Él a hacerlo en conocimiento, amor, servicio y alegría, aceptando a Él como principio, fin y cimiento firme de todos los seres.

A tal efecto es menester esforzarse para ver, amar, hacer y alegrarse desde el ángulo de Él, aceptando que Él haga en sus hijos, renunciando a todo otro camino, menguando con humildad, arrancando de raíz engaño, ceguera, tiranía y esclavitud. Para ello es menester sacrificar e inmolar en el altar de Él, que es de bien y amor, todo lo que al inmolarse pueda servir para acercarse a Él y a estos valores que Él dona a sus hijos, sirviéndolos con la mayor efectividad posible.

Consistencia es la unión de los seres a Él e integración entre sí en bien, vida y ser. La capacidad de consistencia conoce a Él y a esa unión, amando y sirviendo con alegría a Él y por Él a sus hijos.

f. Apoyar los esfuerzos de todos para dar bien por amor.

El trabajo sobre la consistencia se esfuerza en emplear los medios recibidos para servir los fines de bien, verdad y vida, yendo más allá de meras palabras, teorías y escritos, apoyando efectivamente lo que otros y uno mismo hacen cuando escuchan y siguen a la voz de Él en sus conciencias, que mueve a unirse a Él” e integrarse entre hermanos dando bien por amor.

Para tal fin el esfuerzo por la consistencia procura apoyar disciplinas, teorías, escuelas, grupos, organizaciones, movimientos, personas y, sobre todo conductas, hábitos y obras en que las personas y grupos sigan a la voz de sus conciencias, haciendo el mucho bien que se vive y se hace, nombrando a Él con actos y vida – más que con meras palabras verbales o escritas-, haciendo con y como Él.

2. Acto espiritual de compartir con Él.

a. Unión espiritual coherente de las personas con Él y entre sí. Apertura y cierre.

Las personas limitadas pueden, necesitan y deben amar, servir, conocer y gozar a “Él sin límites”. Ello las motiva a aceptar la invitación de Él a conocer, investigar, estudiar y hacer ciencia, filosofía, experiencia, sentido común, arte y religión, empleando intuición, método, sistema y disciplina, iluminados, motivados y movidos por Él. Y a obrar en consecuencia, construyendo a nivel personal y social, al servicio de bien, vida, verdad y justicia, no quedándose solamente en palabras e intenciones o propósitos.

Las personas desarrollan estas actividades buscando la integración de los seres varios por Él, “uno”, buscando la consistencia y coherencia del ser limitado con Él y con su obra, que incluye a todos los seres limitados, varios y plurales, y al bien, verdad y vida que son y tienen.

Esa coherencia se logra con amor, acción, gozo y conocimiento en la unión de los seres limitados a Él, y en consecuencia en su integración entre sí, complementándose en beneficio recíproco. Él abre a los seres humanos y a sus almas hacia Él y hacia sus hijos, entregando todo y recibiendo todo en unidad plena que nada deja fuera, cerrando todo resquicio. A su vez la persona al aceptar se abre para recibir todo y para dar todo. Y esa apertura, de amor y bien, es el “cierre”, cierre que es apertura, pues es de dar y compartir todo para bien por amor, sin dejar nada fuera de la unión con Él, por estar tan abierto a Él y a sus hijos que se cierra a todo lo que separa de ellos.

b. Aspecto cognitivo de la unión.

El empleo de dimensiones, relaciones, sistemas, hipótesis, teorías, inferencias, interpretaciones, pruebas y controles de validez, permite avanzar en conocimiento y ciencia progresivamente, dentro de las limitaciones humanas, incorporando revelaciones naturales de la conciencia y sobrenaturales, de conciencia natural y revelación, incluyendo lo racional, lógico y matemático, al igual que intuición, afecto, experiencia e inspiración.

Incluye el conocimiento de lo cualitativo y cuantitativo; cooperación interpersonal, comunicación y trabajo en equipo; interdisciplina; aproximaciones sucesivas; integración de lo particular y lo general; de lo teórico y empírico; de teoría y práctica; de investigación y acción; etc.

De ese modo las personas se esfuerzan en integrar todos los elementos de juicio, para que todo cierre y abra en Él, en unión o consistencia superadora de contradicciones.

c. Compartir con Él: la persona limitada tiene dentro suyo al “sin límites”, quién hace en ella.

La consistencia pone todo el avance cognitivo al servicio de los últimos fines, con el conocimiento integrado en acto indivisible con amor, bondad, virtud, buena voluntad, servicio, dar y alegría.

Las personas tienen, dentro de sus límites, la no limitación, o sea su compartir con Él lo suyo que es absoluto. Ellas tienen la capacidad de aceptar a Él y a su invitación a compartir y cooperar con Él, siguiendo la guía de la voz de la conciencia.

Compartir con Él es compartir a Él, quién es absoluto y sin límites. Por esto se da la paradoja de que la persona que acepta a Él y a su invitación a compartir y cooperar con Él tiene dentro de sus límites a Él, en quién no hay limitación. Allí se da el luminoso misterio y milagro de la unión de “Él que es” con quienes nada son sin esa unión.

d. Conmoción que estremece al espíritu.

El conocimiento, unido a amor, voluntad, sentimiento y acción, son aspectos del acto espiritual humano único indivisible.

Él no puede ser conocido como tal por las personas, no pueden ser conocido como un ser más, limitado, caracterizado por rasgos, generado por Él. Es vivenciado como conmoción que estremece de vida al espíritu humano, y a todo su ser, en unión indivisible, que lo llena de luz al alumbrar a los seres dándoles luminosa noticia sobre Él, y los llena de fuego, vida y energía, de amor y bien para aceptar la buena nueva.

Esta vivencia le habla sobre la base firme en que el ser, que nada es por sí mismo y que es pura carencia, se origina, apoya y realiza recibiendo y dando bien por amor, lo que es la gran fortuna, noticia y alegría para todo ser humano.

Él es el eje, base y cimiento, de todo pensamiento, deseo, sentimiento y acción, y de toda experiencia. Se le vive como la evidencia y certeza mayor, más completa y más elevada, que es única, única fuente de toda vivencia y acto espiritual. Todos los actos espirituales necesitan apoyarse en la raíz que es la unión y encuentro espiritual de la persona con Él.

Él no puede verse en límites, contornos, componentes y partes, como se ve a los seres, sino que se lo ve como luz y fuego de verdad y bien, que alumbrar y enciende a los seres y les da la luminosa noticia sobre Él – fuente y fin -y sobre sus hijos, en verdad, y en el encendido encuentro con Él y con sus hijos en bien y amor.

Los seres (limitados, que son todos) se conocen por sus relaciones con Él, a “quién” se conoce como “Él sin límites”, “fuente, sostén y fin de todos los seres y de sus mejores cualidades”, y así lo viven en amor, bien, alegría y servicio, en acto único indivisible. Y por esta relación con Él se conocen en sus relaciones entre sí.

3. Juicio crítico.

La actividad humana tiene sentido por unir los seres a Él, y en consecuencia integrarlos entre sí en verdad, bien y vida, aceptando que Él haga en ellos, cooperando con Él sin interferir con sesgos.

La actividad humana es siempre imperfecta –en su unión con Él e integración entre los seres- y necesita ser evaluada y cuestionada para mejorar pensamientos, deseos, sentimientos, acciones y afirmaciones; así como hábitos, costumbres y obras; considerando sus bondades y deficiencias, tomando a Él – uno, absoluto, sin límites ni sesgos, único apoyo, principio y fin – como único señor, referente, patrón y fuente del criterio que une todo a Él.

La calidad y el valor de la conducta humana (interior y exterior) son dados por Él, quien da bien y vida a sus hijos y vive y hace a través de ellos, quienes le aceptan al hacer con y como Él.

Va contra la verdad, el bien y la vida considerarse dueño de ellos, haciendo afirmaciones absolutas y aceptando supuestos absolutos, sin fundar todo solamente en Él, con amor, verdad, humildad, sacrificio y entrega, sin sesgos que desvíen de Él y de su obra y voluntad de bien y verdad. Tarde o temprano se hallará la cuota de verdad, bien y vida que tiene la afirmación opuesta a lo que se afirma. Es un error descansar en supuestos no fundados ni evaluados con profundidad, rigor, equilibrio, integración, sistema y ausencia de sesgos, en lugar de procurar hacer justicia a todos los aspectos, relaciones, consecuencias e implicaciones. O descansar en proyecciones lineales a partir de supuestos y teorías, sin considerar las propias limitaciones.

Es olvidar la complejidad de la realidad, como lo demuestran los fracasos a que llevan la autosuficiencia y la falta de autocrítica y de aplicación del juicio crítico.

Solamente Él es absoluto, y es por encima de las personas y demás seres, todos limitados, y de sus actos y logros.

Palabras, conceptos, afirmaciones y teorías son solamente productos de esfuerzos de aproximación a la realidad, al bien y a la vida, con limitaciones que necesitan ser evaluadas esforzándose para superarlas, sin tomarse como realidad con sentido de omnipotencia.

Lo mismo que conductas, hábitos, costumbres, modas, normas sociales y personales, que continuamente necesitan ser evaluadas, cuestionadas y mejoradas, en cuanto a su realidad, verdad, bondad, validez y valor.

4. ¿Porqué trabajar con el enfoque de consistencia?

El enfoque de consistencia presta atención a cómo los seres que componen la realidad se unen a su fuente (Él) y entre sí, generando, aceptando y compartiendo bien, vida y verdad, y cooperando con Él; o por el contrario se separan de Él interfiriendo y desviándose de su voluntad y de su obra.

Este enfoque ayuda a contribuir a esa obra y valores, practicando bien, amor, verdad y justicia, no siendo indiferentes a “aquél” por “quién” todo se tiene. De ese modo solamente se hace pie en el piso firme que Él da, y no en la nada.

Por ello choca y duele a las personas la contradicción, que se pretende disimular con la consistencia espuria de relativismo, mentira, engaño, sofismas, idolatrías, cegueras, esclavitud y substitutos de Él, que llevan a mal, muerte, injusticia, frustración, infelicidad, desesperación y destrucción, en medio de jactancia y arrogancia que ponen en práctica alternativas clandestinas e ilegítimas que no satisfacen ni calman necesidades y deseos de quiénes son para Él, por no estar fundadas en Él.

Solamente Él, al unir a los seres a Él en su profundidad y perfección, les da el bien que real y genuinamente desean y necesitan, más allá de caprichos e impulsos contradictorios, sin sentido ni fundamento.

Siempre, en cada acción de dar bien, se sube la roca de la unión con Él hasta la cima, como Sísifo. Así se va construyendo un tesoro en la eternidad, recomenzando el esfuerzo cada día y cada momento, buscando superar las limitaciones, debilidad y caídas.

Vale la pena el esfuerzo de cooperar con todos los medios disponibles a la unión con el absoluto e integración entre sus hijos, mediante el trabajo de consistencia, para dar y aumentar el fruto de bien, vida y verdad en la transición terrena, preparando al mismo tiempo la plenitud eterna. Confiados en que es Él quien da, y sus hijos solo cooperan aceptando y haciendo lo posible para hacer con y como Él.

VI. INCONSISTENCIA, CONSISTENCIA ESPURIA, RECHAZO A ÉL.

1. Consistencia espuria.

a. Inconsistencia, rechazo a la invitación de Él.

La capacidad de consistencia es la de aceptar que Él una a Él a las personas y demás seres integrándolas entre sí en bien, vida y verdad.

Se rechaza esa invitación al caer en la consistencia espuria, empleando la capacidad de consistencia contra Él –en consecuencia contra ella misma-, reemplazándolo por el capricho, y en consecuencia obrando contra bien, verdad y vida, y trabajando para contradicción en lugar de unión e integración.

Cuando la persona es inconsistente la conciencia le advierte que está yendo contra Él y contra sus hijos – ella misma entre ellos -, o sea contra lo que en el fondo desea y necesita, ya que la ansiada paz solo llega cuando se sigue a Él en la conciencia que guía según el porqué y para qué de los seres. Él quiere el bien de cada persona y lo sirve más y antes que ella, a través de la guía de la conciencia y la realidad. Toda desviación de esta guía es sesgo que hace espurio o inconsistente al ejercicio de la capacidad espiritual o de consistencia, privilegiando fragmentos, considerándolos superiores a Él y pretendiendo reemplazar a quién se sabe que da por amor todo bien y vida existentes. Pretendiendo dar una guía superior a la de Él, que reemplaza bien, verdad y vida por mal, mentira y muerte.

Para prevenir y corregir la consistencia espuria es necesario emplear juicio crítico y autocrítica cuestionando supuestos, distinguiendo lo bueno, real y verdadero para apoyarlo, evitando vestir de consistencia la inconsistencia con argumentos relativistas, destinados a silenciar la voz de la conciencia, sin lograrlo.

Aún cuando se avance por aproximaciones sucesivas, es menester persistir en el esfuerzo, sin quedarse en el camino y sin conformarse con visiones parciales no integradas en el conjunto.

La consistencia espuria viola el pacto de verdad, bien y rectitud, que las personas tienen con Él (el absoluto), consigo mismas y con otras, que es un pacto de fidelidad al qué, porqué y para qué son. Al hacerlo, quedan en el camino, víctimas de sus propias racionalizaciones y distorsiones unilaterales, que privilegian interés en particulares atracciones para servirles a costa de verdad y bien, con negligencia y falta de escrúpulos, haciéndose ciegas esclavas de mentira, mal y muerte.

Mal, mentiras y fracasos, derivan de emplear la capacidad de consistencia para ir contra ella – cayendo así en consistencia espuria – y al hacerlo generan engaño, fracaso, frustración y daño. Se corrigen, vencen y superan dando con Él bien, por amor, elevando y santificando lo recibido, al darlo en lugar de retenerlo y usurparlo contra su fin.

b. No seguir el camino de unión con Él en bien, vida y verdad.

Las leyes de unión o consistencia manifiestan a Él y a su voluntad de generar, sostener y realizar bien, vida y verdad, invitando a sus hijos a compartir y cooperar con Él y entre sí. Si no lo hacen, y buscan unión en lo opuesto a bien, verdad y vida, devienen fracasos y frustraciones, que invitan a corregir caminos, como lo escuchó el hijo pródigo en la voz de su conciencia, que le advirtió que la unión que aplicaba era espuria, yendo contra la unión genuina e irrestricta con Él y entre sus hijos que respeta, ama y sirve el lugar que Él da a cada uno y a cada aspecto y hecho en la realidad.

El separarse de Él y de sus hijos se manifiesta en contradicción y dispersión, que se vivencia en mal, muerte, nada y mentira.

A Él se le conoce por el bien, vida y verdad que Él da a sus hijos, al unirlos a él, invitándolos a compartir y cooperar con Él alegrando sus corazones. Separarse de Él es no agradecer, ni reconocer, amar, servir y gozar estos dones, no aceptando que Él haga en sus hijos, no uniéndose a Él en hacer con y como Él. En la medida en que se obre así no se hace la voluntad de Él ni se cumple su ley, a través de la cuál Él da bien, vida y verdad. Al reemplazar a Él y a su voluntad por el capricho de uno mismo no se comparte y coopera con Él en bien, vida y verdad. Las personas tienen la capacidad para aceptar consciente y libremente a Él y a su voluntad, cooperando con Él, influyendo para que ella se realice, y no interfiriendo. Al no aceptar su voluntad se interfiere, y el resultado es lo que se conoce como separación, contradicción y dispersión, que generan lo que se conoce como mal, mentira y muerte, lo opuesto a lo que generan unión e integración con Él y entre sus hijos.

El relativismo (tema que se tratará en 2) rechaza la invitación a la unión, que recibe la conciencia espiritual, despreciándola y negándose a cooperar con Él, quién una superando contradicciones. Por su unión sus hijos son y tienen bien y vida y verdad.

c. Contradicción autodestructiva. Rechazar a Él, fundamento de lo que se afirma.

No es posible, siendo indiferentes a Él, separados de Él, dándole la espalda, vivir y dar frutos de bien, vida, verdad y felicidad. Rechazar a Él es ya negar lo que se afirma, pues afirmar el rechazo a Él es sostener la realidad que solo puede sostenerse en Él. Rechazar a Él es mover el piso donde está parado quien rechaza, quitando valor y sentido a lo que se piensa, siente, desea, hace y dice al rechazar a Él, con ello negando la base en que éstos se sustentan. Es solamente aceptar la nada que se es sin Él, rechazando lo único bueno y verdadero que se puede ser, tener y hacer. Es negar fundamento o toda conducta interior o exterior.

Rechazar a Él es negar lo que se afirma, pues afirmar algo es afirmar que es real y verdadero, o sea que tiene un apoyo firme, absoluto, primero y último en algo que sirve de criterio infalible para distinguir entre lo que se afirma y lo opuesto. Rechazar a Él es afirmar el rechazo a Él, y la coherencia interna implica que se pretende que tal rechazo es fundado. Pretende apoyarse en Él, a quién se niega, para rechazarlo y negarlo. Afirmar algo implica sostener que eso es. Rechazar es una forma de afirmación negativa. Si uno se afirma a sí mismo negando a Él, se afirma con la negación. Si uno

no fuera no podría afirmar. Y si Él no es, tampoco lo es el ser que lo niega, y por lo tanto rechazar a Él es negar lo que se afirma al rechazarlo, pues al rechazarlo se está afirmando que el que rechaza es, y está en condiciones de aceptar o rechazar, para lo cual cuenta con base firme y fundamento que es precisamente el absoluto que rechaza. Al rechazar a Él solamente se puede vivir en el mundo de la contradicción que es el mundo de la nada, la mentira y el mal, porque deshace lo que se hace. Se rechazan y pretenden destruir la realidad, el bien y la vida que se reciben, al negar a su fuente y fin. La afirmación, la coherencia y el fundamento, solamente son posibles en base a aceptar a Él, que da apoyo, origen y fin a todos los seres y componentes de la realidad. Al afirmar algo se aceptan así los actos de Él, que se manifiestan en sus dones. Se los acepta empleando la capacidad de conocer, amar, afirmar, desear y hacer con alegría. Ello se contradice con rechazar a Él.

Esto se aplica tanto a rechazar la existencia de Él como a rechazar su voluntad, ley, amor, servicio – “non serviam” – pues estos rechazos implican rechazar a Él.

Rechazar a Él es rechazar todo, mientras amar a Él es amar a todos sus hijos, aceptando, sumando y construyendo bien y vida en sus hijos.

Él es el único camino para ser, realizarse y cumplir con el fin de bien en la transición temporal y en la eternidad. Este camino lo recorre Él, viviendo y haciendo en sus hijos, y llevándolos con Él si lo aceptan. Fuera de Él no hay camino, y solamente se sirven mal, mentira, muerte y nada. Todo se pierde al no optar solamente por Él. Es descartar la piedra angular del edificio, traicionando a Él y a sus hijos, entre ellos a los seres queridos y a sí mismo.

Él es lo que los seres necesitan, como principio, fin y sostén, para ser y tener. Descartando, negando y rechazando a Él se niega todo lo que se es, tiene y hace, entre ello el negarlo y rechazarlo, que así se anula a sí mismo.

La autosuficiencia lleva a intentar construir torres de Babel hacia paraísos alternativos que solo existen como ilusiones engañosas y esclavizantes que envenenan y frustran los medios al tomarlos como fines, presentando a la contradicción como consistencia, corrompiendo lo más elevado, haciendo de ello lo peor y más bajo, en lugar de elevar y santificar los medios dando bien por amor.

Las personas necesitan y desean a Él, “quién” está y se manifiesta en la realidad leída en lo profundo de sus conciencias invisibles. Por esto los intentos de reemplazar a Él no satisfacen, sino duelen y frustran con sus contradicciones, que van contra lo que las personas son, necesitan, conocen y desean, al rechazar la unión con Él e integración entre sus hijos en bien, a que Él las invita, y que calma, colma y resuelve todos sus necesidades y problemas.

La pesadilla contemporánea está en buscar satisfacer fines, deseos y necesidades con lo opuesto a dar bien por amor, que es el camino que Él ofrece a sus hijos al invitarles a unirse a Él.

d. “Pseudo absolutos” sustitutos

Cuando las personas pretenden reemplazar a Él, despreciando su invitación y el gran tesoro de sus dones, intentan justificar este proceder tomando como absolutos por ejemplo a:

- * Materia, fuerza, violencia, poder, éxito, dinero, riqueza.
- * Motivaciones egocéntricas, “self interest”, esquema de intercambio económico, mercado, competencia, relaciones de producción.
- * Autogratificación, impulsos sexual, placer y adicciones
- * Prestigio, vanidad, arrogancia, omnipotencia, odio, irritación, superioridad, dominación y explotación, violencia, crimen, guerra.
- * Ciencia, tecnología, matemáticas, cálculo, informática, lo nuevo, lo último, la razón.
- * Las transgresiones, traición, infidelidad, injusticia, odio, envidia, egoísmo, celos, perversión, burla, desprecio, rebelión.
- * Relativismo.

La consistencia genuina rechaza reemplazar a Él como fuente y fin, por ídolos contruidos por las personas con sus sesgos, privilegios y exclusiones infundados, con los que se rechaza los dones e invitación de Él a compartir y cooperar con Él, y se pretende reemplazar a Él por caprichos. El único fundamento, como principio, fin y sostén, es Él, quién todo da por amor. En vano los caprichos humanos buscan reemplazarlo.

Las personas necesitan emplear su razón y alma espiritual para evaluar atracciones y presiones del ambiente y de lo inmediato, y para dominarlas, poniendo todos los medios al servicio de Él y – por Él - de sus hijos, evitando la ceguera y esclavitud de engaño y mal, que se imponen “porque sí”, sin fundamento ni razón. Cuando por no amar no se da bien por amor no se es consistente, y ello lleva a pérdida y derrumbe de las oportunidades recibidas.

Cuando se pretende reemplazar el aval que da Él a través de la conciencia, por complacencias y complicidades, solamente se refuerzan engaño, esclavitud y pérdida, sin fundamento alguno.

Cuando procede así, la persona toma lo que no le pertenece y descuida lo propio, que es dar bien por amor. Traiciona a “quién” todo lo da y a sus hijos, a sí misma entre ellos.

e. Guía de la conciencia propia y de otros para vencer el mal.

En las conciencias de quiénes caen sigue hablando Él, “quién” permite el mal para que sus hijos compartan y cooperen con Él en vencerlo. El mal nace vencido por Él y por sus leyes, que culminan en redención, perdón, santificación y salvación. Él invita a sus hijos a cooperar con Él en esta obra, aceptando su plan.

La conciencia está siempre en toda persona, con su voz silenciosa que no calla y siempre llama, recordando cuál es el camino, y advirtiendo sobre la frustración contra lo que se necesita y desea, que se da al desviarse de Él.

Ello se observa en la infelicidad, insaciabilidad y frustración a que llevan las adicciones a drogas, alcohol, juego, poder, avaricia, arrogancia, violencia, excesos sexuales y todos los demás vicios, corrupciones, crímenes y perversiones.

Emile Durkheim⁵ explica el suicidio en épocas de abundancia por la insaciabilidad que viven quienes gozan de ella. Pienso que la abundancia que viven las personas les permite verificar que ella no satisface sus necesidades y deseos profundos de Él, y de compartir con Él, que solamente se satisfacen dando y sacrificándose para bien por amor, como lo advierte la voz de la conciencia. Por ello, la infelicidad y frustración que acompañan a la abundancia, y acompañan al "crescendo" en aumentar y multiplicar actos, posesiones y consumos para satisfacer pasiones ambiciones, placeres y adicciones en alocada carrera sin sentido, cada vez más desesperadas, que lejos de satisfacer y calmar, aumentan la frustración y la urgencia por más para mitigar el dolor que la creciente exigencia insatisfecha genera. Se halla así creciente infelicidad, vaciedad y frustración, que son lo opuesto a lo que se busca.

Él espera en silencio hasta que todos los medios que Él pone para generar, realizar, redimir, santificar y salvar a sus hijos cumplan su efecto final de bien pleno y eterno. Él sabe que lo logrará, y espera que sus misteriosos caminos lleven a sus hijos a compartir con Él plena y eternamente, a pesar de los tropiezos, y gracias a sus esfuerzos para superarlos, que permiten a sus hijos unirse a Él en el sacrificio redentor, aceptándolo.

En todo momento Él habla a todas las personas a través de la voz de sus conciencias. Quiénes optan contra Él, reemplazándole por sus caprichos y por la idolatría de lo inmediato (atracciones, intereses, posesiones, pasiones, ambiciones, placeres) son advertidos por esa voz de que van contra su fuente y fin, contra sí mismos, contra realidad y bien, en que se sostienen, y contra la consistencia en la unión con Él y entre sí.

Esto es vivido como conciencia del mal, mentira, culpa, clandestinidad, ilegitimidad, patología y muerte. Quienes buscan eludir la conciencia de estos problemas, e ignorar los problemas de contradicción, dolor, frustración, fracaso y molestia derivados de tal advertencia, caen en la consistencia espuria, que busca engaño, mentira y contradicción para simular consistencia, vistiendo la inconsistencia de consistencia.

Esta contradicción que va contra lo que la persona es y tiene, es denunciada por Él a través de su voz en la conciencia. Él todo lo ve, genera y sostiene, por encima de las personas, y lo habla en las conciencias. Por ello quién opta contra Él sufre, pues no puede evitar la conciencia de la contradicción. Este sufrimiento tiene un fin de bien, advirtiendo e invitando a corregir y enderezar caminos y conductas interiores y exteriores, y a optar solamente por Él, solamente dando y compartiendo bien y vida.

La consistencia vale viviéndola y practicándola, interior y exteriormente, siguiendo su voz en las conciencias aplicándola en todas sus conductas y vida interior y exterior. El bien que puede hallar y hacer cada persona deriva de su escuchar, aceptar y seguir a Él según la voz de su conciencia. Esto es consistencia, aceptando dejar hacer a Él, sin interferir con sesgos impuestos por otros señores -extraños e intrusos- que no se conocen por su dar bien por amor.

⁵ Durkheim, Emile, *Suicide: A Study in Sociology* (New York: Free Press, 1966), p. 309.

No solamente se oye la voz de Él en la propia conciencia, sino en la voz que oyen los demás en sus conciencias. Por esto el rey Herodes escuchaba a San Juan Bautista quién le advertía sobre la ilegitimidad de tomar la mujer de su hermano.

Eso refleja la responsabilidad de las personas de cooperar con Él llevando su voz y guía no solo a sí mismas sino a otros, para cooperar así en completar la obra de bien de Él, con los buenos ejemplos, palabras e influencias, y luchando contra lo contrario.

2. Relativismo y relacionismo⁶

a. Los seres son relativos y limitados, por su unión absoluta a su fuente y entre sí, cada uno en su lugar.

Los seres están relacionados entre sí en una relación de unión que deriva de su unión con la unidad que los origina. Esta afirmación no es relativista sino relacionista.

Todos los seres son relativos, pero su ser relativo es absoluto, dentro de sus límites, pues está construido sobre el absoluto, que genera, sostiene y realiza a los seres al relacionarlos con Él (su fuente) y entre sí, en los límites que los contienen, y en los contenidos de realidad, vida y bien, que se dan en ellos con absoluta firmeza.

De este modo los seres son relativos – a Él y entre sí – y limitados, pero con apoyo absoluto, al ser y tener por su relación con Él - quién es absoluto, por encima de todo límite -, quién se comparte a ellos al unirlos a Él y entre sí en relación que se llama consistencia y se manifiesta en verdad y bien, con leyes infalibles que protegen los dones de Él, quien es absoluto y sin límites.

Él, al darse a los seres, los genera, sostiene, realiza y ajusta de modo estricto y absoluto en la unión con Él y entre sí, unión que da a los seres el cimiento firme incommovible de bien y verdad, que se refleja en la validez de las leyes de realidad, ciencia, ética y filosofía, leyes de realidad, verdad, bien y vida que llamo de consistencia.

Él eleva a sus hijos a Él y comparte con ellos, al ponerlos en relación de unión con Él y entre sí.

Lo relativo no es absoluto, la unión y sus frutos sí, pues dentro de sus límites son generados de la mano firme y perfecta de Él, quién da bien y verdad a cada ser, dimensión, relación y hecho, en su lugar dentro del concierto de la realidad.

La consistencia abarca las relaciones existentes entre las partes de la realidad, aún cuando el conocimiento de tales relaciones sea solo parcial y progresivo.

⁶ En *Overcoming Modern Confusion: Consistency and Choice*, University Press of America, Lanham, 1999) traté el tema “Relacionismo y Relativismo”, en relación a la consistencia.

El concepto de consistencia da el punto de referencia que permite ir distinguiendo lo verdadero de lo falso, lo existente de lo ficticio así como lo bueno de lo malo, y da sentido al esfuerzo de ir superando las contradicciones, que permite ir integrando el conocimiento de la realidad.

Esta realidad existe y se puede ir avanzando gradualmente en su conocimiento. La capacidad de consistencia permite a las personas reconocer sus limitaciones, y a pesar de ellas, tratar de conocer y comprender progresivamente al mundo que las rodea. Si este conocimiento se contradice con la realidad, no cumple con su fin.

b. Responsabilidad de conocer, amar, servir y gozar con Él, a Él y a sus hijos.

La vivencia y “conmoción” en la unión y consistencia es lo más interior y cercano de cada persona, y le genera la responsabilidad de reconocer, amar, servir y gozar a Él y a sus hijos en dicha unión, trabajando con Él en construir, cultivar y cuidar bien, verdad y vida.

Él tomó y toma infinito cuidado y esmero, con amor y perfección, para unir en bien, verdad y vida hasta el último detalle de cada célula, átomo, energía y función de existencia, vida y bien, en lo físico y espiritual. Nada descuida Él. Cada persona lo experimenta en su existencia, bien y vida, y más cuanto más se esfuerza por conocer y aceptar a éstos.

Él invita a sus hijos a compartir y cooperar con Él en su obra, sentándose a su mesa y banquete de dar, amar y felicidad, con Él y como Él, ya en aceptación limitada y transitoria desde la tierra, la que después será plena y eterna.

c. Contradicción del “todo vale” y “nada vale” del dogma relativista. Consecuencias.

Tal obra de Él, e invitación a sus hijos, es lo opuesto al “todo vale” o “nada vale”, a que invita la fácil proclama del dogma relativista, que sin fundamento alguno erige en cimiento absoluto al juicio que niega al absoluto, removiendo el cimiento sobre el cual pretende apoyarse, y que pretende usurpar.

Ese “todo vale” parte de menospreciar y rechazar a Él, de quién todo se recibe, quien da con infinito amor y cuidado, afirmando que su don y ley de bien, verdad y vida es un fraude y una mentira – calificándolo incluso de “opio del pueblo” -, y pretendiendo erigir ídolos para reemplazarlo, en una grotesca y trágica fiesta de destrucción, frustración y muerte.

Esa actitud contra Él toma como absolutos al propio ego y sus posesiones, apegos, impulsos y atracciones inmediatos –que lo enceguecen y esclavizan- a los que pretende aferrarse, renegando de Él – quién es antes, después, más allá, y dentro de cada ser – y de sus dones de bien, verdad y vida. Se pretende erigir idolátricamente a los primeros en autoridades, por generación espontánea. (En 1d. se presentó una lista de algunos de los sustitutos con que se pretende reemplazar a Él).

Se toma a lo recibido como principio, fin y sostén, autosuficiente, despreciando y traicionando a quien lo da, pretendiendo que es bueno lo que la persona considere bueno porque ella así lo manda, arbitrariamente, sin fundamento, guiada por pasiones, apetitos, atracciones y apegos, que se contradicen entre sí, con verdad, bien y vida.

Se reemplaza con ello el agradecer, cultivar y cuidar bien, verdad y vida recibidos, generados por Él y dados y compartidos a sus hijos en la unión con Él y entre sus hijos. Se desprecia estos valores para caer en contradicción, conflicto y destrucción, en mal, mentira, y muerte, que solamente se superan por la misericordia redentora, santificadora y salvadora de Él.

d. Consistencia genuina irrestricta y capacidad para servirla, o para negarla sin sentido ni respeto.

La consistencia real, irrestricta o genuina conecta todo con todo, en mutua relación de interdependencia, integrando la variedad por la unidad, en la unión de Él con sus hijos, y de éstos entre sí. La capacidad de consistencia permite descubrir, amar, servir y gozar esa integración y contribuir a ella, según el fin último y misión de las personas que expresa su ser, razón de ser y deber ser.

La consistencia abarca todas las relaciones existentes entre los seres. Aún cuando el conocimiento de tales relaciones de unión en verdad y bien sea solo parcial y progresivo, la unión e integración puede evaluarse y se puede trabajar para mejorarla, sirviendo a ser, vida y bien.

La verdad de los principios y criterios deriva de la unión con Él o consistencia, base de lo subjetivo y objetivo. Quién afirma como verdadero que la verdad no existe reconoce el orden omnicomprendido superador de contradicciones, y pretende que su afirmación (de que la verdad no existe) se apoya en este orden al que niega, y rechaza que se le contradiga, sin considerar que si nada es verdad no tiene sentido afirmar tal cosa, ni defender una afirmación y rechazar otra.

El relativismo parte de la afirmación absoluta de que nada existe y nada es absoluto, sin respetar a los seres, sus relaciones – sin sesgos, privilegios y exclusiones - el lugar que a cada uno corresponde, y la base absoluta que los genera, sostiene y realiza.

e. Importancia del uno integrador para bien y verdad. Aceptar y cooperar sumando.

Por ello las Sagradas Escrituras y la religión natural dan tanta importancia a amar, servir y gozar a Dios – primer principio y último fin -, y por Él a sus hijos, poniéndolo como primer mandamiento.

El trabajo sobre la consistencia tiene como uno de sus puntos centrales analizar, refutar y contrarrestar el relativismo, sus raíces y sus frutos.

Desde sus primeros momentos las personas saben que todo está integrado por la unidad, y los sentidos exteriores e interiores aportan las vivencias que son materia prima para

unir, descubriendo, interpretando, amando, sirviendo y disfrutando la integración de la consistencia.

Reconocer la consistencia implica aceptar la ilimitada complejidad de dimensiones, relaciones, hechos y sistemas a través de los cuales la unidad integra la variedad y aceptar esta unión e integración absoluta y firme, que vence toda contradicción y mal. A través de la capacidad de consistencia los seres humanos se vinculan desde el primer momento a Él – uno integrador – y son invitadas por Él a dedicar toda su vida al esfuerzo incansable de conocer, amar, servir y gozar a Él – quién todo lo genera por unión - y por Él a sus hijos, que son generados, sostenidos y realizados por esa unión e integración en bien y verdad.

El realismo es relacionista no relativista, y considera que realidad y verdad existen, en seres idénticos a sí mismos, unidos a Él y entre sí, sin contradicciones, cada uno en su lugar según estas relaciones (con Él y entre sí), pudiéndose avanzar gradualmente en su conocimiento, amor, servicio y alegría, guiados por la unidad integradora. Relaciones y seres se refuerzan y complementan entre sí, sin contradecirse.

El sentido de un ser o hecho se conoce analizando su relación de unión con Él –que es su cimiento-, analizando su relación de unión con el resto de los seres, insertando a todos en el sistema integrador de la realidad. Los símbolos, palabras y expresiones se interpretan en función de ese sentido, analizando a los seres en sus dimensiones, relaciones y tipologías implícitas.

f. Los frutos del relacionismo consistente, y los del relativismo.

Los avances humanos se basan en la fe en la existencia de la unión de los seres en bien, verdad y vida, y en amar y servir a los seres trabajando para su bien y alegrándose con él. Si se rechaza a Él, a los seres, y a su verdad y bien, no hay base para desear fines constructivos y para avanzar hacia ellos, y se es presa de la tiranía de los impulsos y sus contradicciones ciegas y destructivas.

Los seres humanos guiados por la unión o consistencia suman para bien, verdad y vida, en amor, paz y humildad, haciendo con y como Él, dejando a Él vivir y hacer en ellos, cooperando con Él, obrando para cooperar con Él en continuar, bien, vida y verdad que Él dio y da a cada ser. Con esfuerzo, sacrificio y alegría, negándose a sí mismo cargando su cruz y siguiendo a Él, manso y humilde de corazón. En cambio, guiados por el relativismo restan, en una guerra de toda persona contra toda otra persona y contra sí misma, en la destrucción de la contradicción.

Por su fruto de bien, verdad y vida se conoce la consistencia. Por su fruto opuesto se conoce la contradicción de inconsistencia y relativismo.

El valor de la consistencia es dado por Él, y con Él cooperan sus hijos cuando aceptan su invitación a que Él haga en ellos, amando, respetando, sirviendo, reconociendo y disfrutando a Él, y por Él a sus hijos, en todos los aspectos y relaciones de realidad, verdad y bien, derivados de la integración de la variedad por la unidad.

El relacionismo estimula a conocer, amar, servir y gozar, esforzándose para tener en cuenta todos estos sagrados seres y dimensiones y sus relaciones de unión, generadas por Él para unir sus hijos a Él y entre sí, para que ellos avancen progresivamente, con humildad, respeto y amor, reconociendo la propia nada y limitaciones, y que todo lo aporta Él.

Sus hijos son invitados a cooperar con Él haciendo con Él y como Él, aceptando que sea Él quién haga en ellos y a través de ellos, generando buenas y mejores decisiones, conductas, hábitos y sistemas personales y sociales, en incansable esfuerzo, buscando la plenitud eterna perfecta, que solamente se consumará luego de aceptarla y prepararla en la vida terrena y temporal.

El relativismo no estimula este avance, al negar de modo absoluto su posibilidad, negando a Él y a sus dones de ser, verdad, vida y bien, que se generan por la unión con Él y entre los hijos, o consistencia, superadora de contradicciones. Tal superación solamente se alcanza reconociendo, amando, sirviendo y gozando a Él y por Él a cada ser en su lugar, límites y relaciones, dados por sus relaciones de unión con Él, y en consecuencia de unión y complementación de bien entre los seres. Por ello el relativismo impide a las personas hacerse libres por la verdad y fuertes por el amor.

La consistencia, por encima del relativismo permite descubrir, amar, servir y gozar lo verdadero, bueno, legítimo y éticamente valioso, con la libertad de la verdad y la fuerza del amor. No depende de la aprobación de personas o modas, ni de caprichos, impulsos o apetitos, sino de Él, quién todo lo genera, sostiene y realiza, a través de la unión de los seres con Él y entre sí, revelada por Él a las personas en el ámbito profundo e invisible de la conciencia, que permite vivenciar que quiénes nada son por sí mismos reciben todo bien de Él, por amor, lo que comparten con Él y entre sí dando a su vez bien por amor. Cuentan con esta base firme, absoluta e invencible, que es el gran regalo o don que reciben.

Ello permite a las personas compartir, comunicarse y debatir sobre qué es bueno, verdadero, real, merece y vale la pena, y cooperar en conjunto para servir estos valores de desarrollo y realización personal y social.

VII. LA GUÍA DE LA CONSISTENCIA EN LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

1. Qué ven las personas en su interior invisible, desde niños

Las personas, desde niños, descubren (ven y escuchan) en sus conciencias, en su interior, la voz de la conciencia, que interpreta la realidad y su experiencia, y las invita diciéndoles que:

-Ellas, y quiénes las rodean, son, viven y tienen por haberlo recibido, y por seguir recibiendo y siendo sostenidas. Son conscientes de que ni ellas ni quiénes las rodean tienen capacidad para originarse, sostenerse y darse un fin a sí mismas, ni para realizarse por sí mismas.

-Reciben de alguien que es superior, de quién ellas no pueden conocer límites, ni rasgos – que no los tiene, pues no es limitado como ellas -, pero saben que desea su bien y que las ama, lo cuál Él manifiesta al darles el bien que ellas tienen, que todo es recibido de Él, bien que tiene bases firmes para haber superado la nada y las ilimitadas complejidades de la variedad en la cual Él tejió ser, bien y vida de cada persona y ser en la evolución de las especies y del universo, y en la profundidad de la vida espiritual, cultural, social y específicamente humana.

-Quién les da lo que son y tienen las trata como a hijos, al invitarlas a hacer con y como Él, al darles capacidad para servir al bien, a la verdad y a la vida, consciente y libremente, conociendo, amando, sirviendo y gozando, como Él lo hace, cooperando con Él en generar, sostener y realizar el bien.

-Esta capacidad las mueve a valorar bien, verdad y vida, y a amar, conocer y servir a los seres para su bien, y ser felices al experimentar el bien de ellos y el contribuir a él, e infelices al no hacerlo, sintiendo en este último caso que interrumpen el flujo de bien y dar de que son beneficiarios intermediarios y corresponsables, en lugar de cumplir con su fin y responsabilidad de contribuir a Él.

-Quién les da es por encima de todo lo que son los seres que de Él reciben. Éste es por lo tanto absoluto, infinito, sin límites, perfecto, santo, principio, fin y sostén de todos los seres, cimiento firme de todos. A Él todo le deben.

-Ser fiel y leal a Él implica responder positivamente a la inspiración interior que Él genera al invitarlos a aceptar todo lo que Él da, a agradecerlo, y a contribuir a realizarlo, en bien, verdad y vida propia y de otros. Tal invitación la lee su conciencia en los dones que reciben.

-Aceptar esta invitación es deber, obligación y responsabilidad de las personas, gobernadas por la ley espiritual, ética y moral, que Él establece para beneficio de ellas, quiénes de Él reciben todo, y por el camino que traza esa ley aceptan ascender con Él a su banquete de dar por amor en plenitud eterna.

-Esto es parte de la relación que la persona tiene con quién todo le dio, quién no dejó sola a la persona, sino que le habla y escucha desde su interior invisible, a través de lo que se llama conciencia.

- Él habla y escucha a las personas desde el primer momento, de modo permanente y para siempre.

- Él escucha además de inspirar pues la vida interior es la capacidad de la persona no solamente de recibir los mensajes de Él, sino de generar y enviar mensaje, dirigidos a Él desde su primer contacto con Él, en especial mensajes de aceptación a Él, desde que surge la vida interior, la cual ya es diálogo con Él, compartiendo con Él en la vida espiritual, haciendo y viviendo en unión con Él y también generar mensajes dirigidos a sí mismo y a los demás, y recibir mensajes de otros.

-Esa voz interior ayuda a la persona a leer en la realidad y en la experiencia, mostrándole que si ella obra sirviendo a bien, verdad y vida generará para ella y para otros efectos como los que a ella benefician, por recibirlos de Él, y obrará como hijo y amigo de Él, cooperando con Él y con sus hijos, todos unidos por amor.

-Por lo tanto la persona sabe que ella es responsable de sus actos, que tiene conciencia y libertad para procurar poner los medios a servir los fines de bien, verdad y vida, y para prevenir, evitar y combatir sus opuestos: mal, mentira y muerte, esforzándose para ello.

-Entre las personas que las rodean hay quiénes respetan y sirven bien, verdad, vida y justicia, y les proporcionan referentes, modelos, ejemplos e influencias positivos, de lo que ellos deben hacer, coincidiendo con lo que leen en sus conciencias. Si aceptan ese apoyo recíproco de bien, creciendo en conjunto, comparten y cooperan con quién todo les da, haciendo con y como Él, uniéndose a Él con simplicidad, y uniéndose entre sus hijos para el bien.

-Son así invitadas por su conciencia y por el buen ejemplo (que otras personas obran siguiendo la guía de su conciencia) a dar bien por amor, haciéndolo cada vez más y mejor, sin sesgos, privilegios ni exclusiones.

-La voz interior invita a las personas también a evitar las afirmaciones absolutas y posturas y acciones de arrogancia, jactancia, desafío, trasgresión, orgullo, irritación, agresión, violencia, injusticia y mal, bajo el pretexto del relativismo, y de complicidades y complacencias sin fundamento, que se erigen como torres de Babel que llevan a la destrucción por la contradicción. Pues ellas dependen de Él, de quien todo lo reciben, quien es la única autoridad, y fuente de toda afirmación o acción buena, válida y legítima.

-De ese modo la voz interior invita a las personas a dedicar sus vidas a luchar por bien, verdad y justicia, con amor, unión, integración y complementación armoniosa, con especial énfasis en servir a las personas más cercanas, puestas bajo su especial responsabilidad, por ser aquéllas sobre quiénes más influyen, y quiénes más influyen sobre ellas, y a quiénes naturalmente prodigan más cariño.

2. Cómo escuchan esta voz

-Cada persona escucha este mensaje leyéndolo en la realidad y en su conciencia, en las que se manifiesta Él quién es ese alguien que les da ser, vida y bien, y dentro de su interior les da la conciencia que les permite ver amar, servir y gozar a Él y a su obra en el interior invisible, inmaterial y espiritual de cada persona para beneficio de todos. Esta capacidad es el alma espiritual, conciencia, o conjunto de facultades superiores, de conocer, amar, servir y gozar, con conciencia y libertad.

-El alma espiritual o conciencia es la capacidad de relacionarlo todo con alguien (Él) que es por encima de todos los seres, quiénes por Él son, y nada son sino por Él, quién todo les da al unirlos a Él e integrarlos entre sí.

-Por lo tanto ese alguien no puede caracterizarse por los límites, rasgos o aspectos con que se caracterizan quiénes en Él se originan, apoyan y nutren.

-Por lo tanto Él no es un ser más, parte de una variedad o pluralidad, sino fuente y fin de ella. En lenguaje humano lo concebimos llamándole uno y único, fuente y fin de toda unión genuina.

-Por lo tanto Él es uno, sin límites, absoluto, superior, perfecto, principio, fin y sostén de todos los seres, aspectos y relaciones de la realidad.

-Que el desea el bien de sus hijos, y se lo da, se manifiesta en el bien de que gozan los seres, quienes a Él lo deben todo.

-Cualquier desviación del camino del bien en que Él pone a sus hijos va contra lo esencial y básico de la capacidad humana espiritual, que es la de unir todos los seres a Él, integrándolos entre sí en amor, conocimiento, servicio y gozo de bien, verdad y vida.

-Dicha desviación desperdicia el ejercicio de la facultad superior, yendo contra sus fines, que son bien, verdad y vida de quién ejerce la facultad superior y de sus hermanos.

-Se tiene esta facultad para hacer rendir fruto a los dones de bien, verdad y vida de cada persona y de todas. Solamente esto motiva y satisface a la persona y a su facultad de desear, amar, alegrarse, hacer y conocer.

-Pues ese servicio al bien, verdad y vida es el fin, misión y función de compartir con Él, que tienen las personas. Por esto están dotadas de sus facultades espirituales de conciencia y libertad.

3. Capacidad de unir e integrar

-Las personas tienen la capacidad espiritual que es la de unir o integrar, a partir de su funcionamiento interior. Si esa capacidad es ejercida haciendo rendir fruto a las oportunidades, posibilidades y caminos que ella abre, lleva a las inferencias e implicaciones constructivas y beneficiosas que se acaban de indicar, a partir de su experiencia sobre la realidad, y de su fuente, sostén y fin, primero y último, que las

personas infieren a partir de esa experiencia, y aplican en amor, voluntad, conocimiento, servicio y gozo.

4. Inferencias y acervo acumulado

-Las personas pueden realizar estas inferencias gracias a sus conciencias, ayudadas por las inferencias que los demás hicieron y hacen a partir de sus respectivas conciencias, cuyo contenido y legado se comparte a través de la sociedad, la cultura, las costumbres, la educación, la interacción y la comunicación, en especial en la familia y en la comunidad.

-Aún cuando cada persona no exprese en palabras estas inferencias, ni las haga explícitas, la conciencia le va dando las pautas, mensajes y claves para que las vivencie, viva y cumpla si así lo decide.

5. Criterios y avances

-Estas inspiraciones de la vida interior llevan naturalmente a científicos y a quiénes aplican su sentido común a aplicar la consistencia como criterio para establecer el valor y validez de una información, afirmación, investigación, indicador, conclusión o plan; así como el valor de un amor, deseo, pensamiento, sentimiento, conducta y hábito.

-Para tal fin se va avanzando por aproximaciones sucesivas y con método en la búsqueda de realidad, verdad y bien, tomando en cuenta lo más y mejor posible todos los hechos, dimensiones, informaciones y elementos de juicio disponibles, a efectos de considerar como plausible aquella afirmación, conclusión o teoría que sea consistente y no contradictoria con cada uno de ellos y con su conjunto.

-De ese modo el criterio y principio de consistencia se emplea por científicos, profesionales, especialistas y legos como patrón para decidir sobre verdad, bien, justicia, validez, valor y sentido, de informaciones, afirmaciones, acciones, decisiones, hechos, deseos, pensamientos, sentimientos, actos, hábitos, organizaciones, planes, estrategias e instituciones.

6. ¿Por qué trabajar sobre consistencia?

-Esto justifica emplear la capacidad espiritual de acuerdo a su fin, para aumentar la consistencia en todas las conductas interiores y exteriores, personales y sociales, dando bien por amor, para desarrollo y realización humanos y sociales, elevando la calidad de vida, en la línea de bien, vida, verdad y justicia.

-Y justifica poner al servicio de la consistencia, para el bien común, la investigación, el método científico, y todos los medios, en todas las áreas de la actividad humana, trabajando no solamente en la unión e integración de conocimientos y medios para los fines de bien, sino en la unión e integración de personas y sociedades, en bien, amor, paz, armonía, cooperación, solidaridad y concordia, para bien de todos,

complementándose y beneficiándose recíprocamente, considerando que todos son igualmente hijos de Él, quién todo les da, y a quien deben amar y servir en primer lugar.

VIII. SÍNTESIS DEL ARGUMENTO SOBRE LA CONSISTENCIA.

Esta es una breve síntesis para facilitar la comprensión sobre lo que aquí se llama consistencia.

Consistencia es la unión e integración – con Él (llamado Dios) y entre sí - que subyace a la variedad de los seres. Se manifiesta en lo que es llamado realidad, verdad, bien y vida que Él da por amor a sus hijos y motiva a éstos a aceptar dando. Para ello se reconoce, ama y sirve, la unidad subyacente a la variedad en ciencia y en el desarrollo social.

En esta publicación se presenta un trabajo de diálogo entre consistencia, filosofía, pensamiento, conducta y vida.

La consistencia motiva a buscar conocer, amar, servir y gozar la unión subyacente a los seres – y sus leyes y principios -, en un solo sistema generado por la unión con Él, principio, fin y sostén absoluto, de todos los seres, que se manifiesta en la unión entre éstos.

Tal unión subyacente es el único criterio que mueve a tal búsqueda, y la guía innata en la conciencia.

En este criterio de unión, superador de la contradicción, al alcance de todos, para construir verdad y bien, y superar el mal, se fundan conocimiento, amor, servicio y gozo de verdad, bien y vida, método, ciencia y plausibilidad. Se lo hace explícito con la esperanza de que ello ayuda a aplicarlo más y mejor.

Cuestiona y evalúa supuestos, hábitos y construcciones, y trabaja para superar limitaciones con juicio crítico y precauciones inspiradas por Él en la conciencia, para desarrollo y realización, y para superación de problemas humanos, personales y sociales.

Se comparte con Él su absoluto sin límites, dentro de límites. Dando, compartiendo y cooperando con y como Él, lo que de Él se recibe, siendo uno y dando dentro de límites. Quién recibe de Él solo le conoce por su dar, y por eso le llama Él.

La primera evidencia y certeza sobre Él -quién da ser, bien y vida, uniendo, generando, sosteniendo y realizando por unión- lleva a buscar unión en conocimiento (avanzando en comprensión, explicando excepciones, etc.), amor, servicio y gozo.

Solamente Él satisface la vida interior, que es saber que sin Él – quién da - no se es, y aceptarlo en amor, servicio y gozo, apoyándose en el piso firme de identidad y no contradicción que Él da.

Lo que se es se tiene al darlo y compartirlo con amor y humildad. Así lo tiene Él, al generarlo para darlo a sus hijos, y así lo tienen ellos, al recibirlo con amor y humildad y al darlo y compartirlo con Él y con sus hermanos. Lo demás es nada. La de dar y compartir es la prueba terrena que acepta y prepara la plenitud eterna. El es y se da. Lo que es es lo que Él da a sus hijos y a través de ellos. Lo no dado no es. La unión en que

bien, verdad y vida se generan, sostienen y realizan es unión de dar por amor: Da Él a sus hijos y a través de ellos, con su aceptación y cooperación.

En la unión con Él, dentro de sus límites, los seres ocupan su lugar aceptando su invitación a recibir dando y compartiendo con Él y con sus hijos en amor y paz, aceptando que Él lo haga a través de ellos, sin pretender reemplazarlo

La evidencia primera y cierta que no necesita probarse y es criterio básico para toda prueba es la unión con Él y entre sus hijos en dar y compartir en realidad, verdad y bien aceptando con el alma o conciencia que Él haga en sus hijos.

La unión con Él y entre sus hijos es inferida de la experiencia de lo que es llamado realidad, verdad, bien y vida, frutos de esa unión que Él genera, y permite imaginar y aplicar analógicamente a Él –en términos superiores, infinitos y absolutos- las mejores cualidades de esos frutos.

La conciencia vivencia el sentido y valor profundo de la vida al aceptar y abrirse a Él, uniéndose a Él, compartiendo y cooperando con Él, quién sacia la sed humana de paz, en la vida interior o guía de la conciencia, clave de todo, sin contradicción alguna.

Desde el primer encuentro de unión y aceptación la conciencia vivencia a Él como base primera que une con Él y entre hermanos. Consistencia (por sobre inconsistencia y contradicción) es criterio primero y último de realidad, verdad, bien y vida.

Él se manifiesta por dar y darse en unión de verdad, bien y vida, compartiendo con sus hijos sin reservas ni sesgos, con sacrificio y alegría, invitándolos a seguirle. Lo que los hijos dan por amor queda en manos de Él, quién lo da a través de ellos, y es compartido eternamente con Él de quien sabemos por lo que da. Los acompaña por toda la eternidad, es la única propiedad que permanece, como prenda de unión con Él, quién da compartiendo sin menguar su plenitud, invitando a los hijos a dar creciendo, menguando y superando lo que limita.

Él da y se da como Padre, Hijo y Espíritu Santo en cada detalle de realidad y vida, en la cruz, y en la conciencia.

Al amar y dar por amor se hace propio el bien del ser amado, deseándolo y sirviéndolo, alegrándose con Él, recogiendo y elevando -en lugar de desparramar- atesorándolo plena y eternamente en manos de Él, quién lo da, y de los hijos a quiénes lo da y a través de quiénes lo da, en manjar eterno de desprendimiento por amor.

Él da a sus hijos, invitándolos a dar con Él, dando Él a través de ellos, compartiendo con ellos, dentro de sus límites, en positivo, guiándolos en sus conciencias.

Él da a sus hijos unidad e identidad sagradas e inviolables haciéndolos compartir y cooperar con Él, absoluto sin límites, de modo que sean como Él, dentro de sus límites, sin contradicción, al aceptarle, aceptando ser uno con Él.

La ley de unión complementa a los seres entre sí en adaptaciones de dimensiones, relaciones y contenidos en la evolución de realidad, vida y bien que Él genera, sostiene

y realiza, y sus hijos aceptan compartiendo y cooperando con Él en dar, con la sencillez del niño, elevándose hacia Él.

La felicidad es la complacencia con la unión con Él en bien, vida y verdad, al aceptar su invitación a compartir con Él, satisfaciendo así las necesidades y deseos más profundos del ser, dando y dándose por amor con humildad, colmando el ciclo de la transición terrena y aceptando la plenitud eterna de dar por amor.

Es importante aceptar y no rechazar la invitación de Él, y no pretender reemplazarle en la consistencia espuria.

La consistencia espuria rechaza la invitación de Él a compartir y cooperar con Él en la unión de dar, intentando reemplazar a Él con ídolos que llevan a fracaso y frustración, por separación, contradicción y desprecio de sus dones que pretenden usurpar usurpando el lugar de Él para quitarlos en lugar de darlos. Se separa así sirviendo mal, mentira y muerte, en lugar de unir, dando bien por amor con y como Él.

Rechazar a Él es negar lo que se afirma, que solo puede sostenerse en Él, quién no necesita ser sostenido y todo lo sostiene. Es negar valor a lo que se recibe, al negárselo a quién lo da, pretendiendo fundar en la nada la negación a Él, quién es fundamento de todos los seres. Rechazar a Él es negar el valor de quién rechaza, y el valor del rechazo mismo, pues se niega la base en que se apoya, única en que puede apoyarse. Es rechazar lo único que se necesita y desea, negándose a aceptarlo dando bien por amor. La conciencia advierte esa contradicción y pérdida, con el dolor más profundo, que la consistencia espuria pretende eludir disimulándolo con la mentira y el relativismo, para solo caer en nada, mal y muerte, que Él vence con sus llamados a la reconciliación, que ofrece desde su cruz.

Los ídolos con que se pretende reemplazar a Él son desviaciones de los medios recibidos para darse con amor con y como Él, aceptando a Él. Así se idolatran lo material, violencia, poder, éxito, dinero, posesiones, riqueza; modelo de intercambio económico, competencia, gratificación, impulso sexual, placer y adicciones; prestigio, vanidad, arrogancia, soberbia, omnipotencia, jactancia, prepotencia; egoísmo, odio, envidia, celos, perversión, irritación, superioridad, ambición, pasión, dominación y explotación; trasgresión, traición, infidelidad, injusticia, provocación, agresión, crimen, burla, desprecio; idolatría de ciencia, tecnología, matemáticas, cálculo; relativismo; apropiación indebida, ocupando el lugar que no corresponde generando ceguera, esclavitud y muerte, a lo rey Midas.

Él permite el mal para bien: para invitar a sus hijos a compartir en el esfuerzo para vencerlo en la cruz, negándose a sí mismos, dando por amor, mansos y humildes de corazón. Invitándolos sin descanso a unirse a Él superando la consistencia espuria que les invita a eludir y distorsionar la voz de Él en la conciencia.

Los sesgos, que no aceptan compartir con Él, y separan de Él, sometiendo a los ídolos con que se lo reemplaza, son extraños e intrusos que se apropian ilegítimamente de sus dones, al emplear la capacidad de unión (o consistencia) contra ella, en contradicción, al retener lo recibido y apropiárselo en lugar de darlo por amor, en lugar de dejar que Él lo dé a través de sus hijos.

La voz de la conciencia de una persona es escuchada por otras cuando ésta la comparte y comunica a sus hermanos por el ejemplo y la palabra, siendo fiel a aquella voz. Al hacerlo da bien y vida para desarrollo y realización humanos y sociales, sirviendo fines últimos con medios eficaces.

Unión con Él y entre sus hijos o consistencia se vive y practica aún sin conocer o usar esta expresión, cuando se acepta a Él, aceptando que Él de bien por amor a través de sus hijos, “dando de comer al hambriento”, etc., con lo que se está dando a Él con y como Él.

El criterio de unión o consistencia permite pensar, desear, sentir, decidir, hacer y construir al servicio de bien, vida y verdad, con validez, acierto y calidad, esforzándose en considerar y respetar sin sesgos a todos los seres que Él genera, sostiene y realiza, haciéndolo con profundidad, equilibrio, método, humildad, prudencia, perseverancia, sacrificio y alegría.

La consistencia se ve más allá de las palabras en las acciones y hábitos (interiores y exteriores) que se generan dando y dándose al servicio de verdad, bien y vida, en unión y complementación, aceptando con conciencia y alegría que Él haga en las personas según sus conciencias, esforzándose por cerrar todo resquicio que separe de Él y de los hermanos.

El conocimiento descubre la unión de los seres (con Él y entre sí) en dimensiones, relaciones y sistemas que permiten integrar a seres, hechos o casos como manifestaciones de lazos más profundos de unión entre los seres, que derivan de Él y van hacia Él. Los seres y esos lazos se complementan y refuerzan entre sí para cumplir con la voluntad y ley de Él, quien es uno sin limitaciones ni divisiones, que vence toda contradicción. Razón, intuición, observación, sentido común, experiencia y práctica viven esta unión.

Las personas, quiénes nada son sin Él, son invitadas por Él a compartir a Él en la unión, clave de existencia, vida, bien y verdad. La experiencia humana une en un solo acto de amor, que incluye servicio, conocimiento, y gozo, a esa unión, que genera en el ser una conmoción que le estremece hasta sus raíces más profundas con la luz y el fuego de Él, que a todos genera, sostiene, realiza, mueve y motiva como primera y permanentemente experiencia de verdad, vida y bien que se vive escuchando su voz en la conciencia y siguiendo su guía.

El juicio crítico se esfuerza por llegar a Él y por Él a sus hijos, en unión sin sesgos, - como la que Él genera - evaluando todo paso según avance o no en la dirección de Él, principio, sostén y fin, aceptando dentro de la propia imperfección lo que Él da a sus hijos en perfecta unión sin sesgos. Para esto se mejora lenta y penosamente, cuestionando supuestos, hábitos y conductas - empezando por los propios - en términos de los fundamentos últimos, que se asientan en Él, avanzando hacia ellos por aproximaciones sucesivas, siempre a abismal distancia que efectivamente se acorta.

El enfoque de consistencia busca servir bien, verdad y vida uniéndose a Él y por él a sus hijos, superando contradicciones, idolatrías, ceguera y tiranía, esforzándose para emplear todos los medios disponibles para y preparar la plenitud eterna y para anticiparla dentro de los límites de la transición terrena.

Desde su infancia, las personas perciben lo que reciben de alguien superior, que las ama y trata como a hijos al invitarlas a compartir con Él, conociendo, amando, sirviendo y gozando a Él y a sus hijos, con y como Él, dando bien por amor, aceptando que él lo haga en ellas y a través de ellas, y escuchando y siguiendo su voz en sus conciencias.

La voz interior (o de Él en la conciencia) permite a las personas leer en la realidad a Él y a su dar bien y vida por amor, leyendo así a sus hijos unidos a Él y entre sí en el milagro del amor. Eso es leer y escuchar verdad, bien y vida, y aceptar la invitación a cooperar con Él en ese milagro de dar bien por amor. En esa voz se lee que Él, quién es por encima de todo límite, necesidad y necesidad de fundamento, es fuente, fin y sostén de todo ser, hecho, aspecto y relación de realidad, bien y vida en unión indivisible e invencible.

En su conciencia las personas escuchan sobre su responsabilidad de unirse a Él y entre sí, aceptando compartir y cooperar con Él en generar, sostener y realizar bien, verdad y vida, uniéndose a Él y entre sí, dando por amor, con humildad, sacrificio y alegría, con juicio crítico y autocrítica, reconociendo lo mucho que falta a sus hijos.

El sesgo es apartarse de Él. Al separarse se interfiere con su Voluntad. Al buscar reducir el sesgo se intenta menguar para que Él crezca, al crecer lo que une a Él, en consistencia, en una medida, aún cuando sea mínima o microscópica. Es humano luchar para avanzar en ello, por mínimo e imperfecto que sea el avance, por muchos y graves que sean los retrocesos.

El sesgo es desviarse de la voluntad y obra de Él, interfiriendo. Al menos con reducir sesgos se interfiere menos.

La ciencia procura trabajar para la reducción de los sesgos en el conocimiento de la realidad y de sus leyes; y la ética para la reducción de sesgos en el cumplimiento de los fines para los que las personas existen y viven.

Se trabaja para aumentar la consistencia, reduciendo los sesgos y obrando según lo que se sabe que es la voz de la conciencia, a través de la cual Él invita a hacer el bien y evitar el mal, haciendo y dando bien y vida y a través de conocimiento, voluntad, amor, servicio y alegría.

Desde el primer momento la persona sabe que no sabe nada, que ignora todo. Y sabe que necesita (y debe) trabajar para conocer y reducir ignorancia, y para así servir el bien y vencer el mal, aportando para cumplir su fin y misión, haciendo rendir frutos a los dones y talentos recibidos.

Para ello las personas necesitan esforzarse para evitar, reducir y combatir toda desviación o sesgo, que es toda imperfección o concesión a mal, mentira y muerte.

Es por esto que se insiste mucho en el enfoque y trabajo sobre la consistencia en que ella se esfuerce para aproximarse cada vez más – por poco que sea – a ser genuina o irrestricta, apuntando hacia ser coherente hasta las últimas implicaciones, luchando contra los sesgos que desvíen de ese camino.

IX. BIBLIOGRAFÍA

1. Asch Solomon, *Social Psychology* (Oxford: Oxford University Press, 1987).
2. Barton Allen, H., "The concept of Property-Space in Social Research", in P.F. Lazarsfeld and Morris Rosenberg, *The Language of Social Research*, (Glencoe, III: The Free Press, 1972).
3. Bevione G, *L'Argentina* (Torino: Fratelli Bocca, Editori, Milano-Roma, 1911).
4. Cohen M.R. and E. Nagel, *An Introduction to Logic and Scientific Method* (New York: Harcourt, Brace and Company, 1934), p. 9.
5. Coleman James, *The Foundations of Social Theory* (Cambridge, Mass: The Belknap Press of Harvard University, 1990), pp. 20-30.
6. Critto Adolfo, *The Sacred and the Expedient*, Ph.D. Thesis (Columbia University, 1963).
7. Critto Adolfo, "Presiones Sociales y la Conducta Antisocial del Menor", en *La Conducta Antisocial al Menor en Nuestro País* (Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Córdoba, 1963). pp. 33-34.
8. Critto Adolfo, "Factores Socioculturales en la Desnutrición del Lactante", en *Cuadernos de los Institutos* (Instituto R. Orgaz, Universidad Nacional de Córdoba, 1965). No. 85.
9. Critto Adolfo, *Decisión, Razón y Desarrollo* (Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 1969).
10. Critto Adolfo, "Investigación Integral de Comunidad: Barrio Maldonado", en *Cuadernos Argentinos de Sociología* (Universidad Católica Argentina, 1969). No. 1.
11. Critto Adolfo, *El campo y la Ciudad después de la Migración Campo-ciudad en Córdoba* (Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1969).
12. Critto Adolfo, *Factores Sociales, Psicosociales y Culturales en la Salud* (Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires, 1971).
13. Critto Adolfo, *Observaciones sobre el Factor Social y las Decisiones en el Desarrollo Argentino* (Universidad Nacional de Córdoba, 1973).
14. Critto Adolfo, *La Comunidad Frenada* (Buenos Aires: Paidós, 1977).
15. Critto Adolfo, "Ideas Introductorias a la Política Social", en *Revista de Política Social* (Universidad Nacional de Córdoba, 1982). Vol. 1, No 1 (1982).
16. Critto Adolfo, *Método Científico en las Ciencias Sociales* (Buenos Aires: Paidós, 1982) pp. 17-32.
17. Critto Adolfo, *Choosing Models of society and Social Norms* (University Press of America, Lanham, 1999).
18. Critto Adolfo, *Overcoming Modern Confusion: Consistency and Choice* (University Press of America, Lanham, 1999).
19. Critto, Adolfo. *Consistencia, Ser Coherente* (Educa, Buenos Aires, 2000).
20. Durkheim Emile, *Suicide: A Study in Sociology* (New York: Free Press, 1966). p. 309.
21. Festinger Leon, *A Theory of Cognitive Dissonance* (New York: Harper, 1957), p. 3.
22. Freud Sigmund, "Letter to Wilhem Fliess, 10 March 1898", in *The Origins of Psycho-Analysis: Letters to Wilhelm Fliess, Drafts and Notes* (New York: Basic Books, 1954), p. 246.

23. Goldenweiser Alexander A., "The Principle of Limited Possibilities in the Development of Culture", in *Journal of American Folklore*, Volume 26 (1913), pp. 259-290.
24. Granovetter Mark, "The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited", in Peter V. Marsden and N. Lin, eds., *Social Structure and Network Analysis* (Newbury Park, Cal.; Sage, 1982), pp. 105, 107.
25. Heraclitus, *Heraclitus on the Universe* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1979), p. 483.
26. Hirschman Albert O., ed., "Ideologies of Development in Latin America", in *Latin American Issues* (New York, The Twentieth Century Fund, 1961), p. 36.
27. Homans George C., *Human Behavior: Its Elementary Forms* (San Diego, Calif.: Harcourt, 1961), p. 114.
28. Horney Karen, *The Neurotic Personality of our Time* (New York, Norton, 1937), p. 289.
29. Hyman Herbert H., "Reference Groups", in *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. 13 (New York: Macmillan and Free Press, 1968), p. 354.
30. Inglehart Ronald, *Culture Shift in Advanced Industrial Society* (Princeton: Princeton University Press, 1990), p. 14.
31. James William, "The Will to Believe", in *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy* (New York: Longman, 1910), p. 22..
32. Jung Carl Gustav, "The Basic Postulates of Analytical Psychology", in *Modern Man Search for a Soul* (San Diego, Calif: Harcourt, 1956), p. 185.
33. Kant Immanuel, "Critique of Practical Reason", in *Critique of Practical Reason and Other Works on the Theory of Ethics* (New York: Longman, 1909), p. 193.
34. Kluckhohn Florence and Fred L. Stroctkbeck, *Variations in Value Orientations* (Evanston, III: Row, Peterson and Co., 1961), p. 93.
35. Knight Frank H. "The Ethics of Competition", "Ethics and Economic Interpretation", in *The Ethics of Competition and Other Essays* (New York: Harper, 1935), pp. 35-50.
36. Kuhn Thomas S., *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), p. 111.
37. Lazarsfeld P.F. *The Language of Social Research* (New York: The Free Press, 1972), p. 9.
38. Lazarfeld Paul F., "Philosophy of Science and Empirical Social Research" in *Qualitative Analysis: Historical and Critical Essays* (Boston: Allyn and Bacon, 1972), p. 275.
39. Le Bon Gustave, "The Crowd", in Gustave Le Bon: *The Man and His Works* (Indianápolis, Indiana: Liberty Fund: 1979), pp. 58-59.
40. Lewin Kurt, "Field Theory and Experiment in Social Psychology", in *Field Theory in Social Science* (Univ. Of Chicago Press, 1976), p. 146.
41. Linton Ralph, "One Hundred Per Cent American", quoted in Adelin and Charles Wagley, *Ralph Linton* (New York: Columbia University Press, 1971), pp. 35-36.
42. Linton Ralph, *The Study of Man: An Introduction* (New York: Appleton, 1964), pp. 113-114,
43. Lovejoy Arthur O., *The Great Chain of Being: A Study of History of an Idea* (New York: Harper, 1960), p. 59.
44. Luxemburg Rosa, "Social Reform or Revolution", in *Selected Political Writings of Rosa Luxemburg* (New York: Monthly Review Press, 1971), pp. 115-116.

45. Malinowski Bronislaw, "Baloma: The Spirits of the Dead in the Trobriand Islands", in *Magic, Science and Religion and Other Essays* (NY: Doubleday, 1954), p. 17.
46. Malinowski Bronislaw, "The problem of Meaning in Primitive Languages", in C.K. Odgen and I.A. Richards, *The Meaning of Meaning. A Study of the Influence of Language upon Thought and of the Science of Symbolism* (San Diego, Calif.: Harcourt, 1953), p. 315.
47. Mauss Marcel, *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies* (New York: Norton, 1967), p. 11.
48. Mead George Herbert, *Mind, Self and Society: From the Standpoint of a Social Behaviorist* (Chicago: Univ. Of Chicago Press, 1962), p. 69.
49. Mead Margaret, *And Keep Your Power Dry: An Antropologist Looks at America* (New York: Morrow, 1949), p. 20.
50. Merton Robert K., *Social Theory and Social Structure* (New York: Free Press, 1968), p. 216.
51. Myrdal Gunnar, *Objectivity in Social Research* (New York: Random House, 1969), p. 41.
52. Nagel Ernest, *The Structure of Science: Problems in the Logic of Scientific Explanation* (San Diego, Calif.: Harcourt, 1961), p. 4.
53. Nisbet Robert A., *The Sociological Tradition* (New York: Basic Books, 1966), pp. 47-48.
54. Ockham William Of, "William of Ockham", Quoted in Ernest A. Moody, *Dictionary of Scientific Biography*, Vol. 10 (New York: Scribner, 1974), p. 173.
55. Pareto Wilfredo, *The Mind and Society* (San Diego, Calif.: Harcourt Press, 1935), Vol. 1, part 264, p. 179.
56. Parsons Talcott, *Toward a General Theory of Action* (New York and Evanston: Harper Row, 1962), pp. 397, 529, 530.
57. Plato, *Republic* (New York: Modern Library, 1982), Book 4, pp. 473, 203. Book 8, Section 564, pp. 320-321.
58. Popper Karl, *La Lógica de la Investigación Científica* (Madrid: Tecnos, 1962), p. 88.
59. Porter Michael A., *The Competitive Advantage of Nations* (New York: The Free Press, 1990), pp. 578-584.
60. Radcliffe-Brown A. R., "On the Concepto of Function in Social Science", in *Structure and Function in Primitive Society* (New York: Free Press, 1965), p. 181.
61. Rawls John, *A Theory of Justice* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1971), pp. 9-10.
62. Riesman David, *The Lonely Crowd* (New Haven, Conn.: Yale Univ. Press, 1950).
63. Rousseau Jean Jacques, *Emile: or on Education* (New York: Basic Books, 1979), pp. 42-43.
64. Russell Bertrand, *The Analysis of the Mind* (London: Allen Unwin, 1921), p. 191.
65. Saint Augustine, *The City of God* (New York: Modern Library, 1950), Book 19, p. 706.
66. Saint-Simon, *Social Organization, The Science of Man and Other Writings* (New York: Harper, 1964), pp. 74-75.
67. Schumacher E. F., *Small is Beautiful: A Study of Economics as if People Mattered* (London: Blond Briggs, 1973), p. 148.

68. Shils Edgard, "Primordial, Personal, Sacred and Civil Ties", in *Center and Periphery: Essays in Macrosociology* (Chicago: University of Chicago Press, 1975), p. 112.
69. Simon Herbert A., "Administrative Behavior: A Study of Decision-Making Processes" in *Administrative Organization* (New York: MacMillan, 1961), p. 20.
70. Smith Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (New York: Modern Library, 1937), Book 1, chap. 1, pp. 4-5.
71. Sorokin Pitrim, *Social and Cultural Dynamics*, Vol. IV (New York: Bedminster Press, 1962), p. 706, 707, 710.
72. Sumner William Graham, *Folkways: A Study of the Sociological Importance of Usage, Manners, Customs, Mores and Morals* (Boston: Ginn, 1940), pp. 3-4.
73. Tawney R. H., *The Acquisitive Society* (San Diego, Calif.: Harcourt, 1948), pp. 33-34.
74. Tocqueville Alexis de, *Democracy in America* (New York, 1961), vol. II, pp. 129-131.
75. Toynbee Arnold J., *Civilization on Trial* (Oxford Univ. Press, 1948), p. 56.
76. Weber Max, "Politics as a Vocation", and "The Social Psychology of the World Religions" in Gerth and Mills, eds., *Max Weber: Essays in Sociology* (New York: Galaxy Books, 1958), pp. 120-121.
77. Weber, Max, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* (New York: Scribner, 1930), p. 17.

Segunda parte: Consistencia, Palabra y
Realidad
Dr. Ricardo Diez

Introducción:

Muchas veces oímos palabras que no escuchamos y eso me pasó con el término consistencia. Nunca tuvo importancia para mí hasta que una noche concurrí al casamiento del hijo de un amigo y, durante la cena, el Dr. Adolfo Critto empezó a hablarme de su significado. Por defecto de profesión, lo tomé como algo sin contenido filosófico y, por ende, que no merecía ser pensado. *Persistí* un tiempo en mi tozudez hasta que comencé a escuchar a mi interlocutor. No sé si por su *insistencia* o por *asistirme* una transformación interior que *desistí* de mi actitud primera. La *resistencia* había pasado al darme cuenta, de pronto, que la palabra *consistencia* puede asociarse con existir (*existere* en latín), desistir, asistir, persistir, resistir, insistir y algún otro verbo que se compone con una preposición y una raíz común que en lengua latina se dice con el término *sistere*.

Si bien el castellano no ha mantenido este radical sin preposición, el latín tenía el verbo *sisto*, *sistis*, *stiti* y *steti*, *statum*, *sistere* que significa: establecer, colocar, poner// comparecer ante la justicia// contener en un curso// asegurar// determinar// erigir, construir// detenerse. Siete significados que varían según el prefijo conformando nuevas palabras que fueron heredadas en nuestra lengua. El *cum* que lo acompaña en el término consistencia significa en latín: con, al mismo tiempo// en unión de// por medio de// para.

La terminología latina fue mostrándome su contenido como algo digno de ser escuchado y, consecuentemente, pensado. Una palabra heredada culturalmente que tiene hoy, por las implicancias mutuas de una cosa sobre otra y de un signo sobre otro, su relación con lo real.

Escuchar una palabra y pensar hacia donde indica que debemos dirigir la mirada supone que todo signo es producto de alguna realidad que la antecede y que mediante el uso de la lengua se señala al significar. El antecedente real produce la palabra acorde y le otorga el sentido con el que el signo puede hacer su significación. En el siglo XIX no existía el término televisor que fue acuñado y adquirió parlamento en el lenguaje del XX. Una vez inventado este aparato se necesitó de un signo que permitiese hablar de él en el lenguaje cotidiano. Para poder dialogar sobre una realidad se necesita la palabra adecuada que indique a otros a qué nos referimos. Este término fue usándose con mayor frecuencia a medida que los televisores crecían en los hogares y eran adquiridos en el mercado. Al menos es un hecho de experiencia que nadie puede ir a comprar algo sin saber cómo pedirlo aunque sea con el lenguaje más extendido, el del gesto indicativo, pero, aunque no se conozca la lengua, la compra supone que se sabe lo que se quiere y porque se lo quiere.

Supuesto que se conozca la lengua, si lo que se significa con una palabra es el sentido recibido de lo real el enunciado será doblemente verdadero. Será verdad en tanto es una correcta enunciación, es decir que lo expresado significa algo a quien lo escucha porque lo que se dice, de algún modo, se entiende. Pero es también verdadero cuando recoge el sentido originario que juega en el decir y es continuado por el enunciado correcto que indica al interlocutor lo que debe mirar para entender contemplando lo que se enuncia.

Si escribo, por ejemplo, en un pizarrón: “está lloviendo”, esa oración se comprende, tiene sentido y quien la lee o escucha sabe y entiende lo que dice. Está verdaderamente bien construida y quien conoce el idioma la reconoce como tal. Pero puede haberse escrito días antes y cuando se vuelve a leer hayan cambiado las

condiciones meteorológicas. En tal caso se podrá decir que la frase es falsa o mentirosa porque no responde a la realidad que se contempla por la ventana.

En síntesis, dos son las verdades del enunciado, una cuando la oración está bien construido y quien la escucha o lee puede entenderla, otra cuando lo dicho responde a la realidad que se contempla. El hecho antecede lo expresado y le da sentido. Más aún, lo que se dice es siempre para indicar ese acontecimiento a quien no lo ha visto o sabido. La relación del lenguaje con el pensamiento que lo entiende y la referencia a la realidad que se señala para que el hombre pueda ver lo que acontece, son las dos verdades que se unen o separan en todo enunciado y en el pensamiento que surge de lo que se dice. Cuando esas verdades se encuentran en el enunciado se dice que lo expresado es verdad, cuando una de ellas falta puede decirse que es mentira.

Posibilidades de la palabra que tiene en sí el poder decir o no decir algo que recibe de las cosas. Potencia de la lengua que se concreta como verdad cuando lo dicho sigue el sentido recibido y actúa según lo que quien escucha puede ver en lo real. En este caso las dos tareas del enunciado se unifican para permitir hablar de verdad en el enunciado. Pero puede también mentir cuando lo expresado no responde a lo que inicia el movimiento, al sentido que la realidad aporta para que el lenguaje haciendo uso de su poder diga ser lo que es o no ser lo que no es, según las posibilidades afirmativa o negativa que tiene la lengua.

La relación entre las cosas y las palabras tienen siempre una sutil implicancia. Ciertamente una no es la otra pero tampoco son autónomas, antes bien, actúan en mutua relación. El antecedente del lenguaje son las cosas que dan parlamento a la palabra. Una es real, la otra construida convencionalmente, una concreta y particular, la otra abstracta y universal. Lo que sucede se narra como suceso según los signos de la lengua materna en la que hemos sido acunados y alimentados. Pero las cosas ya estaban antes del lenguaje y continúan su prioridad. De ellas lo que se dice recibe el sentido que, como simiente, llamamos verdad. Sentir lo que precede a la lengua es el poder del habla humana que debe significar lo que es. Si así lo hace la significación acompaña el sentido y las verdades se unifican en lo expresado. Si se dice otra cosa se enuncia ser lo que no es o no ser lo que es inventando la mentira y, de este modo, el enunciado al no significar bien se dice falso o mentiroso. Mentir es en este caso una acción que la lengua realiza que no sigue al sentido recibido de las cosas porque un extraño interés se interpone entre lo real y quien lo enuncia. Extrañeza que da lugar a la ideología para justificar lo que no responde justamente a lo que se recibe.

Un equilibrio inestable habita las acciones humanas. Ese movimiento entre las palabras y las cosas debe ser constantemente revisado. Lo expresado indica las cosas significando y significa el sentido recibido de lo real. Sentido y significación se cruzan en un constante ir y venir que va desde lo que es al lenguaje y de éste vuelve a lo real. Uno aporta la verdad de la realidad que debe ser contemplada, otro, desde el signo, indica lo verdadero cuando, siguiendo el poder recibido obra en consecuencia, esto es, cuando no se usa el lenguaje para engañar o confundir porque detrás de lo que se dice hay conveniencias e intereses particulares.

Sentido y significación se cruzan en la equidistancia formando un quiasmo que el pensar debe constantemente ver para entender lo dicho y contemplar lo real. La contemplación de las cosas cura la mentira del habla en la medida que la realidad prima sobre la invención que vehícula el signo. El entrecruzamiento entre las cosas y las palabras une el ángulo que compone el lenguaje cuyo centro es el nombre y el ángulo opuesto que simboliza lo real. El sustantivo indica gramaticalmente, con mayor rigor que otros términos, lo que debe ser visto. El adjetivo y el verbo necesitan ser acompañados por otros signos para significar bien. En el ángulo opuesto se abre más

allá de toda denominación la diversidad de cosas. El nombre propio y el común señalan a todo aquello que existe en el ámbito real. La existencia concreta de cada ente y las relaciones que tienen entre sí son indicadas mediante la narración pero no en la concreción espacio temporal que los singulariza, sino en la universalidad de un habla extraña a lo real, que, de algún modo, lo traduce y lo traiciona desde una necesaria e inevitable distancia.

En esta pintura quiástica el verbo *consistir* y su forma sustantiva *consistencia* imponen, al menos, dos tareas. Una, consiste en tratar de mostrar la palabra en su significación intrínseca, la otra, en ver el señalamiento extrínseco de esta noción hacia lo real y el poder que recibe para significar con su expresión lo que debe ser significado.

1º) la palabra:

Este término se puede usar como verbo, *consistir*, como sustantivo, *consistencia* y como adjetivo cuando cualifica algo con el participio activo al decir, por ejemplo: “una realidad *consistente*”.

En la forma verbal no se usa o se usa muy poco relacionada con los pronombres personales. Decir: “yo consisto, tu consiste, el consiste”... no es común en el lenguaje castellano. La utilización de este verbo tiene una connotación objetiva que dificulta su uso subjetivo. Por lo general se utiliza con mayor frecuencia para decir: “algo consiste en tal o cual cosa”, o, “eso es algo consistente” o bien preguntando “¿en qué consiste esto o aquello?” La objetivación parece provenir de cierta materialización del término que lo conduce a significaciones principalmente objetivas. Sin embargo, aunque el lenguaje cotidiano limite los significados, siempre es posible encontrar sentidos ocultos que habitan la palabra.

Distinta es la significación latina que, como vimos, mantiene el verbo *sisto* con independencia de las preposiciones que lo antecedan. Habiendo situado esa herencia cultural comparemos brevemente cómo varían, en nuestra comprensión actual, los diferentes términos según lo que antecede al radical.

El *cum* que compone la consistencia dice unión, compañía y se usa en muchas palabras castellanas. El *con* difiere del *ex* que se usa para decir existencia (*existentia*) porque este signo se traduce del latín como *de* o *desde* indicando una dependencia y una procedencia presente en lo que existe. Cuando algo se *ex-pone*, por ejemplo, se está diciendo que lo puesto en *ex-posición* depende de alguien o de algo de donde lo *ex-puesto* procede y es. El artista queda supuesto en la muestra artística que se *ex-presa* hacia un público determinado. Lo mismo pasa con la palabra *ex-sistencia* porque cuando algo existe, el término acusa una dependencia y una procedencia que lo existente tiene respecto de aquello que lo hace existir. Dependencia que afecta a todo existente y que permite afirmar, en sentido estricto, que Dios no existe sino que es. Donde el *Ser* no indica otra cosa que el modo máximo y único de ser, porque es sin procedencia ni dependencia. A diferencia de este ser que es sin no ser porque carece en absoluto de límites, las cosas existen, pueden ser y no ser al mismo tiempo, según su propia e inherente limitación. Siendo algo se diferencia de lo que son otras cosas porque en cuanto tal se enfrenta y comunica a partir del elástico vínculo de la comunicación.

El *cum* difiere también del *de* que se usa en el término *de-sistir*. Su significación dice deponer, bajar los brazos. Término que parece oponerse a *re-sistencia* porque el prefijo *re* vuelve a poner en una remarcada *sistencia* lo que de algún modo, *de-sistiendo*, puede estar en peligro. De ello que a veces convenga *a-sistir* lo que por algo ha puesto en duda su *re-sistencia*. El *in-sistir* mira dentro mediante el *en* que antecede y mantiene una cosa en lo que se quiere manifestar. *Insistencia* que acompaña la permanencia espacial con lo temporal al anunciar *in-sistentemente* lo que se quiere que advenga. Y lo

que adviene puede ser más o menos efímero según el perdurar temporal de lo que persiste en una condición. Perdurar que no es otra cosa que per-sistencia en el ser ex-istente que dura en el existir durante un determinado tiempo y espacio.

El *cum* dice además unidad, algo que comparte el mismo tiempo, que es contemporáneamente y se asocia al *sistere* para formar el sustantivo consistencia.

Si miramos el verbo consistir dice co-establecer, co-locar y com-poner en su forma más espacial, donde lo unido se localiza en un lugar determinado. La preposición muestra entonces la compañía de otras cosas que acompañan y que entre todas componen algo que, a imagen de la música, edifican una sinfonía e integradas en orden conforman el “mundo”.

En otro de los significados la consistencia significa comparecer ante la justicia donde ésta hace aparecer juntos los que comparecen ante el juez. Acusador y acusado se encuentran en el tribunal en una misma significación jurídica donde los que comparecen quedan igualados en su presencia. Otro significado del verbo latino habla de contener en un curso a semejanzas del detener y detenerse. Esta significación se usa para una cosa o para sí mismo. La con-tensión mira lo que se tiene durante el tiempo que algo perdura. Contenencia intensa, en tensión, que impone el juego del existir. Existencia donde el hombre busca asegurarse retomando el “a” del a-sistir para poner a resguardo mediante cierta seguridad que mantiene a algo siendo. Por eso, se erige y construye una cosa en un determinado lugar y tiempo para que pueda detenerse en el fluir constante del temporal río de Heráclito.

Significados que se implican mutuamente, que llaman a la realidad de algo que asistido persiste en la existencia como consistente y donde esta unidad del *cum* muestra que lo puesto debe comparecer con otros a través de un ser uno, no solo entre lo establecido sino también con lo que establece.

2º) la realidad significada

Si el *ex* que compone al existir indica un *de* o *desde* que antecede al *sistere* y, por eso, establece una distancia con algo anterior que lo pone, erige y determina, el *cum*, que conforma el consistir, señala primeramente una unión que no se encuentra en la palabra existencia. La coexistencia difiere de la consistencia. Una indica la compañía de las cosas existentes en la red intrincada que llamamos mundo, la otra agrega una unidad anterior que lo existente tiene con quien le ha dado existencia, con quien lo ha puesto en un lugar y tiempo determinado. La coexistencia mira la unión de los iguales, la consistencia de los diferentes. La unidad que indica es de lo que existe con quien no existe pero que ha instaurado lo existente en su respectivo espacio y tiempo. Dos unidades se distinguen y se relacionan: una, que en tanto co-existencia reúne las cosas que cohabitan coetáneas en el mundo, otra, que en tanto con-sistencia significa la unidad entre lo que existe y el ser, entre lo temporal y lo eterno, entre lo espacial y lo incircunscripto, entre lo participado y lo que es sin parte porque es simple, entre lo múltiple y lo Uno. Esta unidad anticipa a la anterior y hace posible la coexistencia de los existentes porque al tener un origen común tienen desde donde coexistir. Lo múltiple llama y necesita lo Uno.

Consistir dice la acción que instaura esa unión primigenia del existente y del ser, de lo que existe con lo no existente porque simplemente es, de lo limitado y lo que es sin ninguna limitación. Ser es la forma de referir a lo que no tiene límites y por eso no puede pensarse que en algo no sea ni espacial, ni temporal, ni que está formado por partes que el pensamiento pueda distinguir. Es “indivisible unidad” e “interminable

inmensidad”.⁷ Lo que es sin ninguna limitación difiere de lo que por existir tiene límites y siendo algo se distingue de otras cosas. Lo que en algo no es, por ser limitado en el tiempo, en el espacio y es su constitución parcial es diferente de lo que en absoluto es sin ningún no ser, sin ninguna limitación. La unión del ser sin no ser y del ser limitado que implica necesariamente un no ser, se llama consistencia. Por ella se indica el religarse de un ser único que no puede decirse ni pensarse que en algo no sea, un ser máximo que no puede contener ninguna limitación; unido a un ser limitado, a algo que habita entre muchas cosas y, por ser tal, se integra coexistiendo con lo que él no es porque es otra ente. El ser sin no ser es indicado por la palabra Ser y la unidad que este Uno tiene con lo existente se señala con la palabra consistencia. La unidad entre el ser y el existente no es coexistencia sino consistencia. Unión que queda indicada por la palabra que llama a una realidad única en cada ser, aquello por lo que en definitiva algo es. Ser participado que surge de esa parte recibida del Uno sin limitación. Parte contenida en el único y absoluto desde dónde se recibe lo que lo particular es, porque nada se tiene que no se haya recibido. Recepción que comienza en la unidad que el consistir en tanto palabra enuncia.

La diferencia ontológica entre ser y ente y la unidad que los enlaza se muestra por la consistencia en su momento de toque. El instante donde los dedos se tocan como magistralmente lo expresa la famosa pintura de Miguel Ángel en la capilla Sixtina. Ese encuentro misterioso de los diferentes donde lo existente comienza a ser y a diferenciarse como otro procedente y dependiente de lo que origina. Por eso, lo originado nunca es libre de lo originario, y, sin embargo, puede libremente volverse hacia él y contra él dándole la espalda. Curioso ser de la libertad que solo es en sí cuando es actuada hacia lo otro, porque solo adquiere su verdadero ser cuando es dirigida hacia lo extraño que la funda.

El toque donde lo que existe comienza a ser en su singularidad, es un encuentro. Lo en-contra se encuentra en el lugar donde surge todo ser viviente porque desde esa unidad se despliega la vida. No hay nada que se haga o se diga que no configure o desfigure ese acto inicial del ser uno con su criatura. Toda acción humana está llamada a edificar esa unidad primera entre el existente y el ser, unidad primera por la cual el hombre es. Unión que merece el nombre de consistencia porque en ella se encuentra lo originario y lo originado, lo que no tiene origen y lo que se origina a partir de él.

Inicio fontanal de lo diverso donde la fuente difiere del agua que de ella emana pero sin la cual no puede haber río. Soplo tenue y suave desde la boca extraña que da vida al barro haciéndolo hombre, haciendo vivir la materia y transformándola en carne gozosa y sufriente.

Este encuentro habita en cada uno sin ser notado y la persona puede pasar toda su vida sin percibir nunca ese punto abisal donde se comienza a ser. Puede las ciencias querer explicar el proceso vital pero sin explicar nunca la vida misma. Confundir el proceso con lo que algo es parece ser una de las miopías contemporáneas, uno de los racionalismos con los que los hombres creen poder dirigir una existencia sin centro ni origen. Aquí se trata de otra cosa, saber de un encuentro anterior a todo encuentro que hace posible la realidad del individuo en su existencia concreta.

Esa realidad consistente fue vista y experimentada por numerosos pensadores que han podido hablar de ella porque han hecho la experiencia donde se les ha presentado ese encuentro. Para mostrar un caso voy a seguir el Libro X de Confesiones donde la memoria es el lugar en que se reconoce algo que habita desde siempre sus campos y extensos palacios.

⁷ San Anselmo, Proslogion, Cap. XXI.

Esta cuestión comienza en el capítulo VIII y, con algunas variantes, se mantiene hasta el XXVI. Estos 19 capítulos son muy importante porque permiten pasar de la búsqueda del Dios amado al encuentro que se concreta con la exclamación que comienza el capítulo XXVII: *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!*⁸ El pasaje por la memoria concreta la búsqueda en encuentro, itinerario que comienza destacando las cosas que habitan en ella según los siguientes contenidos:

1) en la memoria se atesoran las imágenes que aportan los sentidos, los pensamientos y otras cosas que están depositadas sin todavía ser olvidadas. El olvido la amenaza constantemente y cuando busca recordar a veces recibe al momento lo que busca, otras necesitan más tiempos, unos recuerdos llegan en tropel, otros en serie. Pero allí están grabadas todas las cosas, mejor dicho, no las cosas sino sus imágenes que se encuentran a disposición para que el pensamiento recuerde. Esto intuye Agustín en el aula enorme de la memoria donde radica su fuerza. Tamaño y fortaleza demasiado grande para llegar hasta el fondo. Fondo amplio e infinito que pertenece a la naturaleza humana y que, sin embargo, no puede ser abarcado. El alma es angosta para tenerse a sí misma y el autor se admira y se llena de estupor porque los hombres ven montañas, ríos, mares y guardan estas cosas en su memoria pero se olvidan de sí mismos. Además, no se admiran que las imágenes de esas cosas puedan permanecer como si las viesen y estar presentes en el misterioso fondo del alma.

2) La capacidad de la memoria no se reduce solo a imágenes, también se recuerdan sonidos, gustos, sensaciones del tacto y olores.

3) Hay también cuestiones que se reciben a través de palabras. Estas cosas llegan al hombre no por los sentidos corporales sino de otro modo que Agustín acusa desconocer. Ellas son recogidas, aprobadas en su verdad y encomendadas al alma. Ahí son preservadas por el pensamiento y desenterradas para tenerlas a mano. Están esparcidas, descuidadas, escondidas y, de algún modo, el pensar las recoge y las reúne para poderlas encontrar de nuevo en la intimidad.

4) Además la memoria tiene razones y leyes innumerables de números y dimensiones. Éstas tampoco fueron introducidas por los sentidos. Pueden haber sido significadas por las palabras que se escucha, por las líneas que se ven o por todos los sentidos del cuerpo, pero son distintas a ellos y están en cada hombre.

5) Hay cosas que son falsas pero no es falso el recuerdo que se tiene ni la evaluación que de ellas se hace.

6) También están las afecciones del alma. Alegría, tristeza, temor y codicia pertenecen al recuerdo. Quien lo actúa puede estar alegre y recordar el dolor o saberse triste y recordar momentos de alegría. Esto puede el hombre porque una cosa es el estado del alma y otra la memoria que de esas afecciones se tiene. Incluso cuando se dice, se disputa, se divide o se definen estas realidades no perturban porque están en la memoria *como alimento rumiado en el vientre*. Puede alguien hablar y tener nociones de ellas a partir de la experiencia pasional del alma que las encomienda a la memoria donde están.

Todas estas cosas pueden ser nombradas y son diferentes a cuando se nombra el olvido porque en aquellos casos se conoce lo que se denomina y es distinto de la privación de memoria. Olvido que, en cuanto al nombre se sabe lo que significa pero, en cuanto a la cosa significada es algo que no está presente cuando recordamos. Si se entiende esto no es por sí mismo sino por su imagen porque si el olvido por sí estuviese presente no se lograría recordar sino solo olvidar.

⁸ Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, serp te amavi! Dice el texto original. L. X, 27, 38.

La búsqueda de cosas que habitan en la memoria no es abstracta, se realiza en el alma del autor como lo expresa el comienzo del párrafo 25⁹:

Luego ciertamente, Señor, estas cosas trabajo y trabajo en mi mismo: he hecho de mi tierra de dificultades y excesivo sudor

Buscando en su intimidad recuerda Cartago, sus lugares, los rostros de sus hombres, las noticias de los otros sentidos, la salud del cuerpo y los dolores. De modo distinto está el olvido que no está presente por sí sino por su imagen porque al mismo olvidar recuerdo cuando se sepulta lo que recordamos.

Estos movimientos llevan a reconocer la fuerza, la profundidad y la infinita multiplicidad de la memoria.

Heme aquí en los campos y los antros y las innumerables cavernas y llena de innumerables e innumerables géneros de cosas, sea por imágenes, como de todos los cuerpos, sea por presencias como las artes, sea por no sé que nociones o notaciones, como las afecciones del alma... por todas estas cosas discorro y vuelo de aquí para allá y penetro cuanto puedo y sin final: tanta fuerza hay en la memoria, tanta fuerza de vida hay en el hombre que vive mortalmente.¹⁰

Ante tal panorama Agustín cambia la búsqueda y propone traspasar la memoria para alcanzar lo que habita más allá de ella. Parece terminar aquí este tema y el discurso pretende elevarse.

Con esta preocupación se inicia el capítulo XVIII recordando la dracma perdida por la mujer y buscada con la linterna. La pérdida se realiza frente a los ojos pero se la busca porque se la recuerda y, en cuanto tal, está en la memoria. Por recordarla, al ser encontrada se la reconoce y se sabe que lo perdido ha sido encontrado.

El objeto se pierde pero la imagen persevera y por ese recuerdo se inicia la búsqueda que culmina cuando la cosa se vuelve a encontrar. Algo semejante ocurre cuando dentro de la memoria algo se pierde. Rechazamos lo que se ofrece hasta que aparece lo que se busca y decimos “esto es”. Lo que muestra que no se ha olvidado del todo porque lo absolutamente olvidado no puede recordarse.

En este contexto se vuelve al motivo del libro: buscar a Dios. En esa búsqueda se manifiesta que lo buscado coincide con la vida beata. La vida feliz es lo que todos apetecen y que algunos tienen en realidad, otros en esperanza y otros ni de un modo ni de otro. Sin embargo, lo que se desea está en la memoria y todos los hombres quieren ser felices. Felicidad que en la vida de Agustín ha pasado del gozo indecente que en otro tiempo quiso y ahora detesta, al gozo de las cosas buenas y honestas, pero, en ambos, recuerda un gozo primitivo que permaneció siempre.

Todos quieren la vida beata, unos por un camino otros por otro, y la quieren para gozar de ella aunque no todos quieren gozar de Dios como única forma de la vida feliz. Pero, a pesar de las diferencias en la concepción del objeto, todos quieren ser felices. Felicidad que se extiende posteriormente a la verdad que todos quieren gozar sabiendo o sin saber que ella es Dios.

Todas estas cuestiones están también en la memoria y, por eso, no hay lugar donde encontrar lo divino que no sea en ella. Se encuentra en los recuerdos y en las delicias gozadas por su misericordia.

Pero ¿dónde permaneces en mi memoria, Señor, dónde permaneces en ella? vuelve a preguntar el capítulo XXV. A esta cuestión se contesta primero negativamente, no en las imágenes corporales, ni en las afecciones del viviente, ni en el

⁹ Op. Cit., L. X, 16, 25, p. 411.

¹⁰ Op. Cit., L. X, 17, 26, p. 413. La traducción es nuestra.

alma; y luego positivamente, sin embargo, habita en mi memoria, *porque te recuerdo desde que te conocí y en ella te encuentras cuando te recuerdo.*¹¹

La pregunta por el dónde se reitera. Pero ahora el discurrir del pensar agustino se dirige al lugar del encuentro con quien no puede estar en ninguna parte porque preside todos los espacios y los tiempos. Relación que pone en juego a todos los hombres y a algunos en la respuesta y la consulta, la escucha y el querer:

*Claramente tú respondes, pero no todos claramente escuchan. Todos consultan sobre lo que quieren, pero no siempre escuchan lo que quieren. Óptimo ministro tuyo no es el que de ti oye lo que quiere sino el que más puede querer lo que de ti oye.*¹²

Con estos movimientos culmina la reflexión que antecede la exclamación:

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!

Expresión que se completa con el reconocimiento que Dios estaba dentro y el autor fuera, conmigo y yo contigo no estaba porque habitaba lejos, en la hermosura deforme de las cosas, hasta que:

*Llamaste y clamaste y rompiste mi sordera
Brillaste resplandeciente y fugaste mi ceguera
Exhalaste y llevaste el soplo y anhelo por ti
Gusté y estoy hambriento y sediento
Me tocaste y me inflame en tu paz.*¹³

Con estas palabras se señala, con los sentidos del alma, el encuentro que tuvo lugar y que tarde se ha reconocido en la memoria. Reconocimiento de aquello que excede y habita desde siempre en un “in-memorial”, de una presencia anterior a todas las cosas, incluso a la memoria misma, pero que una vez reconocida se vuelve operante y se hace activa en forma de recuerdo. Drama perdida pero presente, huella difusa de una imagen que al ser reconocida evoca el encuentro y hace feliz por haberse encontrado lo buscado.

CONCLUSION

Recorrida la significación de la palabra y la referencia a dónde el signo indica, junto a una imagen y a palabras que la ejemplifican en Miguel Ángel y Agustín recojamos lo dicho en la operatividad de ese encuentro.

Quien lo ha sufrido sea con dolor o con gozo no puede volver su vida atrás. Esa vivencia se le presenta con evidencia y, pueda comunicarla o no, cambia radicalmente lo que ha sido, lo que es y lo que será. Una conversión acontece en quien ha hecho la experiencia. Hacer que debe ser entendido con las palabras que usa M. Heidegger respecto del habla:

*Cuando hablamos de “hacer” una experiencia, esto no significa que nosotros la hagamos acaecer; hacer significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar, en la medida en que nos sometemos a ello. Algo se hace, adviene, tiene lugar.*¹⁴

Hacer la experiencia donde se une y diferencia el existente con el ser, es hacer la experiencia de una conversión donde quien vive pasa por la aversio, la conversio y la diversio. Por lo primero se sabe enemistado con Dios, a la distancia, sin consistencia respecto de esa unión primera que debe ser pedida y aceptada para que se manifieste. La conversión depende del pedido de quien se sabe en errancia permanente. Errar de quien

¹¹ Op. Cit., L. X, 25, 36, p. 423

¹² Op. Cit., L. X, 26, 37, p. 424.

¹³ Op. Cit., L. X, 27, 38, p. 424

¹⁴ Heidegger M., *La Esencia del Habla*, en *De camino al habla*, Odós, Barcelona 1979, p. 143.

no consiste sino en nada y que solo puede salir de su vacío corriendo el riesgo de confiar en quien le ha dicho que puede sacarlo de su ruptura y vanidad. Superar la quebrada existencia hacia una unidad que le otorgue sentido no es tarea humana. Frente al dolor, la muerte y el sufrimiento el hombre puede solo infructuosamente tratar de ocultarlos. Porque cuanto más lo oculta con más radicalidad se le presentan mostrando el divorcio del mal, la ruptura profunda en nosotros y en los otros de la maldad.

Sabiendo de su impotencia, el ser humano debe confiar en quien ha prometido donar la unidad, en quien con solo tocar su índice puede otorgar la sanidad. No una cura definitiva que otorgue el poder de un ser sin sufrimiento ni dolor, sino la momentánea que se sabe potente en la misma debilidad. La evidencia no quita la impotencia, el hombre sigue desconfiando de su ser débil y con más radicalidad, igual que al principio, sabe que de ella se sale pidiendo a quien por su poder puede aliviar y ayudar a soportar las tres pesadillas de la existencia dándole sentido: el nacimiento, la muerte y la injusticia.

Quien percibe que lo existente no puede nada para lograr la unidad con el ser, para que la consistencia sea posible, descubre que el camino más efectivo y único es la oración. Orar que es al comienzo pedido para que se done lo imposible y, posteriormente, agradecimiento.

De la súplica que surge de quien se sabe condenado y camino al cadalso, es decir, del que, por estar sentenciado a muerte, debe suplicar por su vida a quien puede librarlo de la condena. Suplicar es la única acción posible en esa situación que no difiere de la condición humana. Al menos si se comprende bien la existencia y el hombre no se quiere mentir acerca de sí mismo y ocultar su cabeza en falsas promesas científicas, políticas o económicas. Todas estas cosas padecen las mismas limitaciones humanas, mayores aún, porque no son otra cosa que obras de seres quebrados y limitados en su condición existencial.

Esta precaria situación continúa hasta que el pedido es respondido y acontece la conversión. El descubrimiento agustino responde a una experiencia, descubrir después de años de alejamiento algo que estaba presente desde siempre en su memoria. Descubrimiento de un encuentro anterior a todo encuentro, que radica en la memoria pero que es antes de la memoria misma porque ahí nace lo que se es. Siendo el lugar donde el índice divino toca lo humano, donde el ser inicia al existente dando lugar a lo que llamamos con-sistencia.

Su evidencia acontece siempre tarde porque requiere de una preparación personal, de una purificación que acompañada con el pedido cada hombre recibe en el momento oportuno, en su *kairós*. Y cuando esa presencia se vuelve acontecimiento, la vida se transforma. *Conversio* dice ese giro brusco, no esperado y radical que encuentra al hombre siempre mal parado, sorprendiéndolo en lo más íntimo, en su todo. No afecta solo algo de él sino su totalidad porque lo presente es ser que hace estallar la existencia individual con una experiencia sin precedente. Con esa presentación de algo “tremendo y fascinante”, diría R. Otto, el hombre percibe lo que *ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni al corazón del hombre ascendió*.

Por esa evidencia de lo otro que funda la unidad que llamamos consistencia lo humano estalla en gozo. El encuentro es, de algún modo, respuesta al pedido que la quebrada naturaleza necesita para saber que hay alguien que puede reconstruir los quiebres existenciales que sufrimos en nuestra carne frágil e impotente. La alegría se funda en que la confianza se justifica, que la oración obtiene respuesta, que la impotencia humana se cubre y se cura con la potencia divina.

La diversio es la consecuencia necesaria de la aversio y de la conversio porque el encuentro que produce la presencia no puede sino llenar de gozo a quien lo experimenta.

Experiencia que no es otra cosa que religiosa porque estos movimientos son cumplidos en la vida de quien por ese acontecimiento personal descubre su razón de ser, sabe de su tarea a cumplir y entiende que no vive en vano sino con un llamado a hacer de su debilidad fortaleza, no por sí mismo sino por otro. Donación de algo distinto que religa y fundamenta la existencia a partir de un donador.

La existencia es por la consistencia una incorporación última al Vivir. Lo vivido conduce desde una unidad fragmentada al Uno a través de la diferencia. Dejarse conducir es hacer uso de la libertad que produce liberación. La vida consiste en conservar lo tenido porque nadie es feliz si no ama lo que tiene, pero también es saber darlo cuando se siente la necesidad del hermano, porque toda posesión es recepción gratuita que está llamada a circular del mismo modo en que se ha recibido: danzando. Don que se redona y en tal redonación danza entre los hombres sin reciprocidad ni comercio porque el amor excede y cubre toda mezquindad.

Consistir es esa donación de la vida en donde el ser y la existencia se unen en un acontecimiento propio, temporal y duradero, en una revelación donde lo Otro se da y mediante esa donación llama a la redonación para que los encuentros humanos sean dominados por el amor. No es esta una tarea del hombre, nadie da nada si no lo mueve a ello otra cosa. Religado al ser, cada uno hace la experiencia que por una conversión lo lleva a actuar desde un Otro paterno y apreciando la necesidad del hermano. Porque lo que mueve a toda realidad existencial es cuando, si lo decimos con las palabras de Dante al final de la Comedia:

A la alta fantasía le faltaron aquí las fuerzas; pero ya giraban mi deseo y mi voluntad como rueda que igualmente es movida por el amor que mueve el sol y las demás estrellas.

Tercera parte: Fundamentos filosóficos
clásicos de la consistencia
Dr. Gabriel Zanotti

MARCO TEÓRICO BÁSICO

POR EL DR. GABRIEL ZANOTTI 14.7.05

La consistencia es un concepto desarrollado por el Dr. Adolfo Critto, con la preocupación de brindar una salida teórico-práctica a las angustias del hombre contemporáneo.

No se trata de ninguna receta de new age, ni esotérica ni mágica. Al contrario, se trata de lo mejor de las tradiciones filosóficas occidentales, presentadas como un claves de “sentido” en un mundo contemporáneo fragmentado y confundido. La consistencia recata y renueva tres nociones básicas: orden, coherencia, unidad.

Ello se despliega en tres ámbitos: científico, filosófico y práctico-cotidiano. En el plano científico, el presupuesto de un orden en el universo impulsa a buscar explicaciones coherentes a fenómenos problemáticos. Esas explicaciones implican hipótesis que “dan sentido”, con una tendencia asintótica a la unidad y la simplicidad en la explicación. La coherencia implica el despliegue de sus consecuencias empíricas, y el testeado de las mismas en contextos experimentales adecuados. En ciencias sociales –una de las principales especializaciones de Adolfo Critto-, una adecuada concepción del hombre cubre la brecha del límite a la experimentación por la presencia de la libertad.

El plano científico es uno de los principales logros de la cultura occidental. A pasar de los abusos de una ideología científicista, la ciencia, en sí misma, es uno de los principales despliegues de la consistencia, y es aun un lugar cultural donde el hombre actual ve coherencia y unidad. Es importante presentar a la ciencia no como el lugar privativo de la consistencia, de la coherencia de vida y de sentido, sino como una manifestación cultural privilegiada de esas características, y de ese modo, camino de acceso a otras formas de racionalidad y de sentido. La ciencia es para el hombre actual un punto de partida más que un punto de llegada.

Precisamente por eso, la consistencia sigue su camino en la racionalidad filosófica. La filosofía se pregunta por los fundamentos últimos de aquello que la ciencia ve mediante sus manifestaciones empíricas más inmediatas. Por ello la filosofía tiene un punto básico de meditación y de llegada: la noción de la unidad, la causa última y fundante que da coherencia y sentido al universo conocido por la ciencia. Esa unidad es Dios. Dios, como causa primera de todo lo existente, tiene un lugar privilegiado de expresión: el hombre. Por eso la consistencia de lo Uno se despliega a todos: creyentes y no creyentes. El creyente conoce a Dios por la revelación de su religión; el no creyente puede acceder a Dios como la coherencia, el sentido final de ese universo coherente que conoce a través de la ciencia. Pero ambos –creyente y no creyente- escuchan la voz de Dios cuando buscan las respuestas básicas y finales a las preguntas más importantes de su existencia: el sentido de la vida, el destino final, el lugar del sufrimiento. Por eso, la filosofía de la consistencia es directamente existencial y, en ese sentido, es una respuesta práctica a las angustias del hombre actual. El hombre actual se angustia por una descompensación teórica entre su vida práctica y sus inquietudes más profundas; la consistencia es un llamado a la coherencia que lo obliga a salir de esa encrucijada. Un ser humano puede estar viajando en una ruta en un automóvil que funcione magníficamente bien. Si el hombre se queda sólo con la ciencia, y nada más que con la ciencia, sabrá cómo funciona el automóvil, cómo manejarlo, cómo repararlo. La consistencia, contrariamente a ciertos paradigmas apocalípticos actuales, no le rechaza negativamente ese planto de análisis, sino que, como se dijo desde el principio, adopta ante la ciencia y sus logros técnicos una mirada esencialmente positiva, como una manifestación privilegiada de la coherencia del universo mismo. Simplemente, la consistencia exhorta al ser humano a ir más allá, a enfrentar con valentía las preguntas

que siguen. ¿Por qué estoy en este automóvil? ¿De dónde salí? ¿A dónde voy? ¿Cuál es mi papel en la ruta? ¿Cuál debe ser la relación con los otros automóviles? Un viaje en auto sin sentido sería aquel donde esas preguntas no estuvieran contestadas. Si comparamos a la ruta con el camino de la existencia humana, vemos que la vida humana es muchas veces un sin sentido porque esas preguntas siguen sin respuesta: estamos en camino, pero no sabemos por que, ni de dónde, ni hacia dónde. La consistencia implica adoptar ante la propia vida las preguntas de sentido que también hacemos ante el universo físico (la ciencia), pero entonces, enfocadas sobre la propia existencia (la vida y la relación con el prójimo) surge la filosofía como la instancia apropiada de respuesta. Una vida “consistente” es una vida humana que ve en Dios su sentido último y proyecta ese sentido, unitariamente, a una relación adecuada con el prójimo y con el cosmos, viendo en cada problema una oportunidad para seguir aplicando el mismo criterio de consistencia. De ese modo, la consistencia no es un dogma cerrado, sino un modo básico de enfocar la existencia humana que se abre y despliega ante cada instancia de sentido.

Dar sentido a la existencia, ver unitaria y coherentemente a la ciencia, la sociedad, el prójimo: he allí la tarea de la consistencia. Sacar al hombre de la angustia paralizante y ponerlo en camino, sabiendo dónde va.

FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS CLÁSICOS DE LA CONSISTENCIA *

Por Gabriel J. Zanotti.

Ante todo quiero decir que estoy muy agradecido de estar aquí en la fundación del Dr. Adolfo Critto¹⁵, donde trataremos de dar un primer intento de sistematización filosófica de algunas cuestiones que tienen que ver con la consistencia.

Vamos a referirnos primero a los fundamentos “clásicos” de la consistencia. Luego, en segundo lugar, vamos a ver qué pudo haber ocurrido con dicha noción de la modernidad para adelante y luego vamos a tratar de ver, si podemos, algunas implicaciones para filosofía de la ciencia, un área que el Dr. Adolfo Critto siempre ha cultivado con precisión.

1. Fuentes clásicas.

San Alberto y Santo Tomás presuponían una armonía del universo creado por Dios. Pero Santo Tomás pensaba que Dios no era evidente por sí. Debía ser demostrado como causa. Esto se inscribe en un debate dentro de la filosofía medieval. No era un debate con agnósticos, era nada más ni nada menos un debate con los partidarios de que Dios como tal era evidente a la razón del hombre.

Las cinco vías de Santo Tomás para probar que Dios existe¹⁶, ponen entre paréntesis lo que presuponen: que Dios existe. Así, parte del mundo circundante en donde vemos en realidad cosas que nacen y que mueren. Ya ve un orden pero lo que está poniendo entre paréntesis es que Dios es la causa de ese orden. Hace una *via inventionis*, un ascenso hacia Dios. Hay un orden progresivo pero poniendo entre paréntesis metodológicamente que Dios es causa del orden.

Santo Tomás da una especial importancia a la diferencia entre la esencia de las cosas y el ser de las cosas. Al observar la esencia, observa una coherencia. El mundo es coherente, consistente porque hay naturalezas en las cosas. El mundo es coherente, “consistente”.

Pero el orden y naturalezas consistentes que vemos antes de la demostración son efecto de una causa creadora. El mundo es ordenado consistentemente, ya sea *via inventionis* o desde Dios, *vía resolutionis*.

En nuestros días, a veces, se concibe el orden como dado de manera arbitraria, o hay sentido sólo en la ciencia, o que el orden es dado por categorías que están en la inteligencia, o que el mundo es esencialmente conflictivo.

Para el medieval hay conflictos pero por el pecado. Para ello existe el plan salvador de Dios. Pero el mundo natural no está atravesado por el pecado, en el sentido de pecado original. El mundo es bueno, es creado por Dios. La naturaleza humana está atravesada por el pecado, si, pero ello de ningún modo está implicado en la creación.

Para ver mejor esto, pasemos al clásico tema de los trascendentales.

Los trascendentales del ente son convertibles con el ente. El ente, en Santo Tomás, emerge de su visión creacionista: hay criaturas que “son” porque hay creador. Lo “ente”, para Santo Tomás, en el sentido de “lo que es” se extiende analógicamente desde Dios hasta las criaturas. Todos los entes son, en ese sentido, lo que Dios es

* El presente ensayo es la versión escrita del seminario sobre Consistencia y Filosofía dado el 20 de Mayo de 2005. El autor quiere agradecer muy especialmente a Ignacio de Marín la paciente tarea de desgrabación y ordenamiento de este seminario.

¹⁵ Fundación para la Calidad de Decisiones y de Vida.

¹⁶ El término “existe” es aquí utilizado en nuestro castellano habitual. En Santo Tomás Dios “es” causa no finita de lo finito. El verbo “existir” se reserva sólo a las criaturas.

absolutamente: uno, verdadero, bueno. Toda cosa que es, por ser es bueno en cuanto capaz de ser apetecido. Por ello el tema de la analogía para hablar de Dios. Dios es bueno, la creatura es buena por participación.

Tenemos una consistencia interna en el ente por el orden de su naturaleza.

Desde Santo Tomás se podría decir (uso el potencial porque es un agregado mío) que dado que todo lo que es, es coherente, todo ente es no contradictorio. El principio de no contradicción se eleva a una cuestión ontológica. Así, Dios en tanto que Dios es no contradictorio. Es no contradictorio con su naturaleza. Su naturaleza es ser.

Una vez que tenemos a Dios como causa vemos a Dios como lo ordenante. Así tenemos un mundo creado consistente al inicio y al final.

Vimos que las vías de Santo Tomás parten de una consistencia que coloca entre paréntesis (por cuestiones metodológicas) a Dios como causa primera. Así, de una consistencia que, gnoseológicamente, puede ver al mundo como ordenado, se llega a una consistencia final ontológica: la realidad es coherente porque la causa primera es consistente. El universo creado participa de esta consistencia originaria. Decimos participan para no caer en un panteísmo. Hay una diferencia entre lo que es por esencia y lo que es por participación. Lo que es tal por participación se remite a lo que es tal por esencia. Así se da la relación entre creatura y creador. Las cosas participan del ser, sólo Dios es por esencia. Aquello que es por esencia es causa de aquello que es tal por participación.

Tenemos que pasar al tema de la analogía. Todo efecto participa de algún modo de la naturaleza de la causa. Las cosas no son unívocas. Las cosas no son absolutamente siempre iguales. El sol es causa de cosas diferentes pero similares: que algo prenda fuego, una chimenea hogareña como fuente de alegría, o el crecer y germinar de las plantas. Son efectos diferentes porque son diferentes modos de participar algo uno. No son todos equívocos ni absolutamente uno. La analogía muestra que hay diferentes modos de participar en la unidad. Todo participa de algún modo de la naturaleza de la causa. No hay una unidad absoluta que olvide la diversidad.

Así, se incluyen elementos que parecen contradictorios con la unidad de la providencia: el libre albedrío, la casualidad y el mal. Algunos afirmaron la unidad pero negaron el libre albedrío y la casualidad. Pero una de las cosas más asombrosas de la metafísica de Santo Tomás es su síntesis entre todo ello, precisamente por los cuidados teológicos que tiene que tener. El concibe que hay un Dios que crea un hombre con libre albedrío y que no deja de ser libre. Dicho en términos analógicos, dado porque Dios es Dios, es el único que puede escribir una novela con seres libres y escribir el final. Nosotros escribimos novelas pero al hacerlo fijamos a los personajes. El único que puede hacer eso es Dios y el único que de igual modo puede, en el orden de la causa primera, incluir la casualidad de las causas segundas, es también Dios. La insistencia en la consistencia no es una insistencia que deje de lado las casualidades. Casualidades que muchas veces son perfectamente buenas y sin embargo no responden a un plan. La definición de casualidad es el encuentro de dos causas segundas no planificado por ninguna de las dos partes. Si esas dos causas segundas son libres, mucho más. El libre albedrío en Santo Tomás no es caracterizado con un “si, pero”. En la Suma Contra Gentiles, sin hacer ninguna aclaración, el libre albedrío es perfección, es parte de lo necesario que el ser humano tiene para llegar a Dios. El libre albedrío es perfección de la voluntad. Ustedes me podrían preguntar ¿qué pasa con el pecado? El lo daba por supuesto. Cuando hablaba del libre albedrío no se desvivía en aclaraciones, como si el libre albedrío fuera intrínsecamente pecaminoso. El tema del mal, por supuesto, ya lo tenía asumido como privación de orden desde San Agustín. Y todo el orden de la tolerancia respecto del mal

en el orden de lo divino, había quedado introducido en su filosofía asumiendo lo mejor de San Agustín.

Necesitaba explicar todo esto para que no tuvieran una visión de la consistencia como consistencia igual a univocidad, igualdad absoluta, ausencia de sentidos diversos. Entonces es una consistencia cuya analogía nos permite dialogar con la sensibilidad histórica del hombre contemporáneo y es una consistencia que incluye lo que habitualmente suponemos que se va de la coherencia. Yo diría que una de las audacias metafísicas más importantes de Santo Tomás es que este planteo de la coherencia excluye lo que hoy, desde un punto de vista contemporáneo, podríamos llamar *la obsesión por la racionalidad instrumental*. Esto es, suponer que tenemos que estar siempre planificando todo, desde el punto de vista humano. Tengo que hacer esta aclaración porque uno puede llegar a leer a Santo Tomás y estar de acuerdo con él pero también de acuerdo con una racionalidad instrumental; como que Dios más que un creador fuera un vigilante y que nosotros al participar de eso deberíamos ser, entonces, planificadores vigilantes, obsesivos de lo cual nada de nuestra visión se tiene que escapar. En realidad, si participamos en el modo de crear de Dios, nuestro modo ordenado de dar orden es un orden que deja incluido en ese orden las instancias de libertad. Esto es muy importante. Es un orden que incluye las instancias de libertad. O sea que el orden de la coherencia comienza a perder coherencia cuando incoherentemente intentamos manejarnos con seres humanos que no tengan libre albedrío. Todo esto creo poderlo decir sobre la base del espíritu de Santo Tomás; porque recién he hecho un a contraposición entre la mentalidad medieval y lo que se llama la racionalidad instrumental (el intento obsesivo de planificación; obsesivo porque eso no quiere decir que las cosas no precisan ser del algún modo planificadas).

La providencia es el mismo orden de la inteligencia divina incluyendo el orden de lo creado, que incluye además el libre albedrío y casualidad humana. Es decir, en la providencia de Dios según Santo Tomás, estos tres elementos están incluidos en la providencia: libre albedrío, casualidad y mal. Estoy diciendo las cosas tratando de manifestarles cuál es el espíritu detrás, no tanto las definiciones y demostraciones.

Ahora bien, observen que yo me estuve cuidando de decir existencia de Dios. Porque nos hace pensar que lo conocemos a Dios. En cambio, plantear a Dios como causa primera de lo creado, indica ya una humilde pero casi heroica actitud de la razón humana respecto a Dios al verlo como causa infinita. Pero esto abre al silencio. Porque acá no se está definiendo a Dios en tanto Dios sino Dios en relación con el mundo creado. Por lo tanto, qué es Dios queda abierto a la revelación, a la contemplación mística que es inefable o, por su puesto, a la visión de la misma esencia cuando lleguemos a ella en cuyo caso el silencio se transformará en un diálogo gozoso. Por eso, Maritain plantea que toda esta metafísica de Santo Tomás es una vía de apertura hacia la vía mística de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. En el último capítulo de *Los grados del saber*, él se toma un cuidado muy escolástico en decir que esta terminología de Santo Tomás aparentemente tan racionalista a nuestros ojos y que sin embargo era necesaria para su función apologética, deja abierto el silencio de la vida mística.

Además, el tema de la analogía deja abierta un tipo de analogía que es la analogía estrictamente poética (que llamaba analogía de proporcionalidad extrínseca). Esa analogía poética deja abierta las expresiones analógicas del silencio. El diálogo entre analogía y hermenéutica contemporánea es uno de los temas centrales que hay que tratar. Por eso lo tuve que dejar bien planteado porque si la consistencia hubiera significado univocidad, lo único que hubiera producido es la retroalimentación de una visión posmoderna que se declara irracionalista porque está reaccionando contra un racionalismo que tiene una mentalidad binaria que dice: si el mundo es ordenado, ello

implica una mentalidad lógica-matemática y ahí se acabó todo; y si no, no queda nada; o en ese caso, la estética y la poesía vienen a ser nuestro consuelo casi arbitrario de sentido frente a un mundo ontológicamente mudo. El tema del rescate de la analogía en diálogo con la hermenéutica es un tema que ya se comenzó a hacer, y por parte de algunos tomistas, por ejemplo, M. Beuchot; él lo hizo mucho por el lado de algo que es muy típicamente dominicano que es el diálogo que los tomistas actuales tienen con la filosofía analítica. En mi opinión, hay que introducir un poco más de Gadamer.

Para ello hay que insistir sobre la analogía. Santo Tomás la maneja al principio como un tema solamente lógico, como un tema de predicación. O sea, nosotros podemos hablar de ciertas nociones en parte igual, en parte diferente. Cuando él lo toma de Aristóteles parece ser un tema simplemente lógico; es la diferencia entre los términos unívocos, equívocos y análogos. El término unívoco: Juan es ser humano, Pedro es ser humano, luego ser humano es un término unívoco. El gato es un animal o es el instrumento que usamos para levantar el auto, es un término equívoco. Si le digo a mi mujer: “la belleza de tus ojos llega a los de tu alma”, entonces ahí hay una analogía. Pero parece ser un tema lingüístico. En la visión de Santo Tomás, la analogía, es decir, la relación entre lo diverso y lo uno es llevada al universo creado, es puesta ontológicamente. Si la providencia de Dios es como una especie de inteligencia *rodeante*, en este sentido el orden de la causa primera es uno, porque se identifica con su propia inteligencia que es uno y con su mismo ser que es uno. Pero dentro de esta inteligencia rodeante circula el universo creado en una relación, en principio armónica, porque es ordenado, incluyendo al mismo tiempo las relaciones libres y las relaciones contingentes y casuales, ya de los libres ya de los no libres como por ejemplo las fallas en la naturaleza. Pero a esto a él, con su terminología estricta, lo llama causa segunda. Entonces, ahí vienen sus cosas más lógicas que pueden chocar con mentes más poéticas. Es acá cuando dice que lo contingente desde el punto de vista de la causa segunda no se contradice con lo no contingente desde el punto de vista de la causa primera. Si alguien está acostumbrado a un San Agustín, Meister Eckhart o San Juan de la Cruz y lee esto en dos renglones. le pedirá que diga algo más. Pero son, sin embargo, expresiones muy densas que satisfacen a la vez esa armonía razón-fe porque el peligro latente de empezar a hablar como Meister Eckhart frente al contemporáneo es que el contemporáneo diga: “absolutamente bien, pero eso no es racional”. Con lo cual se retroalimenta el famoso debate que dice que lo metafísico y lo religioso no son racionales, sólo lo científico es lo racional. O sea, dos mundos *inconsistentes* entre sí, o como dos caminos bellamente separados. Como que cada uno le dijera al otro “es tu vida”. En cambio, Santo Tomás es un desafío a eso porque su armonía razón-fe exige fórmulas racionales muy cuidadas y que dejan abierto el diálogo con aquello que de algún modo supera la razón del hombre pero que la razón del hombre puede vislumbrar como razonable. En ese sentido yo sigo defendiendo esas fórmulas densas, poco poéticas de Santo Tomás. Están dentro de ese espíritu de armonía razón-fe.

Y esta armonía razón-fe se relaciona con el tema de la ciencia. El método científico es una manifestación más de la participación que la inteligencia humana tiene en la búsqueda del sentido (en el universo) y eso es coherente con todo lo que dijimos recién. En última instancia si hemos desarrollado eso tan milagroso que llamamos ciencia es porque hay un universo creado, un Dios que no reveló el contenido del orden, y una inteligencia humana que busca hipótesis acerca del contenido del orden. Eso es una visión de S. Kaki. Es el tema de la relación entre el universo creado y la cosmovisión científica. Hay que tener una visión de la ciencia donde la ciencia no esté separada de la razón. La filosofía de la ciencia actual ha evolucionado a un criterio de racionalidad donde la ciencia ya no es sólo el contexto de justificación matemática de las hipótesis

sino que la ciencia es sobre todo el momento de creación intelectual de las hipótesis. Y ese es un momento totalmente humano, personal. En última instancia, la separación entre ciencias y humanidades no tiene sentido, la ciencia es esencialmente humana y tiene todos los elementos de lo humano con sus ventajas y sus desventajas. A mi me parece que el positivismo cultural es un intento desesperado de librarse del sujeto, de la persona. Pero el sujeto se venga. Cuando se venga, el resultado puede ser un postmodernismo donde se acabó todo porque se presupone que la ciencia es una racionalidad separada de la persona y entonces se la condena...

2. Desde la modernidad en adelante.

Ahora vamos a ver una interpretación, valga la redundancia, completamente personal, de una especie de historia de lo que ocurrió desde la filosofía moderna en adelante que explica ciertas cuestiones. Dicen que Feyerabend cuando daba historia de la física, entraba a clase y decía: “vengo a contar un cuento”. Los filósofos también tenemos que ver la historia de la filosofía como una especie de cuento en el buen sentido del término. O sea, es una historia humana. Lo que pasa es que no es un cuento historiográfico. Uno nunca puede saber lo que pasó como si lo que pasó fueran datos. Uno puede intentar un sentido. Sentidos que son siempre debatibles...

Veamos al sujeto y objeto en Descartes. Me parece que con Descartes nace una concepción de sujeto y objeto que no estaba en el horizonte del antiguo y del medieval. Y no voy a hacer como Gilson o algunos otros que cubren a Descartes de todo tipo de críticas terribles. Al contrario, podríamos cubrir a Descartes de una total comprensión, no sólo desde un punto de vista histórico (como diría Gadamer) sino también dándole razón en muchas cosas. Contrariamente a lo que se pueda esperar de alguien que fue formado en cierto tipo de tomismo, yo siempre le tuve a Descartes un cariño entrañable. Es más, cuando sea viejito (más que ahora) voy a escribir un libro que se llame “En defensa de Renato”...

De manera muy comprensible, se había producido en el s. XVI una especie de escepticismo global, que se parece mucho a la situación filosófica actual, en el sentido que parece que se acabó todo, que nos quedamos sin sentido, como que es un mundo ya no de analogías sino de equivocidad absoluta. Descartes intenta ir al salvataje de ese mundo escéptico. Y en el método de Descartes nace una noción de sujeto y objeto muy paradigmática que sigue rigiendo culturalmente hoy, en aún aquello que intentan rebatir a Descartes, excepto en el caso de Heidegger.

Descartes tiene que poner entre paréntesis el problema de la existencia del mundo externo, porque ha sido puesto en duda por los escépticos, y él quiere demostrar que ese mundo externo existe. Entonces se enfatiza acá la siguiente relación: un sujeto como una conciencia pensante y un objeto como un mundo externo al sujeto, que es un mundo externo físico. Acá se enfatiza los típicos problemas gnoseológicos que luego siempre nos torturan en la historia de la filosofía: ¿cómo puedo estar seguro que la tiza existe? ¿Cómo puedo conocer la mesa? Parece como que, desde esta etapa en adelante, la tarea del filósofo consiste en demostrar que el objeto puede acceder al sujeto con certeza. Incluso hay cierta definición de conocimiento como relación intencional entre sujeto y objeto que asume que hay una distinción así entre sujeto y objeto. Objeto como mundo externo al sujeto. Sé que alguien me va a preguntar: ¿pero no es externo? ¿Acaso la mesa se confunde con la persona? Claro que no se confunde, pero acá externo quiere decir mundo físico. Hay una insistencia en la demostración de que la cosa física puede ser conocida por la conciencia. La conexión que encuentra Descartes es, permítanme decirlo, muy agustinista. Él sabe que la conexión entre sujeto y objeto pasa por la idea; que algunos escolásticos habían llamado signo. Pero me parece que en la formación de

Descartes no llegó la noción de signo formal. Para él los conceptos son como una especie de interfase entre la inteligencia y la realidad. Tenemos primero la inteligencia, luego los conceptos, que sería como copias (muchos filósofos hoy hablan de ideacopia), como fotos de la realidad, y ahí viene la típica pregunta: ¿cómo sé que la foto coincide con el original? La demostración de Descartes es genial: llegamos, a partir del sujeto, a que Dios existe y que Dios es la garantía. En ese sentido Descartes es un realista. Soluciona el problema del mundo externo, lo demuestra. Pero deja planteados estos problemas. A partir de él la filosofía se mueve alrededor de si tiene Descartes razón en esta demostración (escolástica se podría decir) de que el mundo externo puede ser demostrado de este modo. Entonces viene alguien muy simpático, muy buena persona, alguien que corta la idea de filósofo medio triste que a veces conocemos. Es David Hume. Gran filósofo político, gran economista, gran filósofo moral. Ustedes saben que yo tengo una visión de él mucho más positiva de la que habitualmente se tiene en los manuales de la historia de la filosofía como “el empirista”. Lo que ocurre es que como empirista fue bastante bueno y la respuesta que él da a Descartes es una respuesta muy interesante que en mi opinión queda grabada en el espíritu de la filosofía contemporánea (no solamente en el siglo XVIII). Él llega a la honesta conclusión de que no se puede demostrar que el objeto corresponde al sujeto. Dice que de lo único que puedo tener certeza es que tengo la experiencia de una sensación sensible. Pero no puedo demostrar que el objeto corresponde al sujeto y menos aún si esa demostración pasa por la existencia de Dios, de la cual tampoco tengo ningún tipo de demostración según las propias pautas del mismo Hume. Pero yo no me voy a detener ahora en este punto. Alguien me puede decir: “pero Hume se equivoca, sí se puede estar en la verdad, sí puede haber certeza, tal vez Descartes tenía razón”. Ok, pero yo quisiera detenerme en otra cosa. Él hace todas estas demostraciones, es decir, demostraciones de que no se puede demostrar que el objeto puede ser asumido como verdadero con certeza por el sujeto, pero dice además lo siguiente: cuando me salgo de mi escritorio de filósofo, entonces asumo la creencia de la vida cotidiana de que las cosas existen. Esto ha sido una huella en todo el pensamiento occidental. Aún hoy nosotros tenemos como dos mundos separados el mundo racional del filósofo y el mundo de la vida cotidiana. Porque en estos debates la razón parece como haberse concentrado en la demostración racional de que el objeto puede ser conocido por el sujeto. La razón a partir de Hume comienza a deslizarse hacia la física y la matemática como el lugar exclusivo de la razón. Por lo tanto, yo creo que en esta respuesta tenemos el origen de una creencia cultural: la separación neta entre vida cotidiana y filosofía. Por eso Hume no es el escéptico triste, es un escéptico profesional, dice: “...si ustedes quieren que me sienta y escriba como filósofo, no tengo más remedio que decirle a Descartes que lo suyo no se puede demostrar, pero luego ya está. Soy el David Hume que escribe sobre filosofía moral, economía, que invito a Adam Smith a cenar a mi casa y tengo amigos...”. Parece incluso que muchas mujeres se querían casar con él y él declinaba amablemente.... No era un escéptico triste.

Fíjense como se empieza a plasmar cierta obsesión torturante: sujeto, objeto, demostración, verdad, no verdad, una cosa que hace huellas en todas nuestras creencias culturales más profundas. Yo creo que eso explica ahora un poquito más una figura como Kant. Kant intenta solucionar el debate entre empiristas y racionalistas. Entonces el objeto como mundo externo puede ser conocido de algún modo por el sujeto de acuerdo a ciertas categorías con las cuales el sujeto ordena el objeto. De algún modo supera el escepticismo de Hume. Kant logra mantener cierto racionalismo pero asume que objeto entendido como mundo externo solamente puede entrar vía los sentidos pero la inteligencia conciente tiene un papel ordenador de los datos de los sentidos. Yo creo

que Kant nunca habría dado esta solución si no hubiera sido por el debate Descartes-Hume anterior. La figura de Kant, explicando las cosas así, se entiende a la luz del problema sujeto y objeto concebido así desde el siglo XVII en adelante. Por eso se produce también en Kant algo que influye notablemente en toda la filosofía contemporánea que es la pérdida de la famosa cosa en sí. Quiere decir esto que ya la naturaleza de las cosas, su esencia, queda desconocida; está ahí de algún modo pero la inteligencia humana no lo puede conocer porque lo que conoce es el fruto de su propia organización. Hay acá algo que es interesantísimo, ¿puede una persona humana conocer las cosas como si no fuera humana? ¿O no decían los escolásticos que todo lo que se recibe se recibe al modo del recipiente? ¿Qué quiere decir finalmente el “en sí”? La afirmación de Kant que la cosa en sí no puede ser conocida ¿presuponía que los escolásticos decían que la inteligencia humana tiene como una especie de visa secreta, dada por la CIA filosófica, por la cual accede totalmente a la esencia de la cosa? ¿O presuponía que Santo Tomás estaba diciendo que Dios le soplabá al oído de su inteligencia la esencia de las cosas, superando su humanidad? Cuando en gran parte de los debates de la filosofía contemporánea se niega que se puedan conocer las esencias, y por lo tanto todo el tema de la *consistencia* ontológica quedaría coherentemente refutado, estamos presuponiendo una negación de la cosa en sí como si la cosa en sí fuera un objeto que podía ser conocido absolutamente por el sujeto. Pero Descartes había llegado a decir que el objeto es conocido absolutamente por el sujeto, porque el objeto queda como un objeto físico-matemático: el mundo creado para Descartes es un mundo geométrico, un mundo esencialmente matemático. Parte de la defensa que uno puede hacer de Descartes es que su filosofía no solamente explica un renovado optimismo con respecto a las posibilidades gnoseológicas en el ser humano sino que es un estímulo a la ciencia, porque el universo creado por Dios es un universo geométrico-matemático. Pero en este racionalismo que va desde Descartes hasta Leibniz, la ciencia comienza a aparecer como un lugar privilegiado del conocimiento del objeto, prácticamente sin las contaminaciones del sujeto. (El famoso tema del método científico como aquello a lo cual el sujeto no “contamina”). Cuando la ciencia así concebida deja de ser racionalista cristiana (esto es Descartes-Malebranche-Leibniz), sigue siendo la misma ciencia, es decir, el lugar privilegiado del conocimiento del objeto físico-matemático sin sujeto contaminante, pero sin Dios, sin cristianismo. Ahí viene lo que Laplace le contesta a Napoleón: “esa hipótesis de Dios, emperador, ya no es necesaria”...

Mientras todo esto está sucediendo, alguien, como caminando por una especie de calle independiente, pretende solucionar este problema.

Es el famoso Edmund Husserl. Uno de cuyos primeros libros, *Investigaciones Lógicas*, aparece en 1900. Al principio aparece casi como un lógico. Hay dos visiones predominantes y a veces como demasiado gruesas de Edmund Husserl. Parece que hay un Husserl que en 1913 edita un libro llamado *Ideas I*, en el cual intenta recuperar la tradición escolástica de intuición de las esencias poniendo entre paréntesis la existencia de las cosas del mundo externo, y entonces parece que es un Husserl que afirma la intuición de esencias como si las estuviera fotografiando, al mismo tiempo que queda casi como idealista, según algunos críticos, porque puso entre paréntesis la existencia. Esa versión de Husserl queda medio solo, aislado. Los positivistas no lo aceptan, claro, y los tomistas no se comunican con él por el tema de la puesta entre paréntesis de la existencia. El círculo de Gotinga, donde pertenecía Edith Stein, empieza a alejarse por la contraposición realismo/ idealismo. Escribía además de modo muy extenso y el lector se cansaba de ver adónde él quería ir. Pero hay un segundo Husserl, en mi opinión totalmente coherente con el anterior, porque esta primera versión de Husserl que he

presentado es medio caricaturesca, nunca fue así. Hay un segundo Husserl que introduce una noción fundamental que se llama mundo de vida. ¿Por qué ésta es una noción fundamental para mí? Porque acá la noción mundo ya no es, y esto es fundamental, el mundo externo al sujeto pensante como cosa física externa. Mundo de vida hace relación a un mundo de relaciones entre sujetos. Es lo que se llama el mundo intersubjetivo. Por ejemplo, ahora, esto es un seminario; no es un seminario por las paredes, ni por la cortina, ni por el haz de luz; es un seminario porque las relaciones entre nosotros lo constituyen en un seminario. En ese sentido la noción de mundo de vida ya no es el mundo de vida biológica sino que es el mundo de vida humano, donde entonces se reintroduce a la filosofía esa vida, que por un lado, Hume había sacado de la racionalidad, y, por el otro, los existencialistas habían reintroducido pero reaccionando contra la razón. En cambio, en Husserl, al introducir el mundo intersubjetivo humano, el mundo de vida humano, lo introduce manteniendo algo fundamental: sobre la actitud natural de todos los días de este mundo intersubjetivo está la luz de lo que él llama la actitud teórica. Con la palabra teoría, Husserl recupera la noción contemplativa, clásica de la razón, ya no como cálculo sino como contemplación, aunque limitada, del mundo intersubjetivo. No en principio de la cosa física sino es la luz de la razón sobre el mundo intersubjetivo. La razón es así concebida de una manera más amplia, y vida y razón comienzan a unirse nuevamente. La tradicional dualidad sujeto-objeto es superada (el término superación me lo enseñó a usarlo así el padre Leocata, como una especie de salto por arriba) por la relación persona-mundo. Por ejemplo, ¿cuál es nuestro mundo intersubjetivo en este momento? Este seminario. El seminario no es ya una cosa física externa a nosotros, sino que el seminario somos nosotros mismos desde el punto de vista de la relación que ahora nos convoca. Miren que voy a hacer cambios terminológicos que no nos suenan, porque nuestras bases lingüísticas son positivistas, hablamos como si fuéramos positivistas. Este seminario es subjetivo, o sea, es personal, es intersubjetivo. Pero subjetivo no es arbitrario, esta es la gran diferencia que aclara Heidegger en Ser y Tiempo. Decir que este seminario es intersubjetivo es decir que es personal. Sanamente subjetivo; pero eso no quiere decir que sea arbitrario. Es arbitrario decir que en este momento estoy caminando por la playa, o que estoy durmiendo en mi casa. Y es verdadero decir que estoy con ustedes dando un seminario; y esta noción de verdad, ya no es el objeto que cae en el sujeto, sino que es la expresión de un mundo de vida habitado. Fíjense la palabra habitar. Conocer es habitar. Conocer es estar en casa. Casa es mundo. Mundo es el mundo de la persona. Esto es toda una redefinición conceptual y terminológica que todavía no ha terminado de llegar, excepto ciertas fases de la filosofía continental que recién están tratando lentamente de comunicarse con otras corrientes. ¿Por qué esto para mí es tan importante? Porque supera la dialéctica sujeto-objeto. Y acá incluso se reasume la visión de las cosas físicas. Voy a nombrar a una autora interesante. Santa Teresa en su libro Castillo interior. Santa Teresa quiere contraponer el agua natural al agua de la vida eterna. Entonces dice ¿qué es el agua? El agua es aquello sin lo cual habría calor; el agua es aquello que sirve para limpiar; el agua es aquello que sirve para beber. Y eso, dice Santa Teresa, sin embargo, es similar pero diferente al agua de vida eterna. Fíjense en esa caracterización del agua: esto es revolucionario filosóficamente, pero está como escondido en la mística. Esa caracterización del agua ¿es falsa? No, es verdadera. ¿Es absolutamente verdadera? ¿Es lo que Dios conoce del agua? En parte: Dios sabe que a nosotros nos sirve para vivir, pero lo que Dios conoce del agua, yo no lo sabré, nadie de nosotros de nosotros lo sabrá. Entonces fíjense cómo la cosa física es asumida como aquellos elementos del mundo de vida relacionados con nuestro mundo intersubjetivo. Es decir, conocemos de las cosas físicas aquellos aspectos de las cosas físicas relacionados con nuestro mundo

intersubjetivo. Lo que queda afuera o es lo conocido por Dios, o es tal vez esa pregunta humana, con respuestas hipotéticas, de qué será independientemente de lo humano. ¿Será H₂O? Estamos formados culturalmente en el positivismo, los positivistas dicen el agua es H₂O, con absoluta certeza, y todo lo demás, Santa Teresa, Husserl y etc., es absolutamente subjetivo. Yo lo estoy planteando al revés: el agua es fundamentalmente aquello que nos sirve para beber, aquello que puede producir una inundación, aquello que puede salvar una vida y quedan muchas más cosas de saber del agua que Dios las sabrá o tal vez la ciencia “más o menos las conjeturará”.

Entonces Husserl recupera de algún modo lo “en sí”, pero superando otro planteo de lo en sí. Frente a esto que estoy diciendo yo no puedo preguntarme qué es en sí el agua como si el agua pudiera ser conocida independiente de nuestro mundo de vida. Pero cuando es conocida desde nuestro mundo de vida, en nuestro mundo de vida, es conocida con realidad, con un margen de verdad. No es de manera relativista en el sentido positivista del término, es decir, lo relacionado con el sujeto que contamina la verdad. Sino, relacionado con el mundo intersubjetivo, que no contamina sino que da sentido humano. Sé que lo que estoy diciendo es muy raro o revolucionario pero es la revolución husserlina del mundo de vida. De ahí surge, (aunque poniendo entre paréntesis a Heidegger) la noción de Gadamer de horizonte de precomprensión. Un horizonte que es histórico, pero no por histórico es relativo, sino que la historicidad es una característica fundamental de nuestro mundo de vida intersubjetivo. Por ejemplo, este seminario tiene historia. La historia la contó el Dr. Adolfo Critto cuando empezamos. Tiene un futuro. La historicidad es esencial al mundo intersubjetivo pero no implica ningún relativismo. Es parte de lo que significa ser humano. Esta noción de conocer en el mundo, conocer desde un horizonte y la transformación de todo esto en interpretar, es lo que proporciona las bases (y esto ya no lo dicen ni Husserl ni Gadamer), de lo que a mí me gusta llamar una hermenéutica realista. Conocer es interpretar porque conocer es conocer desde el mundo de vida. La interpretación ya no queda como un algo sobre algo. No queda como un sujeto que tiene que dar un sentido a un hecho diferente del sujeto, llámese texto, obra de arte o Sagradas Escrituras. La interpretación ya no es eso. Es estar aquí y decir “estoy en un seminario”. Una noción revolucionaria de interpretación pero que asume la realidad del mundo de vida.

Aquí viene la relación entre Wittgenstein y Husserl, que es la que hace Leocata en su último libro, *Persona, lenguaje y realidad*. El lenguaje en este mundo intersubjetivo deja de ser una interfase entre el sujeto y la cosa física, sino que el mundo intersubjetivo es humano y al ser humano es hablado. No como si el lenguaje fuera solamente el decir a otro sino que el lenguaje forma parte de una situación vital, o sea, el lenguaje es acción humana. Y esa acción humana impregna ese mundo de vida. Es decir, el mundo de vida intersubjetivo es un mundo de vida de hablantes. Algunos han interpretado esto como si entonces la realidad toda se redujera a lenguaje y eso es lo que yo no estoy diciendo. Digo que la realidad es la realidad de las personas que se relacionan y que se manifiesta en lenguaje. Y ahí es el entronque que se puede hacer con las nociones de Wittgenstein de juegos de lenguaje y formas de vida. No se sabe si él las hizo. Wittgenstein es uno de esos típicos autores, como Heidegger, disparadores de ideas. ¿Y qué es lo que ha disparado a personas que tenemos una formación más clásica? Que el lenguaje no es parte sino manifestación necesaria de la realidad del mundo intersubjetivo. El lenguaje no es una cosa aparte del mundo.

Fíjense el entronque que con esto se puede hacer entre realidad, persona, analogía, mundo, interpretación, lenguaje. Cuando uno va uniendo estos factores, la realidad es la realidad de las personas, personas que conocen analógicamente y que están en un universo analógico, por lo tanto, están en un mundo que llamamos intersubjetivo. Ese

mundo intersubjetivo es la realidad primariamente conocida. Desde ahí se conocen las cosas físicas. La interpretación ya no es algo sobre algo sino que es la manifestación del mundo de vida habitado. La verdad es la manifestación de ese mundo de vida habitado. El lenguaje es la característica hablada de ese mundo. Uno va reinterpretando todos los términos para tratar de superar los conflictos ineludibles de sujeto, objeto, mundo externo. Cuando ciertos tomistas de principios de siglo le dicen a Descartes el mundo externo es evidente, están asumiendo una noción de mundo externo que me parece que no se tenía que asumir. Porque faltó trabajar con esta noción de mundo de vida intersubjetivo y asumir el mundo físico desde este mundo. Sé que es muy audaz pero me permito decirlo. Se trabajó mucho en recuperar el acto de ser, que estaba perdido y eso estuvo muy bien; se trabajó mucho en aclarar que si Descartes era idealista, no había que asumir su idealismo; pero se tardó mucho en asumir este margen de realismo intersubjetivo que había en la filosofía de Husserl. Por eso nos seguíamos manejando con términos que remitían al problema de si el objeto correspondía al sujeto...

Esto implica la recuperación del sentido. Acá, esa famosa distinción entre esencia y ser de los escolásticos se recupera desde un mundo de vida. Por ejemplo, ¿cuál es la naturaleza de nuestro mundo intersubjetivo en este momento? Ser un seminario. Fíjense cómo la naturaleza de los mundos intersubjetivos van cambiando de una manera que nosotros no imaginamos. Si a las 5 de la tarde yo sigo aquí hablando solo, ya no es un seminario, es un episodio psiquiátrico, otro tipo de mundo intersubjetivo; va a estar el Dr. Adolfo Critto llamando a una ambulancia. Este ejemplo es para mostrarles que lo físico, en el sentido lato del término, no es lo determinante de lo real sino que lo determinante de lo real de nuestra vida humana son nuestras relaciones. La naturaleza física se va identificando según la naturaleza de nuestras relaciones intersubjetivas: ser padre de, ser amigo de, ser alumno, ser profesor, ser parte del seminario, ser colega, ser enemigo. Se recupera la noción de esencia, limitadamente conocida, y se recupera la noción de realidad, porque hay algo que acá no se pierde: el ser de las personas. Ser que a mí me gusta ahora caracterizarlo con un intento de diálogo entre lo mejor de Santo Tomás y lo mejor de Heidegger: nunca intenten definir in abstracto qué es el ser, sencillamente imaginen que no son y ya está. Contrapongan “yo soy” con nada. Y ahí está, es lo que llamamos el ser de la persona.

¿Porque esto implica una recuperación del sentido? Porque entonces de algún modo se recupera la diferencia entre esencia y ser. El énfasis filosófico es puesto en la noción de mundo intersubjetivo, o sea, en la noción de persona. Entonces, se recupera lo mejor de la tradición cartesiana. Esto lo están comenzando a decir algunos, por ejemplo, lo dijo Sanchez Sorondo, filósofo que está en el Vaticano, cuando comentó la *Fides et Ratio*: a partir del camino de la fenomenología de Wojtyla, la relación entre creatura y mundo ya no es entre la piedra y Dios sino entre el hombre y Dios, la persona y Dios. La finitud y la limitación se descubre primariamente en nuestro mundo intersubjetivo. Y de ahí se llega (vía clásica) a la noción de una causa primera que llamamos Dios. Entonces esto es una sana herencia de una enseñanza cartesiana, de algún modo las cosas pasan por el yo, pero ahora no por el yo solipsista sino por el “nosotros somos”. El sentido se recupera. Esto permite dialogar perfectamente con toda la tradición agustinista. Se recupera la posibilidad de llegar a la coherencia final, a la consistencia originaria. Y entonces queda abierto el camino a otro aspecto de la consistencia: las cosas físicas quedan asumidas: como cosas relacionadas y conocidas con evidencia en nuestro mundo intersubjetivo, café, taza, mesa, son elementos conocidos con certeza en nuestro mundo intersubjetivo. La ciencia es como si fuera una segunda pregunta. Introduce el “...qué será todo ello sin la mediación de ese mundo”. La ciencia es un intento de hacer una hipótesis acerca de cómo Dios las creó. Ese es un camino de la ciencia que ya

estaba en la tradición clásica. El forjar hipótesis sobre el mundo físico independientemente del mundo intersubjetivo, es una visión del mundo que está sanamente condicionada por la presuposición de que Dios creó (crea) las cosas. O sea: yo sé que la montaña es algo independientemente de mi mundo intersubjetivo sobre todo porque hay Dios. Lo que quiero decir es que, y acá sí adhiero a la tesis de S. Jaki, lo que estimula en Occidente la búsqueda del orden en las cosas físicas es la conciencia de un mundo creado, natural y a la vez no revelado. Esto no es etnocéntrico. En otras culturas la no distinción entre lo sobrenatural y lo natural, la no distinción entre lo sagrado y lo no sagrado, implica que la noción de lo sagrado atraviese a lo no sagrado y, por lo tanto, lo no sagrado no queda librado a la libre investigación. La distinción, en cambio, entre lo natural y lo sobrenatural y la conciencia de que hay un mundo natural creado por Dios, y un plan de salvación que va por el ámbito sobrenatural pero que no tiene que ver con el mundo físico, estimula la libre investigación sobre el mundo físico. Yo puedo plantear la hipótesis que quiera sobre la naturaleza del agua porque no forma parte del plan de salvación ni está revelado. Desde este punto de vista, creo que hay un entronque entre lo mejor de Husserl, Gadamer, la filosofía del lenguaje y la filosofía de la ciencia del siglo XX y la tradición clásica que hemos visto. Lo que eso nos permite es esto que llamo la recuperación del sentido, es decir, la suposición de que hay un mundo consistente, coherente, hay un mundo ordenado, que no choca con la filosofía del lenguaje y la hermenéutica contemporánea tal como las hemos presentado. Choca, por supuesto, con los paradigmas comunicados. Choca con el modo de hacer filosofía que tenemos a veces en el siglo XX. El especialista que hace “Gadamer y nada más, lo demás no existe”, y el otro que se dedica a “Santo Tomás”. Esa especialización, que académicamente es conveniente porque no se puede escribir de todo, sin embargo, quita el diálogo entre paradigmas, quita lo que estamos haciendo ahora, la sala de profesores, el congreso interdisciplinario, quita el diálogo. Al quitar el diálogo, los paradigmas no se comunican. A veces por razones de enemistades, pero a veces sencillamente por hábitos académicos. Y esos hábitos son los que debemos empezar a cortar. ¿Por qué no puede haber un lenguaje conjunto entre tomistas, fenomenólogos, hermenéuticos y filósofos analíticos? Una primera razón es porque están todos peleados; ok, pero ¿y si no la tuvieran? ¿Qué razón hay en sí para que no puedan juntarse? Posiblemente aunque puedan ser grandes amigos entre ellos, en principio no es posible la comunicación entre esos paradigmas. Y eso enardece y fomenta un mundo comunicado. Un mundo que parece un libro cuyas páginas están separadas unas de las otras, no tienen conexión. Cada página es coherente en sí misma pero no tiene consistencia con el resto. Paradigmas filosóficos comunicados generan ese tipo de visión. Creo que están comunicados porque todavía ha faltado empatía para ver la posibilidad de comunicación entre los diversos paradigmas. A nosotros por lo menos, nos ha servido hoy para decir la filosofía contemporánea no se enfrenta con la visión clásica. Se enfrenta “*per accidens*”, pero no “*per se*”.

Hay toda una filosofía del diálogo en la filosofía contemporánea que yo estoy notando que se intenta transmitir al mundo académico, porque el mundo académico, comprensiblemente, se mueve como Kuhn describe que se mueven las comunidades científicas, de modo paradigmático y encerrado. Por ejemplo, hay algunos filósofos que están tratando de rescatar esa noción de ciencia comunitariamente realizada, como tenía por ejemplo, Charles Peirce; comunitaria en sentido amistoso, es decir, él concebía a la ciencia como un trabajo de amigos en conjunto. Es una visión muy ética de la ciencia, no tiene que olvidar las enseñanzas de la sociología de la ciencia, pero la recuperación de esos hábitos académicos creo que es parte de nuestro mundo ético-normativo que nos va a permitir hablar con personas donde esa empatía y amistad es fundamental. Tal vez

en el diálogo filosófico la empatía con el otro filósofo no sea una circunstancia accidental en la construcción a la que se llega, sino una circunstancia a veces esencial. Yo he llegado a veces a modificar alguna parte importante de algún escrito por que un amigo lentamente me lo hizo ver. En ese sentido hay una gran diferencia entre diálogo, por un lado, y un lenguaje asumido como acción estratégica, por el otro, que ya no es lenguaje sino manipulación del otro o defensa de uno frente al otro, y esto Habermas lo ve muy bien. Si yo voy a un congreso de filosofía donde del otro lado están sentados los heideggerianos anti-tomistas y yo aparezco ante ellos como el tomista y yo a su vez los miro a ellos como los heideggerianos que están todos confundidos, obvio que no va a haber diálogo; el lenguaje va a ir disperso en la misma estrategia: primero un lenguaje de buenas formas pero luego estrategias defensivas para imponer mi discurso lingüísticamente, vencer al otro frente al auditorio. Bueno, ese tipo de cosas no conducen a nada: en ese caso, una posibilidad de intersección entre parte de la filosofía de Heidegger se perdió.

Otra aclaración pertinente es sobre el tema del relativismo. Yo creo que la contraposición verdad-relativismo también en cierta medida fue estimulada por una noción de verdad que quedó muy apegada a una noción de un objeto que tenía que caer pasivamente en la mente de un sujeto que es como un grabador. Cuando la reacción existencialista por un lado y la hermenéutica por otro lado insisten y descubren que eso no es posible, que el mundo intesubjetivo siempre está dando sentido a las cosas, entonces (lo voy a decir en términos económicos) dado que la verdad había sido depositada en el banco de una objetividad sin mundo de vida, cuando entonces se descubre que la objetividad sin humanidad es imposible, entonces cae la verdad también. Gran parte reacciones que hoy llamaríamos relativistas por parte de personas de muy buena voluntad e indudable honestidad, gran parte de las reacciones contra la verdad como correspondencia, tienen que ver con esa noción de verdad trabada totalmente con esa dialéctica sujeto-objeto. El ejemplo, típico de esto es Thomas Kuhn, epistemólogo que se pasó después del 70 en adelante aclarando que él no era relativista. Pero llega un momento en que él dice: lo que nunca voy a aceptar de Popper es su noción de verdad como correspondencia con los hechos. ¿Por qué dice eso? Porque para Kuhn hechos significa ese mundo físico objetivo que no tenía nada que ver con el mundo de vida humano que él había redescubierto humildemente en el mundo de la ciencia. Entonces la reacción contra la noción de verdad tiene que ver con este planteo incorrecto del tema: objeto físico y sujeto pasivo. Una vez que se superen estas dialécticas, van a quedar problemas éticos, siempre va a estar el que de algún modo quiere relativizar la verdad porque quiere mentir, pero eso en el fondo es un problema ético. Pero me parece que las aguas filosóficas se van a calmar. Si alguien le hubiera podido dicho a Kuhn: mire, correspondencia con los hechos es un lenguaje positivista, en realidad verdad quiere decir la expresión del mundo de vida real, si él hubiera dialogado con esa corriente, las cosas hubieran sido, tal vez, diferentes.

Pero obviamente, el método científico, si por método se entiende un intento de liberarse de las arbitrariedades humanas, entonces está bien. Pero por método se entiende un intento de liberarse de las conjeturas humanas, desde Popper en adelante ya se sabe que no es así. Lo que pasa es que después vienen las reacciones. Si la verdad se había depositado en un método científico que te liberaba de las conjeturas, cuando viene Popper y te habla de las conjeturas se te viene el mundo abajo. Popper hoy en día ha quedado casi como un escolástico porque maneja una noción intuitiva de verdad y muchos colegas le han dicho que no la puede formalizar. Claro que no la pudo formalizar, lo cual aumentó el escándalo entre sus colegas. Veamos entonces la noción de verdad (acá sí voy a asumir algunas cuestiones de Heidegger). El mundo

intersubjetivo es un mundo habitado porque se está en él. Es la noción de estar-en-el-mundo que creo que tiene íntima relación con el mundo de vida husserliano. Por lo tanto, desde este punto de vista, la noción de verdad tiene que ver con la manifestación lingüística de esa habitación, de ese estar en el mundo. Ejemplo fenomenológico: si alguien abre la puerta en este momento y te llama para algo que puede ser hecho a las 5 de la tarde, vos le decís que estas en un seminario y lo ves después. Esa expresión se podría decir que es verdadera sencillamente porque está expresando el mundo de vida que estás habitando. Y, a su vez, la credibilidad de tu expresión tiene que ver con la cercanía a tu mundo de vida habitado: suponete que quien te llama dice “¿Vos en un seminario?”. Pero no es simplemente una cuestión de credibilidad que afecte o no si estás o no realmente en el seminario. Porque si verdaderamente vos no estás en el seminario aunque vos estás sentado ahí, no vas a estar. La noción de verdad en ese sentido recupera su evidencia más originariamente humana y recupera la sencillez del mundo de vida. No niego con esto que luego sean importantes trabajos de filosofía del lenguaje para aclarar el tema de la noción de adecuación. Pero el análisis fenomenológico que hice recién recupera la sencillez de lo que significa verdad en el mundo cotidiano. Lo importante es que esas verdades son las relativamente necesarias para lograr ciertos consensos sobre cuestiones más difíciles. Y en eso sigo siendo escolástico, o sea, yo nunca comenzaría a dialogar con alguien diciendo: mirá las pruebas de la existencia de Dios de Santo Tomás. Le diría, ¿dónde estamos? ¿Estamos caminando por la calle? ¿Si? ¿Eso es filosófico o no? Mi interlocutor diría que no, pero, ¿por qué? Esto es: se trata del intento de reintroducir en la vida cotidiana en la noción de racionalidad intersubjetiva. Parecerá muy humilde pero, sin embargo, es muy fructífero para la solución de aporías interminables....

3. Conclusión:

Una vida humana coherente, “consistente”, donde el ser humano viva en armonía con Dios, con su prójimo y con la naturaleza física, necesita, hoy, una reconsideración de la racionalidad. La racionalidad ha sido depositada en el banco de una ciencia positivista, de un objeto sin que lo humano moleste. El banco ha quebrado y la verdad se ha perdido. Hay que recuperar la razonabilidad de lo humano, de lo cotidiano, de lo sencillo en ese sentido, y concebir allí la filosofía como la actitud teórica desde y hacia ese mundo vital. Así la filosofía volverá a ser “sabiduría”, donde todo lo humano será exaltado, precisamente porque se verá desde Dios.

Bibliografía:

Artigas, M.: La mente del universo, Eunsa, Pamplona, 1999

Conesa, F., y Nubiola, J. —Filosofía del lenguaje; Herder, Barcelona, 1999

Critto, A.: Consistencia. Ser coherentes. UCA, Buenos Aires, 2000.

Deaño, A. —Las concepciones de la lógica, Taurus, Madrid, 1980

Derisi, O. N. —Santo Tomás de Aquino y la filosofía actual; Universitas, Buenos Aires,

1975

- Fabro, C. —Participation et causalité, Louvain, 1961
- Feyerabend, P.: Tratado contra el método; Tecnos, Madrid, 1981
- Gadamer, H-G.: Verdad y método, I, y II [1960/1986]; Sígueme, Salamanca, 1991/1992
- Gilson, E.: El realismo metódico, Rialp, Madrid, 1974
- Habermas, J. —Teoría de la acción comunicativa, Taurus, Barcelona, 1987
- Heidegger, M. —Ser y Tiempo, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997, traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo Rivera C.
- Husserl, E. —Experiencia y juicio [1919-20 aprox.]; Universidad Nacional Autónoma de México, 1980
- Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica [1913]; Fondo de Cultura, México, 1986
- Ideas... Second book [1928 aprox.], Kluwer Academic Publishers, 1989
- Investigaciones lógicas [1900]; Alianza, Madrid, 1982, tomos I y II
- Invitación a la fenomenología, Paidós, 1992
- La filosofía como ciencia estricta [1911]; Universidad Nacional de Buenos Aires, 1951
- Meditaciones cartesianas, Tecnos, Madrid, 1986 [1931]
- Problemas fundamentales de la fenomenología, Alianza, Madrid, 1994
- The Crisis of European Sciences [1934-1937 aprox.]; Northwestern University Press, 1970
- Jaki, S. —The Road of Science and the Ways to God, University of Chicago Press, 1978.
- Koyré, A.: Estudios de historia del pensamiento científico, S. XXI, 1977
- Kuhn, T. —La estructura de las revoluciones científicas; FCE, 1971
- Lakatos, I. —La metodología de los programas de investigación científica; Alianza Ed., Madrid, 1989
- Leocata, F. —Del iluminismo a nuestros días, Don Bosco, Buenos Aires, 1979
- Persona, Lenguaje, Realidad, UCA, Buenos Aires, 2003
- “El hombre en Husserl”, Sapientia, 1987, vol. XLII, pp. 345-370
- “La filosofía y el diálogo interdisciplinario”, en Sedes Sapientiae (2001), Año IV, Nro. 4, pp.134-139
- Llano, A. —Metafísica y lenguaje, Eunsa, Pamplona, 1984.
- Mariás, J.: Historia de la filosofía; Ed. Revista de Occidente, 1943.

- Peirce, Ch. —Essential Peirce, Vol II, Indiana University Press, 1998.
- Popper, K: Conjeturas y refutaciones; Paidós, Barcelona, 1983
—Conocimiento objetivo; Tecnos, Madrid, 1988.
—La lógica de la investigación científica, Tecnos, Madrid, 1985
- Putnam, H.: Realism with a Human Face, Harvard University Press, 1992
- Sánchez Sorondo, M.: —“Hacia una filosofía abierta a la fe”, L'Osservatore Romano, Edición Semanal en Lengua Española del 8-10-1999.
- Santo Tomás —De Anima, Edición bilingüe de Arché, Buenos Aires, 1979
—De ente et essentia. Edición bilingüe de la Universidad Nacional de Buenos Aires, 1940
—De Veritate, Marietti, Roma, 1964
—In Boethium de Trinitate en: Teoría de la ciencia; Ediciones del Rey, Buenos Aires, 1991
—Suma Contra Gentiles, BAC, Madrid, 1967
—Suma Teológica, Marietti, Roma, 1963
- Schutz, A. —On Phenomenology and Social Relations; University of Chicago Press, 1970.
- Sciacca, M. —Historia de la filosofía, Luis Miracle, ed., Barcelona, 1954
- Stein, E. —El ser finito y eterno (FCE, México, 1996 [1936])
- Wittgenstein, L.: Investigaciones filosóficas, Crítica, Barcelona, 1988
- Wojtyła, K. —Cruzando el umbral de la esperanza, Plaza y Janés, Barcelona, 1994
-

Cuarta parte: La consistencia y la crítica
a la idolatría
Ignacio De Marinis

Una introducción fruto del diálogo en torno a la consistencia

1. Consistencia y razón

Antes de hablar sobre la relación entre la consistencia y algunas ideas de la filosofía sería necesario poner en contexto dicha relación tematizando la relación entre la consistencia y la racionalidad, ya que el pensamiento filosófico pretende ser un discurso racional sobre el ser en sus más variadas manifestaciones.

Utilizaremos como hilo conductor para este tema la relación entre fe y razón. En la encíclica *Fides et Ratio*, de Juan Pablo II de 1998, se señala que el anuncio cristiano tuvo que confrontar desde el inicio con las corrientes filosóficas de la época. Es decir, la realidad del cristianismo no se estableció al margen de los problemas filosóficos. No porque el cristianismo es una corriente filosófica más, sino porque el anuncio cristiano es un anuncio total. Expresa una verdad que no se circunscribe a lo que se puede entender como una “mera fe”. En ello se muestra la necesidad de superar todos los dualismos.

En los Hechos de los apóstoles se narra la discusión que san Pablo tiene con filósofos epicúreos y estoicos en Atenas: “Los primeros cristianos, para hacerse comprender por los paganos, no podían referirse sólo a Moisés y los profetas; debía también apoyarse en el conocimiento natural de Dios y en la voz de la conciencia moral de cada hombre” (p. 51, punto 36).

Pero este conocimiento natural había degenerado en idolatría en la religión pagana. Así, san Pablo considera más oportuno relacionar su argumentación con el pensamiento de los filósofos, que ya se habían opuesto a los mitos. Es decir, la filosofía (como pensamiento racional) ya había iniciado un proceso de purificación de la razón. Podemos decir que la razón era llevada a través la filosofía a un proceso de autoesclarecimiento de su propia realidad. La razón dejaba de estar atada a las figuras idolátricas para poder adquirir una conciencia mayor de su realidad, que no está atada a las construcciones que ella misma puede realizar sino que se descubre perteneciente a una realidad que la trasciende, la guía y la abre a un proceso de un mayor alcance. La filosofía, en su verdad, comienza a descubrir su propia esencia como apertura irrestricta. La filosofía entonces inmediatamente se opone a la idolatría; ella se cierra e imposibilita la apertura. La filosofía tiene su comienzo cuando las formulaciones conceptuales pueden ser sometidas a críticas. No eran datos recibidos y meramente creídos sino que eran pretensiones de explicar la realidad en su esencia y a su vez, en tanto pretensiones, estaban sujetas a la crítica de los demás. Ese proceso de crítica dialógica que se inicia con los griegos no tiene límites ni temporales, ni espaciales. Toda la filosofía es un constante diálogo con la propia historia de la filosofía y este diálogo es condición de un nuevo diálogo. Sócrates fue una de la figuras que primero puso en evidencia esta condición de la filosofía; Y eso lo hizo con su propia vida: su vida filosófica fue un diálogo que tenía como norte el “solo sé que no sé nada”, es decir, la aceptación de que las verdades establecidas podían y debían ser criticadas y medidas con un ideal que no poseía él (por eso el “no sé nada”, es decir, la conciencia de su ignorancia) pero el cual él reconocía como una realidad más grande que todos. Por eso Sócrates decía (según lo había revelado el oráculo de Delfos) que él era la persona más sabia pero no por lo que sabía (como todos se podían imaginar que sería un verdadero sabio) sino porque él sí era conciente de su ignorancia y no como los pretendidos sabios que no conocían que realmente nada sabían. Así, la verdadera filosofía, como toda conducta humana, debe estar atenta de no degenerar de nuevo en idolatría. Es decir, en una razón que no se abre

a su realidad trascendente, de la cual es dependiente, y, de manera contraria, se queda cerrada en las figuras y construcciones parciales, deviene en una idolatría¹⁷. La razón purificada por el pensar filosófico está más abierta a la trascendencia. En definitiva, una razón consciente de sus límites y de su realidad (como apertura irrestricta) es una razón consistente. Es decir una verdadera razón; una razón que no se autodestruye. La consistencia se revela aquí como la humildad de la razón. “Se inició así un camino que, abandonando las tradiciones antiguas particulares, se abría a un proceso más conforme a las exigencias de la razón universal” (punto 36).

Así, el inicio de la filosofía fue tematizado como la confrontación entre mito y razón. Esto se puede comprender como el camino por el cual la filosofía supera la idolatría; y, con este proceso de autoconciencia de su ser, también se abre a la consistencia (que es su realidad más propia y verdadera).

Esta razón madura (en tanto es consciente de su apertura) se abre a la realidad trascendente. Los filósofos clásicos buscaron purificar de las formas mitológicas la concepción que los hombres tenían de Dios. Es con esta razón con la que la fe dialoga. Esto muestra también que la religión no viene a imponer desde afuera las cosas por la “mera” fe, borrando toda relación con la razón, como una imposición contraria a la razón o conocimiento natural. Contrariamente, la religión supone el conocimiento natural y necesita de él, en su pureza y originalidad. Dios (hecho hombre) viene a responder a la totalidad de la realidad humana. No censura ni aplaza la humanidad del hombre. Su verdad necesita de ella llevada a su apertura máxima.

Así, la tarea de la patrística fue la de dar fundamento racional a su creencia. Ya tenemos desde entonces el vínculo entre razón y religión. Y esto se establece como una tarea constante, nunca ganada ni terminada. Es un trabajo. Esto tiene una historia y sigue hoy en día. Esto es muestra de la consistencia misma; es la apertura irrestricta de la razón llevada al máximo, es decir, la razón sin sesgos ni exclusiones, en diálogo.

Es importante reconocer cómo la misma razón puede ser contradictoria consigo misma. En la encíclica se advierte sobre ese peligro en la filosofía. Esto se vio reflejado en la historia en algunos movimientos gnósticos del comienzo de nuestra era. Estos movimientos combinaban pasajes de la Biblia con otras creencias y mitos de la época. Más allá de las particularidades de estos movimientos lo que tenían en común es la creencia de que el saber era lo que salvaba. Es decir, solamente aquellos que tenían un conocimiento podían salvarse. Por eso se llaman movimientos “gnósticos”. La filosofía termina confundida con un conocimiento de orden superior, esotérico, reservado a unos pocos perfectos. Así, la razón no es la razón en su amplitud verdadera, que pide la fe y se abre a ella, sino es una razón que intenta cerrar sobre sí misma, que pretende clausurar el misterio; una razón que no se abre a la consistencia. Pretende ser autónoma en la explicación. Por eso, la fe no es contraria a la razón auténtica, pero sí lo es respecto a una que pretende cerrarse sobre sí misma. Tal razón lo único que hace es rechazarse a sí misma, es decir, es contradictoria. Es una razón que no responde a la consistencia; no corresponde a la conciencia como guía primera. Por eso es una consistencia espuria, es una razón espuria. Se vale de sus principios para negarlos. Esto es caer en la idolatría. Contra esa razón y filosofía se oponía el mensaje cristiano en san Pablo y en los padres de la Iglesia. Y se puede decir que también contra esa razón se oponía la verdadera filosofía.

La guía para el trabajo de purificación de la razón es la misma consistencia. “En efecto, fueron capaces de sacar plenamente a la luz lo que todavía permanecía implícito y propedéutico en el pensamiento de los grandes filósofos antiguos. Estos, como ya he

¹⁷ Acá se hace importante la advertencia que hace Marion contra una nueva idolatría de la razón en la filosofía que olvida la distancia entre los conceptos humanos y el Dios verdadero.

dicho, habían mostrado cómo la razón, liberada de las ataduras externas, podía salir del callejón ciego de los mitos, para abrirse de forma más adecuada a la trascendencia. Así, pues, una razón purificada y recta era capaz de llegar a los niveles más altos de la reflexión, dando un fundamento sólido a la percepción del ser, de lo trascendente y de lo absoluto!” (p. 58).

Esa fue la tarea de los Padres de la Iglesia: “Ellos acogieron plenamente la razón abierta a lo absoluto y en ella incorporaron la riqueza de la revelación. El encuentro no fue sólo entre culturas, donde tal vez una es seducida por el atractivo de la otra, sino que tuvo lugar en lo profundo de los espíritus, siendo un encuentro entre la creatura y el Creador” (p. 58).

En el discurso de Rastibona el 12 de septiembre de 2006, Benedicto XVI hizo referencia a cierto diálogo que el emperador bizantino Manuel II Paleólogo mantuvo con un persa por el año 1391 en Ankara, citando un trabajo de Theodore Khoury. Allí se relata cómo el emperador explica las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo insensato. Se dice allí: “La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma. «Dios no se complace con la sangre — dice—; no actuar según la razón (συν λόγῳ) es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas... Para convencer a un alma racional no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona»”.

Según el comentario de Benedicto XVI, en esta argumentación la afirmación decisiva es: no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios.

Tanto para el emperador, como para el bizantino educado en la filosofía griega, esta afirmación es evidente. “En cambio, para la doctrina musulmana, Dios es absolutamente trascendente. Su voluntad no está vinculada a ninguna de nuestras categorías, ni siquiera a la de la racionalidad”. Khoury cita una obra del conocido islamista francés R. Arnaldez, quien observa que Ibn Hazm llega a decir que Dios no estaría vinculado ni siquiera por su propia palabra y que nada le obligaría a revelarnos la verdad.

Benedicto XVI se pregunta si este impedimento de la violencia vale solamente para el pensamiento griego o vale por siempre y por sí mismo. Es decir, ¿es esto fruto de las categorías griegas de pensamiento y que no tendría vigencia más allá del ámbito cultural y filosófico en el que fue enunciado? Allí Benedicto XVI señala que se manifiesta la consonancia entre lo griego y la fe en Dios según la Biblia, en su profundidad y carácter intrínseco y no en una simple casualidad.

El riesgo es establecer un Dios desvinculado de la razón. Así, Dios más allá de la razón existiría la libertad de Dios, en virtud de la cual habría podido crear y hacer incluso lo contrario de todo lo que efectivamente ha hecho. Un Dios-Arbitrio, que no está vinculado ni siquiera con la verdad y el bien. Estos serían planteamientos de tipo voluntaristas.

“En contraste con esto, la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente —como dice el IV concilio de Letrán en 1215— las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero sin llegar por ello a abolir la analogía y su lenguaje. Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable, sino que, más bien, el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como *logos* y ha actuado y actúa como *logos* lleno de amor por nosotros. Ciertamente el amor,

como dice san Pablo, «rebasa» el conocimiento y por eso es capaz de percibir más que el simple pensamiento (cf. *Ef* 3, 19); sin embargo, sigue siendo el amor del Dios-*Logos*, por lo cual el culto cristiano, como dice también san Pablo, es «λογικη λατρεία», un culto que concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón (cf. *Rm* 12, 1)».

Según expresa Benedicto XVI, esta relación entre fe y razón tiene como fondo cultural contemporáneamente, la autolimitación moderna de la razón, expresada, sobre todo, en las críticas de Kant; que luego daría lugar a su radicalización en el ámbito de las ciencias naturales y en la ideología del positivismo. Se desarrolla, de este modo, el concepto moderno de razón. Éste presupone la estructura matemática de la materia. Así sólo la certeza que deriva de la relación entre matemática y método empírico puede considerarse conocimiento científico. Ciencia sólo es la que responde a este criterio. Éstas ciencias se establecen en el criterio de verdad y sentido del discurso humano. Sólo será racional, verdadero y tendrá sentido lo que responda al estudio matemático de la realidad. Todo lo demás cae en el ámbito del sin-sentido. De ello no habría un discurso racional ni ninguna posibilidad de decir algo con verdad. Las ciencias del hombre intentarían utilizar el mismo criterio de racionalidad que las ciencias naturales, para alcanzar el único ideal de cientificidad posible, según la racionalidad moderna. “Además, es importante para nuestras reflexiones constatar que este método en cuanto tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Pero de este modo nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión”.

Esta reducción de la razón, tal como lo muestra Benedicto XVI, termina en una reducción del hombre mismo. Tal como lo decía Husserl, una ciencia de hechos hace puros hombres de hechos. “Si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la «ciencia» entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo”. La pregunta propiamente humanas sobre la religión, Dios, los interrogantes últimos sobre nuestra existencia quedan reducidos a lo subjetivo (no hay ciencia sobre ellos y no hay posibilidad de discurso común sobre ello) y a lo no racional, lo “meramente creído” (sin pretensión de decir algo verdadero para todos y racional). Así, la religión no puede crear una comunidad y se convierte en un asunto solamente personal, subjetivo.

La intención de Benedicto XVI en esta conferencia no fue la de plantear un retroceso o una crítica negativa sino ampliar el concepto de razón. Llevar a la razón a su verdad, es decir, a su esencia sin censurar su realidad total. Y evitar así la autolimitación que impone la razón moderna: una razón que se limita a sí misma es absurdo. “En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran *logos*, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente por nosotros mismos es la gran tarea de la universidad”.

Se abre, entonces, la necesidad de una razón más amplia. Esa es la que se abre a la fe. Aquella que recupera las preguntas últimas del hombre y les da posibilidad de pensarlas con racionalidad y verdad. Esta razón en la que devino la modernidad es la crisis de la razón misma. Es decir, es una razón autolimitada, no llevada hasta sus últimas consecuencias: es decir, inconsistente.

2. Filosofía y búsqueda del fundamento

Quizás la filosofía manifiesta como rasgo fundamental la búsqueda del fundamento, *arjé* de la totalidad de las cosas. Es decir, la filosofía tomó como guía de su preguntar la búsqueda de un principio, algo uno que dé cuenta de la pluralidad de seres. Frente a un universo que se presenta plural y variado, la filosofía busca aquello que siendo uno es el fundamento, principio y ley de todo.

El *arjé* es el origen. El origen no es simplemente el comienzo de algo. No es lo primero en una serie. Buscar el origen no es retrotraerse a un tiempo pasado (a algo primero en la línea del tiempo). El origen es la fuente permanente del presente. No se ubica en el pasado. No es un hecho más en la serie. Sino que toda la serie y el tiempo obtiene su sentido y ser desde el origen. Por eso el origen no puede ser presente como lo es un hecho. Ni puede ser pasado como un hecho primero en el tiempo. El origen es presente y primero de otra manera. Por eso se habla de buscar el fundamento como un recuerdo del origen o de lo original en medio del olvido pero esto no es un salirse de lo presente para buscar lo pasado. Es un recuerdo en el presente de lo que hace de lo presente y lo pasado algo uno. Como dice Hugo Mujica: “La ‘memoria’ ensaya la transformación de este tiempo de la sucesión temporal de la vida individual –tiempo sufrido, incoherente, fragmentado e irreversible-, en un ciclo reconstruido en su totalidad. Intenta reintegrar el tiempo humano en la periodicidad cósmica y en el seno de la eternidad divina. El tiempo de la memoria, el que ella busca, es contemporáneo de la cosmogénesis”¹⁸. El origen reúne la totalidad de las cosas sin ser una cosa más reunida. Ese es el sentido del *arjé*. Se supera la mera pluralidad de cosas que se dan en tiempo y espacio, por un principio primero unificador que es fuente de la pluralidad.

Los primeros filósofos atribuyeron a alguna cosa del mundo ese valor de ser origen de todo. Por ejemplo, Tales de Mileto atribuyó al agua ser el fundamento de la pluralidad. Es decir, se ponía el fundamento del mundo en algo que pertenecía al mismo mundo. El punto importante de este inicio es que se instaura la pregunta por el fundamento, que se buscará en algo uno y, además, el planteo que responde pretende ser racional. Ésta última característica viene a señalar que la respuesta filosófica está abierta a la crítica. La respuesta de Tales es racional porque es susceptible de crítica. De hecho, Anaximandro, el continuador directo de Tales va a hacer la primera objeción: el principio no es algo determinado sino es algo *apeiron*, algo indefinido, sin límite. Desde este comienzo la filosofía no ha hecho otra cosa que discutir y polemizar en torno a estos problemas. Así, poco a poco se reconoció que el principio del mundo no podía ser algo del mundo.

Entre los llamados filósofos presocráticos Parménides y Heráclito buscaron la unidad en la multiplicidad. Parménides habló del ser como lo Uno, eterno, permanente, inmóvil. Esta es la única vía posible para el pensamiento. El camino de la nada es intransitable, ya que no es. Así, Parménides puede decir que ser y pensar son lo mismo. Es decir, no hay nada fuera del ser. El pensar se refiere al ser. El pensar está dicho en un sentido muy amplio. No es sólo la actividad intelectual. El pensar es el hombre todo (su hacer, querer, amar, etc.). Es decir, el hombre se refiere en su totalidad al ser y fuera de ello, nada.

Heráclito, busca superar la inmediatez para descubrir aquello que hace que lo inmediato se manifieste. Plantea al *logos* como el fundamento de todo. Heráclito nota que nada en el mundo es permanente. Todo fluye. Pero percibe que este cambio del mundo no se da de manera caótica. Todo se mueve “según medida”. El mundo manifiesta una ley interna. A este conjunto de leyes que va rigiendo el movimiento del mundo le da el término de *Logos*. La palabra *logos* significaba para los griegos razón,

18

palabra, entendimiento, orden. El logos es algo que los hombres deben comprender y algo con lo que la razón humana se siente cómoda. Es propio de la mente humana ir más allá de los simples cambios y entender lo que hay detrás. Como la existencia de un nivel más profundo a la de los meros cambios. Hay algo que permite que los cambios se produzcan. Pero para descubrir esto, el hombre debe superar la inmediatez. Para Heráclito, en la inmediatez las cosas parecen caóticas y los opuestos irreconciliables. Pero el logos cumple la función de reunir lo que se manifiesta de manera plural (y a veces, en la inmediatez como contradictorio). Pero este reunir se opone a un acumular. No es un amontonar o un mero añadido de entes. El logos reúne manteniendo en la presencia aquello que se hace presente de manera múltiple. El logos abre y hace patente lo presente. Muestra y reúne, manteniendo lo reunido en su lugar. No iguala todo sino que lo unifica desde su diferencia.

Es importante la relación entre el *arjé* y la consistencia. La consistencia señala que existe algo primero que es fundamento de todo. Y este principio no es algo entre las cosas. El Uno que señala la consistencia es lo que guía todas las cosas sin ser una de ellas. Es la fuente de la totalidad de los seres. Como señala Parménides, el camino de la consistencia es la única vía. Es el camino del ser. Fuera de ella se instauran falsas alternativas. Falsas por no ser verdaderas ya que carecen de sustento ontológico, es decir, soporte en el ser. Así, reconocer el Uno es reconocer la absoluta dependencia con respecto a él. Allí se abre la creatura al reconocimiento de la dependencia que se sustenta desde el principio en el primer golpe. Eso explica la identidad entre ser y pensar (como dijimos antes, pensar en sentido amplio: conocer, amar, servir, etc.). Todo lo que es se sostiene en Él. Allí se resume la consistencia. En ese punto simple pero complejo para nosotros. Ese es el punto que debe ser reconocido, al modo del *recuerdo* del fundamento. El recuerdo implica el conocimiento previo. Pero como dijimos, el origen no se recuerda como algo pasado que ya terminó. Recordamos lo que es siempre (desde siempre y para siempre); recordamos lo que permite que todo sea (y por ende, que todas las cosas que recordamos como pasadas puedan ser recordadas). Reconocimiento es recuerdo de lo presente. De lo que es siempre antes. Es el reconocimiento/recuerdo del primer golpe. La complejidad radica en despojarnos para lo más simple. Es, como dice Levinas, un decir que en realidad es un desdecir que abre hacia el Decir. Nuestro lenguaje es un decir (respuesta al verdadero Decir, que es fundamentador de todo lo dicho). Y nuestro decir no puede sino desdecir lo dicho para que aflore el Decir primero. Nuestro decir no es primero por eso no puede ser un verdadero decir sino un desdecir, un decir que se disuelve en sí mismo, porque no es por sí sino por otro. Entonces, como pretensión de decir autónomo no se sostiene, se disuelve, para dar lugar a su fuente y sostén: el Decir. Pero sólo accedemos a este Decir primero desde la complejidad de nuestro decir, múltiple y dependiente.

A su vez, este camino hacia el fundamento es un reconocer, como lo muestra Heráclito, que la multiplicidad cambiante y a veces aparentemente contradictoria, se sostiene en algo uno. Pero este sostén no es indiferente respecto a lo sostenido. Es lo que hace que cada parte sea tal. Por eso, no iguala y homogeneiza a lo múltiple, sino que hace que haya cosas múltiples. Hay seres varios porque hay un ser Uno que sostiene (que está más allá del ser, o de los seres varios). Todo esto no es más que una descripción imperfecta que podemos balbucear desde la experiencia de su acción. A todo esto que expresamos le cabe lo dicho anteriormente: es un decir que se desdice en su mismo decir.

La consistencia y la crítica a la idolatría

De Marinis, Ignacio

1. Consistencia genuina y consistencia espuria

El pensamiento de la consistencia de ningún modo es algo cerrado. La consistencia no es algo que dispongamos como podemos disponer de un artefacto. Tampoco es un mecanismo que nos garantiza un resultado.

La consistencia se abre como un espacio de no dominio. Quien nombra la consistencia se pone a disposición de ella. No dispone de ella. Cuando el pensamiento reconoce la consistencia retrocede sobre sí mismo para mantenerse en la disposición de la misma consistencia. Retroceder sobre sí no es borrar lo dicho ni negarlo al modo de una refutación. Es mantener abierta la distancia *en* lo dicho.

Quien quiera apropiarse de la consistencia es justamente el que la pierde. Esa actitud de dominio se vale de la consistencia y logra lo contrario a su propósito. Eso es lo que se señala como consistencia espuria¹⁹. Es consistencia ya que, al valerse de la consistencia genuina, reconoce la fuente originaria del anhelo humano; pero, al apropiarse de ella no mantiene la distancia que deja que la consistencia sea, por lo que se constituye en un pensamiento idolátrico.

Jean-Luc Marion²⁰ ha analizado el proceso por el cual se sustituye la referencia al absoluto en su distancia por la proximidad del ídolo. Marion ha entendido que el concepto es capaz de transformarse en un ídolo. El pensamiento occidental ha erigido desde la onto-teología una imagen idolátrica de Dios. Esto ha cerrado el espacio en el que el Absoluto puede manifestarse en su alteridad y distancia indisponible. El pensamiento que asume la tarea de descubrir los diferentes modos en que levantamos ídolos es camino hacia la consistencia. Por eso veremos algunos de los puntos que Marion destaca en el tratamiento del ídolo y la distancia no idolátrica. Eso nos debe ayudar a comprender de una mejor manera la dimensión y el sentido del pensamiento de la consistencia.

2. El ateísmo conceptual

Pensar desde la llamada “muerte de Dios” constituye un verdadero desafío para el pensamiento contemporáneo. Marion intenta hacerse cargo de esta condición epocal del pensamiento y busca extraer el carácter positivo que allí se enuncia. Superando una lectura ingenua de la frase de Nietzsche que ve en ella la mera refutación de la existencia de Dios, Marion la considera la “manifestación paradójica y radical de lo divino”²¹.

“¿Qué es lo que muere en la “muerte de Dios” expresada por Nietzsche, sino lo que no puede merecer nunca el nombre de Dios?”²²

La “muerte de Dios” surge como respuesta a la constitución onto-teológica del pensamiento occidental. Habría que inscribir esta frase dentro de lo que Marion llama el ateísmo conceptual. El ateísmo conceptual es el que critica las diferentes conceptualizaciones que se han hecho de Dios a lo largo de la historia del pensamiento.

¹⁹ Critto, A. *Consistencia. Ser coherentes*. Educa. Buenos Aires, 2000.

²⁰ Marion, J-L. *El ídolo y la distancia*. Sígueme, Salamanca, 1999.

²¹ Marion, *op. cit.*, p. 18.

²² Marion, *op. cit.*, p. 15.

Para tal tarea, como señala Marion, se necesita una demostración, esto es, un razonamiento por medio de conceptos. De tal manera que es preciso que en este proceso de refutación intervenga algún concepto de Dios. Éste garantiza la rigurosidad de la crítica. La refutación cae sobre *cierta* conceptualización de Dios. Así, explica Marion, el ateísmo conceptual se desarrolla hipotéticamente: “si ‘Dios’ es x , dado que x es y (contradictorio, quimérico, peligroso, malsano, alienante, etc.), entonces ‘Dios’ es y ”²³. Mediante este mismo proceso se concluye que “Dios ha muerto”.

Pero Marion se encarga de mostrar que este ateísmo conceptual conserva en sí mismo el fundamento de su límite. La validez de su razonamiento corresponde a la extensión del concepto de “Dios” que sirve de apoyo a su razonamiento. Es decir, como toda conceptualización de Dios, el “Dios” que es refutado, cubre un cierto campo semántico; por lo que la refutación de ninguna manera eliminará absolutamente a Dios, sino el sentido de Dios que es sometido a cuestión (que a su vez sería dependiente del sentido positivo que se ha dado a Dios por medio de esa conceptualización). Dios en sí mismo no es eliminable. Marion señala que para ello (es decir, para refutar absolutamente el Absoluto) se necesitaría enumerar exhaustivamente todos los conceptos posible de Dios. Por lo tanto, el ateísmo, en tanto crece en su rigurosidad, está condenado a volverse regional.

A su vez, el proceder del ateísmo conceptual necesita que en el inicio de la refutación el concepto de “Dios” sea Dios; es decir, lo que moviliza y garantiza la refutación es la identificación del concepto de “Dios” con Dios mismo. Pero, apunta Marion, la conclusión del razonamiento lleva a decir que “Dios” no es identificable con Dios. Que “Dios” no es sostenible. Así: “‘Dios’ ha muerto sólo si ‘Dios’ puede morir, es decir, si desde el inicio de la demostración no se trata de Dios”²⁴. En un proceso de desfundamentación la refutación vuelve atrás sobre su razonamiento y reconoce la debilidad de la identificación inicial. Por eso, como señala Marion, un ateísmo conceptual riguroso, por un lado permanece *regional* y, por otro, sin *pertinencia* respecto a Dios mismo²⁵. Sólo verá en este proceder un ateísmo integral quien sólo pueda ver a Dios desde su particular caracterización conceptual de “Dios”, sin consideración de la *distancia* que media entre su concepto y Dios. Por eso Marion dice que tanto el creyente como el no creyente pueden practicar el ateísmo conceptual, ya que el ateo riguroso de tal concepto de Dios, no pretende decidir sobre lo absoluto. ¿Podría hacerlo?²⁶ A un ateísmo riguroso debe corresponderle una metafísica rigurosa; una metafísica conciente de sus límites.

Este derecho de ejercer el ateísmo conceptual que Marion reconoce, es el derecho mismo de la filosofía de desenmascarar los ídolos conceptuales y de llevar al pensamiento a su rigurosidad. Todos estos ateísmos conceptuales serían ejercicios de la distancia. Reconocimientos del fracaso de la razón en su intento de abarcar a Dios. Por eso para Marion, el ateísmo conceptual riguroso (en su “humildad suicida”, en su ejercicio que se borra a sí mismo) cumple una función teológica indispensable²⁷. Permitirá una mirada “oblicua” sobre el decir del hombre sobre Dios.

²³ Marion, *op. cit.*, p. 16.

²⁴ Marion, *op. cit.*, p. 17.

²⁵ *Idem.*

²⁶ “Pues un ‘Dios’ que puede desaparecer encierra ya, incluso antes de que desaparezca, una deficiencia tal que queda originalmente por debajo de la idea que no podemos dejar de hacernos de un ‘Dios’”. *op. cit.*, p. 15.

²⁷ Marion, *op. cit.*, p. 17.

Pero la imposibilidad de ver la limitación del concepto respecto a lo significado por él nos lleva al problema del olvido de la distancia y la consiguiente conformación del ídolo conceptual.

3. El ídolo y la onto-teología

Marion muestra el origen del ídolo y el sentido de aquel para quien lo realiza. No pretende caer en una postura iconoclasta de derribar los ídolos de manera ingenua sin comprender lo que éstos significan. Para Marion, a la configuración del ídolo precede la experiencia humana de lo divino. El ídolo debe fijar lo divino que es distante y difuso. Debe garantizarnos su *presencia*, poder y *disponibilidad*²⁸. El ídolo nos garantiza lo divino y así lo desnaturaliza. El ídolo intenta acercarnos a lo divino, ya que el adorador teme el ateísmo (ser abandonado por los dioses). Sin embargo, Marion señala la contradicción en la que cae la idolatría: “Pero este apoderarse pierde lo que toma: sólo le queda un amuleto demasiado conocido, manipulable y garantizado”²⁹. El ídolo borra la distancia propio de lo divino. Le quita su irrupción altiva y su alteridad. Marion pone en contraposición al ídolo la figura del ícono. El ícono reconoce la distancia y así, desde lo visible se hace signo de lo invisible irreductible y en lo cual lo invisible se da a ver como tal. Así san Pablo se referirá a Cristo como “Ícono del Dios invisible” (Co1 1, 15).

De la misma manera que el ídolo, para Marion, el concepto también proporciona una presencia sin distancia de lo divino. Se convierte en un dios que nos devuelve nuestra propia experiencia o pensamiento, con la familiaridad para que lo dominemos. Y así se deja fuera de consideración la extrañeza de lo divino. Y esto es lo que ha hecho la onto-teología, como lo ha mostrado Heidegger: “Al apoderarse excesivamente de `Dios` por medio de pruebas, el pensamiento se separa de la separación, pasa por alto la distancia y se descubre un buen día rodeado de ídolos, de conceptos y de pruebas, pero abandonado por parte de lo divino: ateo”³⁰. Contra esto reaccionará Nietzsche, cuando denuncie la muerte de Dios, prendiendo el farol en la plenitud del mediodía del pensar. Según la lectura heideggeriana, el Dios que la onto-teología convoca es el ente supremo que sea capaz de *garantizar* el fundamento. Así, este “Dios” equivale a un ídolo. Pero para Marion, Heidegger no da la manera de cómo dar el paso atrás fuera del ídolo hacia el ícono. Pero tampoco es tan fácil como simplemente salir de la onto-teología o retroceder a un estado natural del concepto no marcado por la historia occidental. Marion nota que saltar fuera de la onto-teología de un golpe no es más que repetirla. Para Marion, lo que se debe hacer es recorrer la onto-teología pero de tal modo que en su camino se nos haga manifiesto sus propios límites.

“La distancia llegará a sernos incoativamente inteligible sólo si la desencubrimos a partir de la onto-teología misma y de su estado más identificable. La distancia actúa desde, y dentro de la onto-teología como el aire, el agua y el tiempo actúan sobre las maderas mejor encajadas: para agrietarlas y/o adaptarlas al uso cotidiano. Hay por tanto que tomar la onto-teología oblicuamente, no de frente”³¹.

Y así se dará a la filosofía onto-teológica la situación de locura medida a la luz del *logos* de la cruz. Marion no propone otro concepto de Dios. Pensar que se puede expresar a Dios en un nuevo concepto no supera en lo más mínimo a las posiciones criticadas. Por

²⁸ Marion, *op. cit.*, p. 19.

²⁹ Marion, *op. cit.*, p. 20.

³⁰ Marion, *op. cit.*, p. 25.

³¹ Marion, *op. cit.*, p. 31.

eso se desarrolla una “mirada oblicua” respecto al discurso de Dios. No se trata de pensar a Dios desde una inmediatez absoluta y vacía, sino encontrar la distancia en lo que es manifestado.

Para comprender la idolatría del concepto, Marion se vale del Discurso de Pablo a los atenienses (Hech 17). San Pablo entra a una ciudad que ve entregada a los ídolos. Entre ellos hay filósofos epicúreos y estoicos. Dice Marion que parece que la idolatría cabe también a aquellos filósofos, sólo que ellos la han depurado, es decir, la han conceptualizado³².

Pero, así como la idolatría visible no se refuta sustituyendo una imagen por otra, tampoco la idolatría conceptual se destruye ante otro concepto de “Dios”. Para Marion sólo se supera la idolatría en la ausencia de concepto, en una aproximación diferente a Dios como “Dios desconocido” (Hech 17, 23). Y así: “Pues si bien declara [san Pablo] que ‘aquel que adoráis sin conocerle, yo os lo anuncio’, y anuncia efectivamente el ‘Dios que ha hecho el mundo, y todo lo que en él se encuentra’ (Hech 17, 24), éste no sólo retrocede del mundo, sino también de la inteligencia que mide el mundo, y que finalmente se mide con él: lo Ab-soluto”³³.

Se puede afrontar el Dios vivo una vez que se han derrumbado los ídolos³⁴. Por eso, al final Pablo evoca el único rostro encarable de lo invisible, el Cristo resucitado, ícono del Dios invisible. Pero frente a este anuncio de san Pablo, la muchedumbre se aleja y ríe burlonamente. Pero, dice Marion que en la primera Carta a los corintios, Pablo contrariamente, comienza por Cristo crucificado. Y es en la contemplación directa de la “paradoja de este rostro” en que la gloria de Dios se da a ver oblicuamente. Es decir, el derrumbamiento de los ídolos termina en el rostro icónico de Cristo.

4. La distancia

La ruptura de la idolatría que propone Marion es la posibilidad de una experiencia distinta de lo divino. Es afrontar el espacio en que lo divino se revela en su alteridad. Es así que la distancia preserva la proximidad de Dios. La distancia cuida la proximidad de todo intento de apropiación idolátrica por parte del hombre. Allí se da la paradoja que Marion pone en evidencia: la distancia es la mayor proximidad. “Solamente la infinita separación de la distancia asegura la subsistencia en la infinita proximidad de Dios”³⁵.

Por eso la distancia no debe ser comprendida como la simple ausencia de Dios. “La distancia debe ir más allá de la ausencia”³⁶. La distancia mantiene en tensión a los dos términos que une. Así, asegura la comunión a los términos que ella misma separa. Pero no se da entre los términos una simetría: “Cuando la distancia es abordada rigurosamente, uno de los términos se vuelve rigurosamente inabordable”³⁷. El término inabarcable se separa de mí (gracias a la distancia) y de mis dobles. La distancia, así, no se deja representar. No es algo que esté a nuestra disposición. No podemos entonces definirla ni establecer un tercer término desde la cual comprenderla. Sólo cabe *habitar* la distancia.

³² Marion, *op. cit.*, p. 34.

³³ *Idem.*

³⁴ Marion, *op. cit.*, p. 35.

³⁵ Marion, *op. cit.*, p. 79.

³⁶ Marion, *op. cit.*, p. 199.

³⁷ Marion, *op. cit.*, p. 196.

5. La consistencia como habitar cuestionante

El hombre habita existiendo, o, lo que es lo mismo, existe habitando. La totalidad de la existencia humana apunta más allá de sí misma. El hombre ex-siste; es decir, es siendo siempre más allá de sí mismo. Esta es la estructura intencional del hombre. Esta estructura revela que el hombre no está encerrado en sí. El hombre sale fuera de sí porque no está completo, o mejor dicho, es en la exterioridad de su ser. Se revela, de este modo, la estructura de carencia esencial que es el hombre. El hombre se hace en este movimiento. No es autosuficiente en su estructura ontológica. Abre, en su estar siendo, un horizonte no concluyente que es su propio habitar, es decir, su propio ser.

Su propio habitar se constituye en una pregunta, ya que su ser apunta más allá de sí. Su habitar es el mismo camino de la pregunta. El hombre hace de su vida una pregunta pero no como en la duda cartesiana –que se decide entre el ser y la nada absolutas- sino como el reconocimiento de la apertura de su ser (camino) en el que el responder se convierte nuevamente en pregunta configurando un movimiento determinado y singular. Este camino es guiado por el reconocimiento de la insuficiencia de todo lo que experimenta (reconocimiento que sólo surge en el mismo hacer experiencia de su habitar). Eso se revela como su habitar cuestionante. Esta estructura abre la intrínseca temporalidad habitante del hombre en el mundo, la cual implica la apertura del mismo mundo que se da a una con, junto con el mismo movimiento de su ser, su ex –sistencia. Se hace patente, así, la intrínseca finitud del hombre.

La experiencia señala la conciencia en la búsqueda de consistencia. La imposibilidad de cerrar la carencia en el habitar del hombre, en su ser-en-el-mundo; una carencia posibilitante de su ser y su mundo. Esta es la radical finitud del hombre.

La finitud del hombre se desarrolla en el estar en medio de las cosas, en el que las cosas no le son indiferentes al hombre. La conciencia es la fuente de la experiencia y en ese experimentar las cosas revelan su insuficiencia, lo cual proyecta al hombre más allá de sí mismo en una búsqueda ilimitada. Esta imposibilidad de detenerse es lo que señala la exigencia de la consistencia.

De este modo, se transforma su propia existencia en pregunta. Es decir, se rompe con un pensamiento concluyente sobre la existencia y el habitar, ya que siempre la existencia va más allá de sí misma. La existencia se ordena a la consistencia

Nuestros horizontes no están saturados por el presente. Nada de lo presente puede satisfacer al hombre. Desde allí se comprende la idea del horizonte temporal que constituye la esencia íntima del hombre. El hombre es apertura. Nuestro ser es horizontal. Y allí se manifiesta todo lo presente. Lo presente es visto en apertura despresentificante. Por eso concebimos que lo presente no satura la conciencia. Nunca podemos estar satisfechos con lo presente.

Gadamer para calificar la estructura lógica de la apertura característica de la conciencia hermenéutica analiza la misma estructura de la pregunta. Según Gadamer, ésta no se reduce a un proceder determinado del hombre, es decir, a un comportamiento psicológico determinado, sino que toda experiencia humana presupone la estructura de la pregunta. Es más, no se hace experiencia sin la actividad del preguntar. La experiencia es apertura y ésta supone el preguntar si algo “es así o no lo es”. El preguntar se asienta para Gadamer en la fórmula socrática del saber que no se sabe. Sólo así se ingresa en un preguntar verdadero. Según Gadamer, esto se revela en el fracaso del que se pone a preguntar con la intención de tener razón (y no darse cuenta cómo son las cosas). Esto viene a demostrar que el que está seguro de saberlo todo no puede

preguntar nada. Para poder preguntar hay que querer saber, y esto implica saber que no se sabe. Si preguntar significa abrir, la apertura de lo preguntado consiste en que no está fijada la respuesta. Es decir, la respuesta no se presenta como lo absoluto. Se da la incertidumbre. Todo este fenómeno se funda en la posibilidad esencial, radical y originaria que es el mismo habitar del hombre, es decir, su finitud. Ésta funda, en última instancia, la estructura cuestionante del hombre. Para Gadamer, la verdadera pregunta necesita de la suspensión, la cuestionabilidad de lo que se pregunta. Es decir, reconocer que aquello no es absoluto. De otra manera, no es más que una pregunta aparente (por ejemplo, en el caso de la pregunta retórica en la que no hay nadie que pregunta ni nada realmente preguntado). Esa suspensión que implica el saber que no se sabe, esa indigencia, manifestación de la carencia originaria, muestra que el sentido del preguntar radica en poner en descubierto la cuestionabilidad de lo que se pregunta. Es decir, que lo que se mantiene como presupuesto es cuestionable y no se ha decidido por ello de una vez y para siempre. A su vez, toda pregunta cuando es planteada (es decir, determinada) implica, tanto una apertura como una limitación. Apertura y limitación son las determinaciones del horizonte que es la vida humana. Así, toda respuesta se convierte en un nuevo preguntar. Se abre así el proceso del diálogo. Como explica Gadamer, en el diálogo lo que sale en su verdad es el *logos*, que no es “ni tuyo ni mío”. Esta estructura de pregunta y respuesta permite que el decir no degenera en tratado o monólogo. Por eso, podemos decir que el “método” de la consistencia, o mejor dicho, su movimiento intrínseco es el diálogo. La consistencia se nos manifiesta como capacidad de consistencia. Es el motor de lo real, el mismo movimiento de lo real y el devenir de la verdad misma (*logos*).

Esta estructura cuestionante de la vida humana se muestra como el acontecer originario de la vida fáctica. El joven Heidegger en los textos reunidos en el tomo 60 de las *Gesamtausgabe* bajo el título de *Fenomenología de la vida religiosa*, buscó adentrarse en la experiencia originaria de la vida cristiana. Analizando la carta de San Pablo a los galatas, se refirió a la experiencia temporal de la existencia cristiana. Según Heidegger, la vida cristiana primitiva está caracterizada por el “haber llegado a ser”. Ser en el presente es un haber llegado a ser que es co-experimentado continuamente. La aceptación de la proclamación de San Pablo afecta al cómo del comportarse en la vida fáctica: “Se trata de un giro radical, más en concreto, de un girarse hacia Dios y un giro que se aparta de los ídolos. El absoluto giro dentro del sentido ejecutivo de la vida fáctica se explicita en dos direcciones: servir y aguardar, un caminar ante Dios y un persistir”. Así, para Heidegger, la aceptación es un caminar ante Dios en la tribulación de la expectativa de la llegada del Señor. Para Heidegger, es así que el cristiano no se sale del mundo sino que vive en él en un continuo “aún no” que incrementa su tribulación.

La crítica a los ídolos desoculta la experiencia originaria desde dónde pensar la relación al absoluto. Y éste se da siempre en la diferencia que abre la distancia, permitiendo que surja la cercanía del Dios vivo.